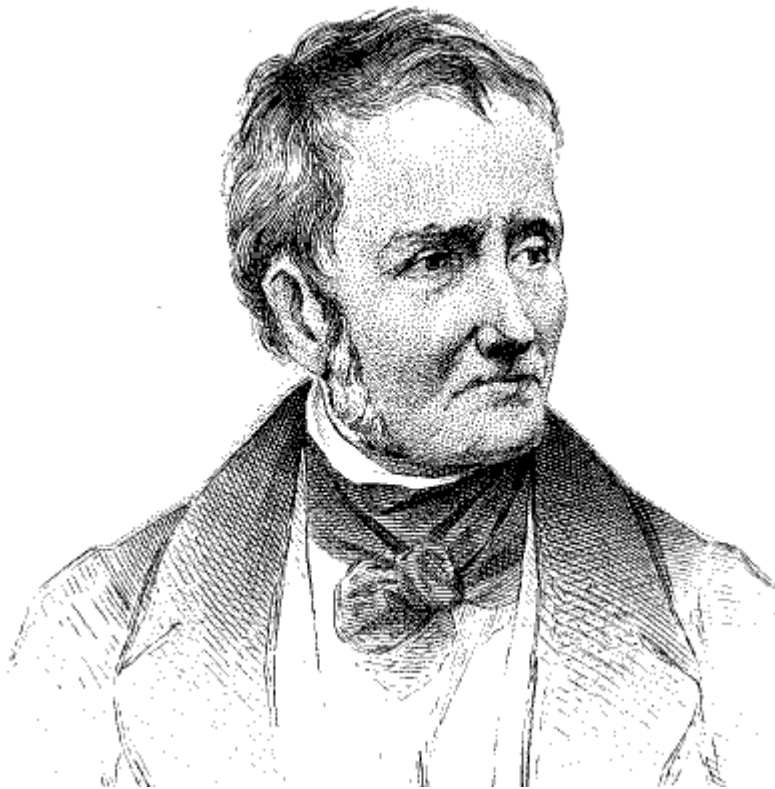


THOMAS DE QUINCEY

Confesiones de un inglés
comedor de opio



Traducción de Luis Loayza

Alianza Editorial

PARTE I

Al lector

Te ofrezco, amable lector, el relato de una época notable de mi vida; confío en que, vista la aplicación que le doy, será no sólo un relato interesante sino también útil e instructivo en grado considerable. Con esa esperanza lo he redactado y esa será mi disculpa por romper la reserva delicada y honorable que, por lo general, nos impide mostrar en público los propios errores y debilidades. Nada en verdad más repugnante a los sentimientos ingleses que el espectáculo de un ser humano que impone a nuestra atención sus úlceras o llagas morales y arranca el «decoroso manto» con que las han cubierto el tiempo o la indulgencia ante las flaquezas humanas; a ello se debe que la mayoría de *nuestras* confesiones (me refiero a las confesiones espontáneas y extrajudiciales) procedan de gentes de dudosa reputación, picaros o aventureros, y que para encontrar tales actos de gratuita humillación de sí mismo en quienes cabría suponer de acuerdo con el sector decente y respetable de la sociedad tengamos que acudir a la literatura francesa o a esa parte de la alemana contaminada por la sensibilidad espúrea y deficiente de los franceses. Tan firmemente lo creo, tanto me inquieta la posibilidad de que se me reprochen esas tendencias, que durante varios meses he dudado si convenía que ésta o cualquier otra parte de mi narración llegase a ojos del público antes de mi muerte (después de la cual, por muchas razones, se publicará en su integridad), y, si en última instancia he acabado por tomar una decisión, no fue sin antes sopesar ansiosamente los argumentos en pro y en contra de ella.

Llevados por un instinto natural, la culpa y el sufrimiento se retraen de la mirada del público: solicitan el retiro y la soledad y hasta cuando eligen una tumba se apartan a veces de la población general de los cementerios, como si renunciaran a su lugar en la

gran familia del hombre y desearan (en las conmovedoras palabras del Sr. Wordsworth)

*humildemente expresar
soledades de penitencia.*

Que así sea está bien, a fin de cuentas, y redundando en provecho de todos nosotros: en lo que a mí respecta no quisiera dar la impresión de menospreciar sentimientos tan saludables ni afectarlos en modo alguno, ya sea de palabra o de obra. Pero, de una parte, la acusación que dirijo contra mi persona no equivale a una confesión de culpa y, de otra, es posible que, aunque así fuese, el beneficio que obtendrían los demás de una experiencia comprada a tan alto precio compensaría con creces cualquier violencia infligida a los sentimientos que acabo de mencionar y justificaría una excepción a la norma usual. La debilidad y el dolor no entrañan necesariamente culpa. Se acercan o se alejan de las sombras de esa oscura alianza en proporción a los motivos e intenciones del ofensor y a las circunstancias atenuantes, conocidas o secretas, de la ofensa: en proporción a la fuerza que tuvieron las tentaciones desde un primer momento y a la resistencia que con actos o esfuerzos se les opuso hasta lo último. Por lo que me toca, puedo afirmar, sin faltar a la verdad ni a la modestia, que mi vida ha sido, en general, la vida de un filósofo: fui desde mi nacimiento una criatura intelectual, e intelectuales, en el más alto sentido de la palabra, fueron mis ocupaciones y placeres, aun desde mis días de colegial. Si bien comer opio es un placer sensual, y estoy obligado a confesar que me entregué a él hasta un punto nunca *registrado*¹ en nadie, no es menos cierto que luché con religioso celo por librarme de esta sujeción fascinante y que, después de mucho, he conseguido lo

¹ «Nunca registrado» digo: pues hay en nuestro tiempo un hombre famoso [Coleridge] que, de ser cierto lo que se cuenta de él, me ha superado grandemente en la cantidad.

que jamás oí decir de nadie: desatar casi hasta los últimos eslabones la maldita cadena que me oprimía. El triunfo de la disciplina puede alegarse con justicia para contrarrestar cualquier desfallecimiento de la voluntad. Esto para no recalcar que, en mi caso, el triunfo fue indiscutible y, en cambio, el desfallecimiento sujeto a dudas de casuística, en la medida en que se amplíe el término para abarcar actos destinados exclusivamente a aliviar el dolor o bien se reduzca su alcance a fines tales como la producción de un placer positivo.

Por lo tanto, no reconozco mi culpa: y aunque lo hiciera, es probable que acabara por resolverme a este acto de confesión, en vista del servicio que con él puedo prestar a toda clase de comedores de opio. ¿Quiénes son? Lector, siento decirte que forman una clase en verdad muy numerosa. De esto quedé convencido hace algunos años al calcular, en una pequeña clase de la sociedad inglesa (la clase de hombres distinguidos por su talento o por su situación eminente), el número de personas de quienes sabía, directa o indirectamente, que eran comedores de opio, tales por ejemplo el elocuente y bondadoso [William Wilberforce], el desaparecido deán de [Carlisle, Dr. Isaac Milner], Lord [Erskine], el Sr....., el filósofo; un Subsecretario de Estado, ya fallecido [el Sr. Addington, hermano de Lord Sidmouth] (quien me describió la sensación que lo llevara a usar opio por primera vez con las mismas palabras que el deán de [Carlisle], o sea que «sentía como si tuviese dentro ratas que le arañaban y roían las paredes del estómago»), el Sr. [Coleridge] y muchos otros, apenas menos conocidos, que sería enojoso mencionar. Ahora bien, si en una sola clase relativamente tan limitada los casos se contaban por veintenas (y esto por lo que sabía una sola persona) era lógico deducir que toda la población de Inglaterra arrojaría una cifra proporcional. Sin embargo, puse en tela de juicio la validez de mi inferencia hasta enterarme de ciertos hechos que me demostraron que no era incorrecta. Citaré dos de ellos. 1.º Tres

respetables boticarios londinenses, de barrios muy apartados de Londres, a quienes compré recientemente pequeñas cantidades de opio, me aseguraron que el número de comedores de opio *aficionados* (como podría llamarlos) es ahora inmenso, y que la dificultad que entraña distinguir a estas personas, para quienes el opio se ha convertido por la fuerza del hábito en una necesidad, de aquellas que lo compran pensando en suicidarse, les causa a diario preocupaciones y disputas. Esto tan sólo por lo que se refiere a Londres. De otra parte, 2.º (lo que tal vez sorprenda aún más al lector), hace algunos años, al pasar por Manchester, varios fabricantes de telas de algodón me comunicaron que sus obreros contraían rápidamente el hábito del opio, hasta el punto de que los sábados por la tarde los mostradores de las boticas estaban cubiertos de pildoras de uno, dos o tres granos, en previsión de la demanda esperada para esa noche. La causa inmediata de tal costumbre eran los bajos salarios, que entonces no permitían a los obreros regalarse con cerveza o licores: se pensaba que al aumentar los salarios cesarían esas prácticas, pero se me hace difícil creer que nadie que haya gustado los divinos placeres del opio pueda luego descender a los goces groseros y mortales del alcohol; doy por sentado

*Que ahora comen quienes nunca comieron
Y quienes comieron siempre, ahora comen más.*

Aceptan los poderes de fascinación del opio hasta los tratadistas de medicina, sus más grandes enemigos; Awsiter por ejemplo, boticario del hospital de Greenwich, en su *Ensayo sobre los efectos del opio* (publicado el año 1763), al tratar de explicar las razones por las que Mead no fue lo bastante explícito acerca de las propiedades, antídotos, etc., de la droga, emplea estos términos misteriosos (φωναία συνειροσι): «Quizá pensó que el tema era de naturaleza demasiado delicada como para divulgarse y, puesto que muchas personas podían usar el opio

indiscriminadamente, les inspiró el temor y la prudencia necesarios para evitar que experimentasen los enormes poderes de esta droga: *pues hay en ella muchas propiedades que, de ser conocidas por todos, difundirían su empleo harían que entre nosotros la demanda fuese mayor que entre los propios turcos; tal conocimiento»,* agrega, «podría tener por resultado una verdadera calamidad». No comparto enteramente el carácter inevitable de la conclusión, pero sobre esto tendré ocasión de hablar al final de mis confesiones, cuando presente al lector la enseñanza moral de mi narración.

Noticia al lector

Los incidentes registrados en las Confesiones Preliminares ocurrieron durante un período que empezó hace un poco más, y terminó hace un poco menos, de diecinueve años; por consiguiente, con arreglo al modo más usual de calcular, daría lo mismo afirmar que muchos de los incidentes sucedieron hace dieciocho o diecinueve años, y como las notas y apuntes para esta narración se prepararon hacia la pasada Navidad, lo más natural pareció elegir la primera de estas fechas. En la prisa de la composición se mantuvo la fecha invariablemente, aunque pasaran unos meses, y en la mayoría de los casos puede decirse que ello no induce a error o al menos no a un error importante. Pero en una ocasión, cuando el autor habla de su propio cumpleaños, el hecho de adoptarse una fecha uniforme ha provocado una inexactitud de todo un año, pues mientras se hallaba ocupado en la composición el decimonoveno año, contado a partir del período de que se trata, llegó a su término. Por lo tanto, se ha creído conveniente señalar que el período en cuestión va de comienzos de julio de 1802 a comienzos o mediados de marzo de 1803.

1 de octubre de 1821.

Confesiones preliminares

Se ha juzgado conveniente empezar por estas confesiones preliminares o relato de introducción a las aventuras juveniles que sentaron las bases del hábito de comer opio contraído por el autor años más tarde, por tres razones distintas:

1. Porque se adelantan y responden de manera satisfactoria a una pregunta que de otro modo surgiría penosamente en el curso de las Confesiones del Opio: «¿Cómo puede una persona razonable someterse a un yugo tan doloroso, incurrir por propia voluntad en cautiverio tan servil, sujetarse a sabiendas con siete vueltas de cadena?», pregunta que de no tener respuesta plausible suscitaría la indignación ante un acto de verdadera locura, afectando así al grado de simpatía que siempre requiere un autor para lograr sus fines.

2. Porque dan la clave de algunas partes del tremendo escenario que luego pobló los sueños del comedor de opio.

3. Porque despiertan cierto interés previo de carácter personal por el sujeto de la confesión, aparte del asunto mismo de las confesiones, con lo cual éstas, a su vez, se volverán inevitablemente más interesantes. Si un hombre «que sólo habla de bueyes» se convierte en comedor de opio lo más probable (a menos que sea demasiado obtuso para soñar) es que sueñe con bueyes, mientras que en el caso que tiene ante sí el lector encontrará que el comedor de opio presume de ser un filósofo: en consecuencia la fantasmagoría de sus sueños (esté dormido o despierto, se trate de sueños diurnos o nocturnos) corresponde a alguien que, con tal vocación

Humani nihil a se alienum putat.

Pues entre las condiciones que considera indispensables para sustentar cualquier pretensión al título de filósofo se cuentan no sólo la posesión de

una inteligencia sobresaliente en las funciones *analíticas* (si bien, en lo que se refiere a esta parte de la pretensión, Inglaterra sólo ha podido presentar muy contados aspirantes durante varias generaciones; al menos el autor no recuerda ningún candidato conocido para tal honor a quien pueda llamarse categóricamente un pensador sutil, con excepción de *Samuel Taylor Coleridge* y, en un terreno intelectual más limitado, con la excepción reciente e ilustre² de *David Ricardo*), sino también una constitución tal de las facultades morales que le otorgue la mirada interior y el poder de intuición que exigen la visión y los misterios de la naturaleza humana: en suma, esa constitución de las facultades que (entre todas las generaciones de hombres que desde los primeros tiempos se desplegaron a la vida, por así decirlo, sobre este planeta) poseyeron nuestros poetas ingleses en más alto grado —los profesores escoceses³ en grado ínfimo.

A menudo se me ha preguntado cómo llegué a ser comedor de opio y me he visto muy injustamente disminuido en la opinión de mis conocidos, al suponerse que era el único responsable de todos los males que he de contar, ya que durante mucho tiempo me entregué a mis prácticas con el único fin de crearme un estado artificial de grata

² Podría haberse añadido una tercera excepción: mi razón para no hacerlo es que el escritor al que saludo sólo dedicó sus esfuerzos juveniles a tratar expresamente de temas filosóficos; en la madurez todas sus facultades se orientaron (por razones muy disculpables y comprensibles» en vista de la dirección que ha tomado la mentalidad del público en Inglaterra) a la crítica y las bellas artes. Sin embargo, dejando de lado esta razón, me pregunto si no hay que considerarlo, más que un pensador sutil, un pensador agudo. Por otra parte, una grave limitación a su dominio de los temas filosóficos es que, como resulta evidente, no ha disfrutado de las ventajas de una cabal formación humanista: no leyó a Platón en sus años mozos (lo cual, probablemente, se debiera tan sólo a su mala suerte), pero ya maduro tampoco leyó a Kant (y esto es culpa suya).

³ No hago alusión a profesores existentes de los que, a decir verdad, sólo conozco a uno.

excitación. Sin embargo, esta manera de presentar mi caso es inexacta. Ciertamente es que durante casi diez años tomé opio de cuando en cuando por el placer exquisito que me procuraba, pero mientras lo tomé con tal propósito estuve lo suficientemente protegido contra cualquier daño material por la necesidad de interponer largos intervalos de abstinencia entre los distintos actos de gratificación a fin de renovar las sensaciones placenteras. Si el opio se convirtió para mí en un objeto de uso diario no fue con la intención de gozar de un placer, sino, por el contrario, de mitigar el dolor en su grado más intenso. Tenía veintiocho años cuando volvió a atacarme con gran vehemencia una dolorosísima afección al estómago que se manifestara por vez primera diez años antes. El origen de la dolencia eran los extremos de hambre que padecí siendo niño. Durante la estación colmada de esperanza y felicidad que vino a continuación (es decir, de los dieciocho a los veinticinco años) la enfermedad se adormeció: siguieron tres años en los que revivió de tiempo en tiempo, y luego, en circunstancias desfavorables, fruto de una depresión, me atacó con una violencia que no cedía ante remedio alguno con excepción del opio. Como los sufrimientos juveniles que causaron en un comienzo el desarreglo del estómago fueron interesantes, tanto por sí mismos como por las circunstancias que los provocaron, los recordaré aquí brevemente.

Mi padre murió cuando yo tenía unos siete años y me dejó a cargo de cuatro tutores. Fui enviado a varias escuelas, grandes y pequeñas, y pronto me distinguí en los estudios clásicos, sobre todo por mis conocimientos de griego. A los trece años escribía en griego con soltura; a los quince mi dominio del idioma era tan grande que no sólo componía versos griegos en los metros líricos sino que era capaz de conversar en griego de corrido y sin la menor dificultad: no he encontrado después a ningún helenista de mi época que alcanzase a tanto; en mi caso tal habilidad se debía a la práctica de traducir diariamente los periódicos a

viva voz en el mejor griego que se me ocurriera *extempore*: la necesidad de forzar la memoria e invención en busca de toda suerte de combinaciones y perífrasis equivalentes a las ideas, imágenes y relaciones modernas me dio una gama de dicción que nunca habría logrado con la aburrida traducción de ensayos morales, etc. «Este niño», decía uno de mis maestros al presentarme a un visitante, «este niño podría arengar a una multitud ateniense mejor que usted o yo a una inglesa». Quien me hizo el honor de este elogio era un humanista «maduro y cabal», el único de todos mis maestros por quien sentía amor y reverencia. Para mi desgracia (y, según supe después, a pesar de la indignación de este hombre excelente), me pasaron al cuidado, primero de un imbécil que vivía aterrado ante la posibilidad de que yo revelara su ignorancia, y por último, de un respetable maestro que dirigía un famoso colegio en una antigua institución. Este señor había sido nombrado para el cargo por el Colegio [Brasenose] de Oxford; era un erudito sólido y bien preparado, mas (al igual que la mayoría de las personas de ese colegio que he conocido) hombre tosco, vulgar y sin elegancia. A mis ojos presentaba un contraste lastimoso con el brillo etoniano de mi maestro preferido: por lo demás, le era imposible disimular ante mi presencia de todas las horas la escasez y pobreza de su entendimiento. Mala cosa es que un niño sea superior a sus maestros en saber o inteligencia y tenga conciencia de ello. En lo que toca al saber, esto no ocurría sólo en mi caso, pues otros dos muchachos, que formaban conmigo el primer curso, eran mejores helenistas que el director, aunque no fuesen capaces de redactar con tanta elegancia ni estuviesen acostumbrados a sacrificar a las musas. Recuerdo que cuando ingresé leíamos a Sófocles; para nosotros, los triunviros eruditos del primer curso, era un triunfo constante ver a nuestro «Archididascalio» (como le gustaba que lo llamásemos) aprendiendo de memoria la lección antes de clase y preparando un larguísimo tren de léxicos y gramáticas para dinamitar y hacer saltar por los aires (valga la

imagen) las dificultades que encontrase en los coros; nosotros, en cambio, no nos dignábamos abrir nuestros libros hasta el momento de empezar y, por lo general, estábamos ocupados en componer epigramas sobre su peluca o algún otro tema igualmente importante. Mis dos condiscípulos eran pobres y sus posibilidades de seguir una carrera universitaria dependían de la recomendación del director; yo, en cambio, poseía un pequeño patrimonio cuya renta bastaría para mantenerme en la universidad, donde quería ser enviado de inmediato. Así lo pedí con insistencia a mis tutores pero sin éxito. Uno de ellos, el más razonable y el que mejor conocía el mundo, vivía muy lejos; dos de los otros tres renunciaron a su autoridad, que pasó a manos del cuarto, y el cuarto, con el cual tenía que negociar, era, a su manera, una buena persona pero soberbio, obstinado e intolerante de la menor oposición a su voluntad. Tras varias cartas y entrevistas personales decidí que nada cabía esperar de mi tutor, ni siquiera una transacción, ya que exigía mi sometimiento incondicional y, en consecuencia, me dispuse a tomar otras medidas. El verano venía a grandes pasos y mi decimoséptimo cumpleaños se acercaba rápidamente: juré que pasada esa fecha ya no me contaría entre los alumnos de la escuela. Lo primero que necesitaba era dinero y escribí a una señora de calidad que, aunque joven, me conocía desde niño y me había dado poco antes muestras de gran cortesía, pidiéndole me «prestara» cinco guineas. Durante más de una semana no recibí respuesta; empezaba a desalentarme cuando un sirviente me puso en las manos una gruesa carta sellada con una corona nobiliaria. La carta era bondadosa y amable: mi hermosa correspondencia se encontraba en la costa, lo cual había sido la causa de la demora; enviaba el doble de lo que le había pedido e insinuaba con buen humor que no quedaría completamente arruinada si no pudiera pagarle *nunca*. Ya estaba listo para poner mi plan en ejecución: diez guineas, sumadas a las dos que me restaban de mi propio dinero, me parecían suficientes para un plazo indefinido, y cuando en esa edad dichosa

no se impone un límite definido a nuestros poderes, el espíritu de esperanza y placer los hace virtualmente infinitos.

Observa con justicia el Dr. Johnson (y con sensibilidad, lo que no siempre puede decirse de sus observaciones) que nunca hacemos conscientemente por última vez sin entristecernos aquello que hemos tenido costumbre de hacer durante mucho tiempo. Sentí hondamente la verdad de esta observación cuando llegó la hora de abandonar [Manchester], lugar que no amaba y donde no había sido feliz. La tarde antes de dejar [Manchester] para siempre me ganó el pesar mientras en el noble y antiguo salón de la escuela resonaba el oficio vespertino, al que asistía por última vez; y esa noche, cuando se pasó lista y mi nombre (como siempre) fue el primero, me dirigí hacia delante y al pasar junto al director que allí se encontraba, me incliné ante él y, mirándolo con emoción a la cara, pensé: «Está viejo y enfermo, ya no lo veré en este mundo.» Tenía razón: no lo vi otra vez ni volveré a verlo. Esa tarde me miró complacido, sonrió de buena gana y me devolvió el saludo (o más bien, la despedida) y nos separamos (aunque él no lo supiera) para siempre. No podía respetarlo intelectualmente pero fue bondadoso conmigo e hizo por mí muchas excepciones: me apenaba pensar en la mortificación que debía infligirle.

Llegó la mañana que había de arrojarme al mundo y que desde entonces ha matizado en muchos aspectos importantes mi vida entera. Yo estaba alojado en casa del director y desde el día de mi llegada se me había concedido el favor de una habitación privada, que me servía tanto de dormitorio como de estudio. Me levanté a las tres y media y contemplé con honda emoción las antiguas torres de [la Iglesia Colegiada], «vestidas de luz temprana», que se encendían en la luminosidad radiante de una mañana sin nubes del mes de julio. Mi propósito era firme e inalterable: no obstante me inquietaba la anticipación de inciertos peligros y desgracias y, de haber previsto el huracán, la tremenda granizada de aflicciones que pronto cayó sobre mí

buenas razones tuviera para sentirme agitado. Esta agitación contrastaba conmovedoramente con la paz profunda de la mañana que en cierta medida la apaciguaba. El silencio era más hondo que el de medianoche: y para mí el silencio de una mañana de verano es más emocionante que cualquier otro silencio, pues, aunque la luz sea tan clara y fuerte como la del mediodía en las demás estaciones del año, no parece que el día sea perfecto, sobre todo porque el hombre aún no está a la vista; la paz de la naturaleza y de las criaturas inocentes de Dios en tan segura y profunda sólo mientras no viene a turbar su santidad la presencia del hombre y su espíritu sin sosiego. Me vestí, cogí sombrero y guantes y todavía me demoré un instante en la habitación. Durante el último año y medio ésta había sido mi «pensativa ciudadela»; aquí atravesé, leyendo y estudiando, todas las horas de la noche; y si bien es cierto que en los últimos tiempos, aunque hecho para el amor y los más dulces afectos, perdí mi tranquilidad y alegría en la violencia afiebrada de las luchas con mi tutor, de otra parte, siendo un niño que amaba tan apasionadamente los libros, y hallándome dedicado al ejercicio intelectual, no podía sino disfrutar de muchas horas felices en medio de mi general abatimiento. Lloré mientras miraba en torno la silla, la chimenea del escritorio y otros objetos familiares, pues demasiado bien sabía que los miraba por última vez. Al escribir estas líneas han pasado dieciocho años: y sin embargo, en este momento veo nítidamente, como si fuera ayer, los trazos y la expresión del cuadro en que fijé mi última mirada: un retrato de la hermosa que colgaba sobre la chimenea; los ojos y la boca eran tan bellos, todo el rostro tan radiante de bondad y serenidad divinas, que mil veces dejé de lado la pluma o el libro para pedirle consuelo, como lo pide un devoto a su santo patrón. Todavía lo estaba contemplando cuando las graves campanadas del reloj de [Manchester] proclamaron que eran las cuatro de la mañana. Fui hasta el retrato, lo

besé, y luego salí despacio y cerré la puerta para siempre

Tan juntas y entrelazadas se hallan en esta vida las ocasiones de risas y de lágrimas que aún no puedo recordar sin sonreír un incidente que ocurrió entonces y casi pone fin a la inmediata ejecución de mis planes. Tenía conmigo un baúl pesadísimo, que además de mis ropas contenía casi toda mi biblioteca. La dificultad consistía en hacer llegar este baúl a un porteador: mi habitación se hallaba en una elevación aérea de la casa y (lo que es peor) la escalera que comunicaba con este ángulo del edificio sólo era accesible a través de una galería que pasaba ante el dormitorio del director. Siendo el preferido de todos los sirvientes yo sabía que cualquiera de ellos me protegería y guardaría el secreto, por lo que expuse mi problema a uno de los camareros. El muchacho me juró hacer lo que le pidiese y, llegado el momento, vino a mi habitación para bajar el baúl. Yo temía que la empresa resultase superior a las fuerzas de una sola persona: pero el camarero tenía

*Hombros de Atlante que soportarían
El peso de potentes monarquías*

y espaldas tan anchas como la llanura de Salisbury. Por consiguiente, insistió en ocuparse del baúl sin ayuda de ninguna clase, mientras yo esperaba lleno de ansiedad al pie de la escalera. Durante unos momentos lo oí bajar con pasos lentos y seguros: por desgracia, al acercarse al punto más peligroso, a pocos pasos de la galería, tanto le temblaron los miembros que resbaló, y la pesada carga que dejó caer de los hombros fue ganando tal impulso en cada uno de los escalones que al llegar abajo dio un bote, o mejor dicho, pegó un gran salto, haciendo un ruido de veinte demonios, para ir a estrellarse contra la mismísima puerta del Archididascalio. Mi primera impresión fue que todo se había perdido y que la única posibilidad de batirse en retirada sería sacrificar el equipaje. Mas pensándolo

bien decidí afrontar los acontecimientos. El camarero estaba muy alarmado, tanto por cuenta propia como por lo que pudiera ocurrirme, y, sin embargo, lo ridículo del contratiempo le afectó de modo tan irresistible que estalló en una larga, sonora y cantarína carcajada que bastara para despertar a los Siete Durmientes. Al oír tan rotunda explosión de alegría, que retumbaba ante los propios oídos de la autoridad insultada, no pude evitar unirme a ella forzado, más que por la lamentable *étourderie* del baúl, por sus efectos sobre el camarero. Ambos esperábamos, como lo más natural, que el Dr. [Lawson] se precipitara fuera del cuarto, ya que por lo general bastaba que se moviese un ratón para verlo surgir como un mastín de su perrera. Sin embargo, por extraño que parezca, en esta ocasión cesaron las risas y en el dormitorio no se oyó ruido alguno, ni tan siquiera el más leve crujido. El Dr. [Lawson] padecía de una molesta enfermedad que, si bien a veces lo mantenía despierto, hacía tal vez que el sueño, cuando llegaba, fuese tanto más profundo. Cobrando valor con el silencio, el camarero volvió a echarse la carga sobre los hombros y terminó el resto del descenso sin accidente. Esperé hasta ver el baúl en una carretilla, camino del porteador; luego, «con la Providencia de guía», me eché a caminar, llevando bajo un brazo un pequeño bulto con unas cuantas prendas de vestir, en un bolsillo uno de mis poetas ingleses preferidos y en el otro un librito en duodécimo con unas nueve piezas de Eurípides.

En un principio mi intención había sido dirigirme a West-morland tanto por el cariño que le tengo a esa región como por razones personales. Sin embargo, el azar dio una dirección distinta a mis peregrinaciones y me encaminé a Gales del Norte.

Después de vagar durante algún tiempo en Denbigshire, Merionetshire y Caernarvonshire, me alojé en una linda casita de B[angor]. Aquí hubiera podido quedarme con entera comodidad varias semanas, pues en B[angor] los alimentos eran muy baratos debido a la falta de otros mercados para el exceso de producción de un vasto

distrito agrícola. Pero un incidente, en el que quizá no hubo intención alguna de ofenderme, me devolvió a mis andanzas. No sé si lo habrá notado el lector, pero he observado muchas veces que la clase social más orgullosa de Inglaterra (o, en todo caso, aquella en que el orgullo es más aparente) es la que conforman las familias de los obispos. Los nobles y sus hijos llevan en sus títulos notificación suficiente de su rango. Más aún, sus propios nombres (y lo mismo puede decirse de muchas casas sin título) bastan para declarar a oídos ingleses lo ilustre del nacimiento o la ascendencia. Apellidos como Sackville, Manners, Fitzroy, Paulet, Cavendish y muchos otros cuentan su propia historia. Por ello tales personas encuentran el respeto que merecen ya asentado en todos, con excepción de aquellos a quienes la propia oscuridad hace ignorantes de los usos del mundo: «Quien no los conoce demuestra ser un desconocido.» Sus modales van adquiriendo el tono y la coloración que convienen; por una vez en que juzgan necesario poner de relieve su calidad encuentran mil ocasiones de templar y moderar esta impresión con actos de cortés condescendencia. No sucede lo mismo con las familias de los obispos, que a duras penas logran dar a conocer sus títulos ya que el número de prelados nacidos en familias nobles no es, en ningún momento, muy grande y la sucesión a las dignidades es tan rápida que el público no suele tener tiempo de acostumbrarse a sus nombres, a menos que éstos ya hayan ganado fama literaria. A ello se debe que los hijos de los obispos tengan un aire austero y desagradable que indica pretensiones no reconocidas por todos, una actitud de *noli me tangere* que se inquieta nerviosamente ante cualquier asomo de familiaridad, un continuo retraerse, con exagerada sensibilidad de gotoso, ante el menor contacto con los οἱ πολλοί. Sin duda, una poderosa inteligencia o una bondad excepcional permiten superar estas debilidades, pero, en general, se reconocerá la verdad de lo que digo: si el orgullo no tiene en estas familias raíces más hondas, por lo menos surge con mayor frecuencia en la superficie de los modales. El

espíritu que anima dichos modales se comunica, como es natural, a los servidores y a otras gentes que dependen de las familias. Ahora bien, la dueña de la casa en que me alojé había sido criada de la señora, o ama de los niños, en la familia del obispo de B[angor], y sólo poco tiempo antes había dejado el servicio para casarse y «establecerse» (como dice esa gente) de por vida. En una ciudad tan pequeña como B[angor] el mero hecho de haber vivido con la familia del obispo confiere cierto prestigio, y a mi buena dueña le había tocado, con creces, la parte del orgullo a que he hecho referencia. Su gran tema de conversación era lo que «mi señor» hacía y lo que «mi señor» decía, cuan útil era en el parlamento, cuan indispensable en Oxford. Todo lo sobrellevé pacientemente pues tenía demasiado buen corazón para reírme de nadie en su cara y era mucho lo que podía perdonar a la garrulería de una vieja sirvienta. Pero, como era inevitable, no debí parecerle lo bastante impresionado con la importancia del obispo y, quizá para castigar mi indiferencia, o bien por simple accidente, me repitió un día una conversación en la que, indirectamente, yo era una de las partes interesadas. Había ido al palacio a saludar a la familia y después de cenar la llamaron al comedor. Al dar cuenta de la economía de su casa se le ocurrió mencionar que había alquilado sus apartamentos. Parece que el bueno del obispo aprovechó la oportunidad para hacerle una advertencia en cuanto a la selección de inquilinos: «puesto que», le dijo, «debes tener en cuenta, Betty, que este lugar se halla en el camino real a Holyhead, de modo que es muy probable que pasen por aquí multitudes de tramposos irlandeses que van a Inglaterra huyendo de sus deudas y multitudes de tramposos ingleses que huyen de sus deudas a la isla de Man». En verdad el consejo no estaba desprovisto de razón, aunque fuera mejor que la Sra. Betty lo guardase para meditarlo en privado y no que viniese a contármelo. Lo que siguió fue todavía peor. «Oh, mi señor», respondió mi patrona (de acuerdo a su propia versión de lo ocurrido), «realmente no creo que este

joven caballero sea un tramposo, pues...» «¿No cree usted que yo sea un tramposo?», dije interrumpiéndola en un paroxismo de indignación: «En adelante le evitaré el trabajo de pensar en el asunto.» Y sin perder un minuto empecé los preparativos para marcharme. La pobre mujer parecía dispuesta a hacer algunas concesiones, pero mucho me temo que desperté su indignación e hice que toda reconciliación se tornase imposible con una expresión dura y despectiva que apliqué al ilustre prelado. En verdad me molestaba que el obispo hubiese sugerido razones para sospechar, aunque fuera remotamente, de una persona que nunca había visto y me vino a la cabeza la idea de hacerle saber, en griego, lo que pensaba; de esta manera, al tiempo que habría cierta presunción para suponer que yo no era un tramposo, incitaría al obispo (al menos tal era mi esperanza) a responderme en el mismo idioma, en cuyo caso estaba seguro de probar que, aunque no tan rico como Su Señoría, yo era mejor helenista. Sin embargo, tras pensarlo con más calma dejé de lado este proyecto infantil: me dije que el obispo tenía razón en aconsejar a una vieja servidora; que no podía haber sido intención suya que yo me enterase de los consejos; y que la misma necedad que moviera a la Sra. Betty a repetirme la conversación la habría seguramente llevado a adornarla de modo más concorde a su propia manera de pensar que a las expresiones que en realidad empleara el obispo.

Antes de una hora había dejado mis apartamentos, en lo que estuve muy desafortunado, pues desde entonces me vi obligado a alojarme en posadas, con lo cual muy pronto se me acabó el dinero. Quince días más tarde me quedaba tan poco que sólo podía pagarme una comida al día. Con el vivo apetito que producen el ejercicio constante y el aire de montaña en un estómago juvenil, este régimen tan escaso no tardó en hacerme sufrir mucho, ya que el único alimento que alcanzaba a comprar era café o té. Al cabo ni siquiera esto pude permitirme y en adelante me sustenté, mientras permanecí en Gales con las bayas, moras y fresas que cogía gracias a las invitaciones que

me hacían de cuando en cuando, a manera de retribución por pequeños servicios que tenía la oportunidad de prestar. A veces escribía cartas de negocios para gentes del campo con parientes en Liverpool o en Londres: más a menudo redactaba cartas de amor para muchachas de servicio de Shrewsbury o de otras aldeas de la frontera inglesa. En todas estas ocasiones di entera satisfacción a mis humildes amigos que, en general, me trataron con hospitalidad; sobre todo una vez, cerca de la aldea de Llan-y-styndw (o un nombre por el estilo), en un apartado rincón de Merionetshire, una familia de jóvenes me recibió durante más de tres días con bondad cariñosa y fraternal que me dejó en el corazón una huella que aún no se borra. En ese entonces la familia estaba formada por cuatro hermanas y tres hermanos, todos de admirable elegancia y delicadeza de modales. No recuerdo haber encontrado, ni antes ni después, tanta belleza ni tanta cortesía y refinamiento naturales en gente del campo, salvo en una o dos ocasiones en Westmorland y Devonshire. Hablaban inglés, lo que no es frecuente en tantos miembros de una familia, sobre todo en pueblos alejados del camino real. Recién llegado a la casa escribí para uno de los hermanos, que había prestado servicios a bordo de un barco de guerra inglés, una carta sobre la parte que le correspondía en una presa y también, aunque más secretamente, dos cartas de amor para dos de las hermanas. Ambas era hermosas muchachas y una de ellas de un encanto, verdaderamente excepcional. En medio de la confusión y el rubor de las hermanas al dictarme, o mejor dicho darme instrucciones muy generales, no necesité de gran sagacidad para descubrir su deseo de que las cartas fueran todo lo amables que pudiesen ser sin menoscabo del orgullo que conviene a una doncella. Traté de disponer mis expresiones en forma tal que conciliasen ambos sentimientos y quedaron tan satisfechas ante mi manera de exponer sus pensamientos como asombradas (en su simplicidad) de que hubiera adivinado tan pronto sus voluntades. La acogida de las mujeres de una familia suele determinar la hospitalidad

con que se recibe al visitante. En este caso cumplí mis funciones confidenciales de secretario a satisfacción de todos y quizá los distraje un poco con mi charla, pues insistieron con tal cordialidad en que me quedase que me sentí poco inclinado a resistir. Dormí con los hermanos, ya que la única cama desocupada estaba en la habitación de las muchachas, y en todo lo demás me trataron con un respeto que es raro manifestar ante bolsas tan ligeras como la mía, como si mis conocimientos fuesen prueba suficiente de que yo era de «buena familia». De este modo viví con ellos tres días, así como la mayor parte del cuarto y, en vista de la amabilidad con que en todo momento me trataron, creo que hasta ahora seguiría con ellos si sus medios hubieran estado a la altura de sus deseos. La última mañana, mientras tomábamos el desayuno, advertí en sus caras la expresión que anuncia una noticia desagradable; poco después uno de los hermanos me explicó que, el día anterior a mi llegada, sus padres habían ido a la reunión anual de metodistas que se celebraba en Caernavon y volverían ese día: y «si acaso no eran tan corteses como debían», me rogaba, en nombre de todos los jóvenes, que no lo tomase a mal. Llegaron los padres, con caras de pocos amigos y «*Dym Sassenach*» (no hablo inglés) por respuesta a todas mis palabras. Comprendí la situación y, tras despedirme afectuosamente de mis amables e interesantes anfitriones, proseguí mi camino. Aunque hablaron de mí con simpatía a sus padres, y se disculparon varias veces por los modales de los viejos diciendo que era solamente «su modo de ser», pude darme cuenta fácilmente que mi talento para escribir cartas de amor sería, a ojos de dos graves metodistas galeses sexagenarios, tan poco recomendable como mis sáficos o alcaicos griegos: lo que había sido hospitalidad cuando me la ofrecieron con graciosa cortesía mis jóvenes amigos se volvería una limosna ante la aspereza de los viejos. Sin duda el Sr. Shelley tiene razón en sus ideas sobre la vejez: a menos que se le opongan con gran fuerza influencias contrarias de toda clase, la

vejez corrompe y agosta miserablemente las dulces caridades del corazón humano.

Poco después logré llegar a Londres, poniendo en práctica medios que la falta de espacio me obliga a callar. Se inició entonces la última y más feroz etapa de mis muchos sufrimientos, y hasta podría decir de mi agonía sin que la expresión resultase exagerada. En efecto, padecí ahora, durante más de dieciséis semanas, el suplicio físico del hambre en sus diversos grados de intensidad y tan amargamente como puede haberlos resistido cualquier ser humano que consiguiera sobrevivir. No quiero herir sin necesidad los sentimientos del lector entrando en detalles acerca de todo lo que hube de soportar, pues casos tan extremos como éste, aun cuando medien las más graves faltas o culpas, no pueden contemplarse, ni siquiera en una descripción, sin esa sentida piedad que resulta tan dolorosa a la bondad natural del corazón humano. Baste decir, al menos por ahora, que mi único sustento fueron unos pocos pedazos de pan cogidos de la mesa en que desayunaba una persona (que me suponía enfermo pero que no sabía de mi extrema necesidad) y esto a intervalos irregulares. En la primera parte de mis tribulaciones (o sea, casi todo el tiempo que pasé en Gales y luego, sin interrupción, durante los dos primeros meses de mi estancia en Londres) no tuve casa y fue raro que durmiera bajo techo. Al hallarme constantemente al aire libre atribuyo el que mis tormentos no acabasen conmigo. Sin embargo más adelante, cuando el clima se hizo frío e inclemente y comencé a languidecer por lo mucho que había padecido, fue sin duda una suerte que la misma persona a cuya mesa de desayuno tenía acceso me permitiera dormir en una gran casa desocupada de la que era inquilino. La llamo desocupada porque no vivía en ella una familia ni se trataba ningún negocio; ni siquiera estaba amueblada, con excepción de una mesa y unas cuantas sillas. Pero, al tomar posesión de mi nuevo alojamiento, encontré que ya habitaba la casa un único ocupante, una pobre niña solitaria que tendría entonces unos diez años, si bien era de aspecto

macilento y el hambre hace que los niños parezcan mayores de lo que son. Esta niña desamparada me dijo que había vivido y dormido sola en la casa desde cierto tiempo antes de mi llegada; la pobre criatura dio muestras de gran alegría al enterarse de que yo le haría compañía en las horas de oscuridad. La casa era grande y, debido a la falta de muebles, el ruido que hacían las ratas resonaba con ecos prodigiosos en los salones y en la espaciosa escalera; en medio de los padecimientos tan inmediatos y materiales del frío y, mucho me temo, del hambre, la niña desvalida había encontrado ocio suficiente para sufrir aún más (al parecer) a causa de los fantasmas que ella misma inventaba. Le prometí protegerla contra toda clase de fantasmas, pero ¡ay!, esta era la única ayuda que podía ofrecerle. Nos acostábamos en el suelo con un montón de execrables escritos judiciales por almohada y una especie de amplia capa de caballero a manera de manta; luego descubrimos en un desván un pequeño trozo de alfombra y otros retazos que usamos para calentarnos. La pobre niña se pegaba a mí en busca de calor y para que la defendiera de sus enemigos fantasmales. A menos de sentirme más enfermo que de costumbre yo la tomaba en mis brazos de modo que, por lo general, le comunicaba un poco de calor, y muchas veces ella dormía mientras yo velaba: pues durante los dos últimos meses de mis sufrimientos yo dormía mucho durante el día y a todas horas caía de pronto en un sueño pasajero. Pero dormir me pesaba más que velar, no sólo por lo tumultuoso de mis sueños (que no llegaban a ser tan atroces como los producidos por el opio, los cuales tendré ocasión de describir más adelante) sino porque, como sólo dormía de manera muy superficial, escuchaba mis gemidos y tenía la impresión de que mi propia voz me despertaba a cada momento; alrededor de esta época comenzó a asediarme una sensación horrible tan pronto como me adormecía, sensación que he vuelto a sentir en distintas épocas de mi vida y que consiste en una especie de contracción (creo que en la región del estómago, pero no estoy seguro) que me obliga a estirar

violentemente las piernas para hacerla desaparecer. Como esta sensación se presentaba tan pronto como me adormecía, y el esfuerzo por sentir alivio me despertaba a cada instante, al cabo dormía sólo por agotamiento y, en vista de mi debilidad cada vez mayor, estaba (como antes dije) durmiéndome y despertándome constantemente. Entretanto el dueño de la casa se presentaba ante nosotros a veces muy temprano, a veces sólo a las diez de la mañana y a veces no aparecía. El hombre vivía en continuo temor de los alguaciles y había mejorado el plan de Cromwell, puesto que dormía cada noche en un barrio distinto de Londres; observé que nunca dejaba de mirar por un ventanillo a quien llamaba a la puerta antes de permitir que se le abriese. Desayunaba solo: en realidad difícilmente hubiera podido arriesgarse a invitar a otra persona dado lo escaso del servicio de té así como del *matériel* comestible, que por lo general no consistía sino en un panecillo o unas cuantas galletas comprados mientras venía del lugar donde pasara la noche. Si a pesar de ello hubiese hecho invitaciones, como una vez se lo señalé erudita y burlescamente, las distintas partes asistentes (y no *asentadas*, por falta de asientos) se hubieran encontrado entre sí en relación de sucesión, como dicen los metafísicos, y no de coexistencia; en la relación de las partes del tiempo y no del espacio. Durante el desayuno yo hallaba alguna razón para acercarme a la mesa y, con el aire más indiferente de que era capaz, recogía sus sobras, aunque a veces no quedaban sobras de ninguna clase. Con ello no robaba a nadie, como no fuera a este hombre que una vez (creo) tuvo que enviar al mediodía por más galletas; en efecto, la pobre niña no entraba nunca al estudio (si cabe dar tal nombre al lugar en que se amontonaban los pergaminos, escritos judiciales, etc.); para ella esa habitación era en la casa el cuarto de Barba Azul, que el dueño cerraba con llave cuando salía a cenar a eso de las seis de la tarde, hora en que casi siempre se marchaba para no regresar hasta el día siguiente. No logré saber si la niña era hija ilegítima del Sr.

[Brunell] o sólo una persona de servicio, pero lo cierto es que la trataba en todo como a una modestísima sirvienta. Tan pronto como aparecía el Sr. [Brunell] la chica se iba escaleras abajo a cepillarle los zapatos, el abrigo, etc., y, a menos que la llamase para hacerle un encargo, ya no surgía del triste Tártaro de las cocinas al aire de la planta principal hasta que, al anochecer, mis golpes a la puerta traían a la entrada sus pasitos temblorosos. De su vida durante el día sólo sé lo poco que me contaba por las noches, pues en cuanto empezaban las horas de trabajo yo me daba cuenta de que mi ausencia se estimaba aceptable y, por lo general, iba a sentarme a un parque o a algún otro lugar hasta que cayera la noche.

Pero, a todo esto, ¿quién —y qué— era el dueño de la casa? Lector, era uno de esos profesionales anómalos de los escalones más bajos del derecho que —¿cómo decirlo?— por razones de prudencia o necesidad no se permiten disfrutar del lujo de una conciencia demasiado delicada (podría abreviarse mucho la perífrasis, pero eso lo dejo a gusto del lector); en muchos oficios una conciencia representa una carga más onerosa que una esposa o un coche; y así como la gente habla de «deshacerse» de sus coches, supongo que mi amigo el Sr. [Brunell] se había «deshecho» de su conciencia durante cierto tiempo, sin duda con la intención de volver a poseer una en cuanto pudiera permitírselo. La economía interna que rige la vida diaria de un hombre de esta clase conformaría un cuadro muy curioso si me fuese posible entretener al lector a costa suya. Aunque mis oportunidades para observar lo que sucedía eran limitadas, fui testigo de muchas escenas de intrigas londinenses, complejas trapacerías, «ciclos y epiciclos, órbitas dentro de órbitas» que hasta hoy me hacen sonreír —que aún entonces me hacían sonreír, a pesar de mis desgracias. No obstante, en vista de la situación en que me hallaba, tuve muy pocas ocasiones de conocer por experiencia propia las cualidades de carácter del Sr. [Brunell], como no fuesen las más honorables, y de su extraña constitución debo olvidarlo

todo salvo que conmigo fue servicial y, en la medida de sus posibilidades, generoso.

No era que pudiese mucho, en verdad, pero al menos yo no le pagaba alquiler —tenía esto en común con las ratas— y así como el Dr. Johnson dejó testimonio de que sólo una vez en su vida le permitieron comer del árbol cuanta fruta deseara, quiero ser agradecido y recordar que sólo en esa oportunidad puede elegir a mi gusto entre las muchas habitaciones de una casa de Londres. Con excepción del cuarto de Barba Azul, que la pobre niña creía embrujado, todos los demás, desde el ático hasta el sótano, estaban a nuestra disposición; «el mundo entero se abría ante nosotros» y cada noche levantábamos nuestra tienda en el lugar que se nos antojase. La casa, ya lo he dicho, es espaciosa y ocupa un lugar central en un barrio muy conocido de Londres. Sin duda, muchos de mis lectores pasarán ante ella a las pocas horas de leer esta página. En lo que a mí respecta, no dejé de visitarla siempre que mis asuntos me traen a Londres; esta misma noche del 15 de agosto de 1821, día de mi cumpleaños, me aparté a eso de las diez de la calle de Oxford, por donde había salido a caminar, con el propósito de ir a verla; ahora la ocupa una familia respetable; en el salón principal, que estaba iluminado, vi un grupo familiar, seguramente tomando té, y al parecer, tranquilo y alegre. ¡Qué maravilloso contraste, a mis ojos, con la oscuridad —el frío— el silencio y la desolación de esa misma casa hace dieciocho años, cuando sus ocupantes nocturnos eran un estudiante que se moría de hambre y una niña abandonada! A ella, dicho sea de paso, traté de encontrarla durante años pero en vano. Aparte de su situación no era lo que pudiera llamarse una niña interesante: no era bonita, ni muy despierta, ni de maneras especialmente agradables. Sin embargo, ni siquiera en esos años requería yo —¡gracias a Dios!— el adorno de cualidades novelescas para conciliar mi afecto; me bastaba la simple humanidad en su más llana y humilde apariencia, y quería a la niña porque era mi compañera de desdichas. Si ahora vive probablemente es

madre y tiene sus propios hijos, mas, como he dicho, nunca logré averiguar su paradero.

Siento que así haya sido, pero en esos tiempos conocí a otra persona que desde entonces he intentado encontrar con mucha mayor ansiedad y con dolor mucho más profundo ante mi fracaso. Esta persona era una muchacha de las que viven del salario de la prostitución. No me avergüenzo, ni tengo razón alguna para avergonzarme, cuando admito que trataba familiar y amistosamente a muchas mujeres que se hallaban en esa condición desventurada. El lector no tiene por qué sonreír ni tampoco por qué fruncir el ceño ante esta confesión. Aun sin necesidad de recordar a mis cultos lectores el viejo proverbio latino *-Sine Cerere, etc.-* cabe imaginar que, en vista del estado de mi bolsa, mi relación con tales mujeres no podía ser impura. Lo cierto es que en ningún momento de mi vida he pensado que pudiera mancharme el roce o la proximidad de cualquier criatura que tuviese forma humana; por el contrario, desde mi más temprana juventud he tenido a mucha honra conversar llanamente, *more Socratico*, con todos los seres humanos, hombres, mujeres o niños, que la suerte atravesara en mi camino: práctica que se acuerda con el conocimiento de la naturaleza humana, los buenos sentimientos y la franqueza en el trato propios de un hombre que aspira a ser reconocido por filósofo. Un filósofo no puede mirar las cosas con los ojos de la pobre criatura limitada que se llama a sí misma hombre de mundo y que, tanto por nacimiento como por educación, está llena de prejuicios estrechos y egoístas; por el contrario, ha de considerarse como un ser universal que guarda la misma relación con grandes y pequeños, con gentes instruidas o ignorantes, con culpables e inocentes. Como en esos tiempos yo era por fuerza un peripatético, un hombre de la calle, nada más natural que me encontrase a menudo con las peripatéticas que se designa con el término técnico de mujeres de la calle. Varias de estas mujeres me defendieron de los guardianes que venían a echarme de los escalones, a la entrada de las casas, donde solía

sentarme. Una de ellas, que es lo que me trae a este tema... ¡Pero no! No he de confundirte, oh noble Ann, con esa clase de mujeres; quiero hallar, de ser posible, un nombre más dulce para designar la condición de la muchacha cuya compasión y generosidad, que me asistieron en la necesidad cuando el mundo entero me había abandonado, debo el estar con vida en este momento. Durante muchas semanas recorrí por las noches la calle de Oxford en compañía de esa pobre muchacha sin amigos o descansé a su lado en las escalinatas o al abrigo de los portales. Debía ser menor que yo; en verdad, me dijo que aún no había cumplido los dieciséis años. Las preguntas que me inspiró el interés que sentía por ella me permitieron irme enterando gradualmente de su sencilla historia. Su caso (luego he tenido ocasiones para suponerlo) es de los que ocurren frecuentemente; si la beneficencia londinense mejorase sus disposiciones, en muchos de ellos podría interponerse el brazo de la ley para proteger o vengar. Pero en Londres la corriente de la caridad, aunque profunda y caudalosa, fluye en silencio por canales subterráneos, a los que no tienen fácil acceso, si acaso los conocen, los pobres desventurados sin hogar; y no puede negarse que en su aire y conformación exteriores la sociedad de Londres es dura, cruel y repulsiva. Sin embargo, en este caso advertí que sería fácil reparar parte de los daños que había sufrido Ann y muchas veces la insté vivamente a que presentase su queja ante un magistrado; le aseguré que sería atendida de inmediato, por más desvalida que estuviese, y que la justicia inglesa, que no respeta influencias, no tardaría en vengarla con el máximo rigor del granuja brutal que la despojara de su pequeña fortuna. Muchas veces también me prometió hacerlo, pero se demoraba en poner en marcha las gestiones que yo le señalaba cada cierto tiempo, pues su timidez y abatimiento eran tales que denunciaban lo hondamente que el dolor se había apoderado de su corazón de niña; tal vez pensara, con razón, que nada podía hacer el más íntegro de los jueces, ni el más justiciero de los

tribunales, para reparar sus más graves daños. A pesar de ello, algo, tal vez, se habría hecho y al cabo quedó acordado entre nosotros, aunque por desgracia sólo la penúltima vez que nos vimos, que uno o dos días más tarde nos presentaríamos juntos ante un magistrado y que yo hablaría en su nombre. Pero estaba escrito que no podría prestarle nunca este pequeño servicio. En cambio, ella me prestó a mí uno mayor de lo que nunca podría pagarle, que fue el siguiente: Una noche, mientras caminábamos paso a paso por la calle de Oxford, después de un día en que me había sentido más débil y enfermo que de costumbre, le pedí que me acompañara hasta la plaza de Soho: fuimos allá y nos sentamos en los escalones de una casa, ante la cual no puedo pasar, hasta el día de hoy, sin sentirme acongojado y rendir homenaje en mi fuero interno al espíritu de la pobre muchacha, en memoria de la noble acción que cumplió en este lugar. De pronto, mientras estábamos sentados, comencé a sentirme muy mal: había estado apoyando la cabeza en su seno y súbitamente me desprendí de sus brazos y caí hacia atrás, sobre las gradas. Lo que sentí en ese momento me ha dejado la firme e íntima convicción de que, sin un estímulo poderoso que me reanimase, hubiera muerto en el acto o por lo menos caído en tal grado de postración que, en el desamparo en que me hallaba, pronto habría perdido toda esperanza de recobrarne. Entonces, en esta crisis de mi destino, mi pobre compañera huérfana —que sólo encontrara agravios en el mundo— me tendió una mano salvadora. Con un grito de terror, mas sin perder un segundo, corrió hasta la calle de Oxford y, en menos de lo que toma contarle, volvió a mí con un vaso de vino y especias que obraron sobre mi estómago vacío (que en ese momento habría rechazado todo alimento sólido) con un poder instantáneo de recuperación: la generosa muchacha pagó este vaso de vino con el poco dinero que entonces poseía —¡no lo olvidéis!— que apenas le bastaba para sus necesidades más urgentes y sin ninguna razón de suponer que alguna vez podría pagarle. ¡Oh mi joven benefactora! ¡Cuántas veces, en los años que

siguieron, me encontré en lugares solitarios pensando en ti con dolor de corazón y amor perfecto, cuántas veces quise que, así como en la antigüedad se creía que la maldición de un padre tenía poder sobrenatural y perseguía a su víctima con fatal necesidad de ejecución, también las bendiciones de un corazón abrumado por la gratitud tuviesen prerrogativas semejantes y recibiesen de lo alto la facultad de seguirte, asediarte, alcanzarte, darte caza, hasta en la oscuridad central de un burdel de Londres o (si fuera posible) hasta en la oscuridad de la tumba para allí despertarte con un mensaje solemne de paz y misericordia, de reconciliación final!

No suelo llorar: no es tan sólo que mis pensamientos sobre los temas relacionados con los principales intereses del hombre desciendan cada día, cada hora más bien, a mil brazas de profundidad, «demasiado hondo para las lágrimas», ni que la austeridad de mis hábitos intelectuales provoque un antagonismo (frente a los sentimientos que desatan el llanto, que por fuerza no existe en las personas a quienes su liviandad protege de cualquier tendencia al dolor meditativo así como, a causa de esa misma liviandad, son incapaces de resistir a tales sentimientos cuando por azar se presentan), sino creo también que, para defenderse de la más extrema desesperación, todos los que consideren esas cuestiones tan profundamente como yo, habrán tenido que fomentar en sí mismos y venerar desde hace tiempo alguna creencia consoladora sobre los futuros equilibrios y los significados jeroglíficos del sufrimiento humano. Por todas estas razones soy, hasta ahora, hombre de buen humor y, como ya he dicho, no suelo llorar. Sin embargo, algunos sentimientos, aunque no más profundos ni apasionados, son más tiernos que otros, y a menudo, cuando camino por la calle de Oxford a la luz extraña de los faroles y el organillo toca las mismas canciones que años antes escuchábamos con placer mi querida compañera (como siempre debo llamarla) y yo, se me caen las lágrimas y medito a solas en el acto misterioso de la Providencia que tan súbita y

decisivamente nos separó para siempre. El lector sabrá lo que sucedió al terminar este relato de introducción.

Poco después de ocurrido el último incidente de que he dado cuenta me encontré en la calle Albermarle con un caballero de la casa de Su Majestad. Este señor había disfrutado en varias ocasiones de la hospitalidad de mis padres y mi aire de familia le movió a dirigirme la palabra. No traté de disimular: respondí francamente a sus preguntas y, al asegurarme bajo palabra de honor que no me entregaría a mis tutores, le di las señas de mi amigo el abogado. Al día siguiente me hizo llegar un billete de diezjjbras. El abogado recibió el sobre junto con otras cartas de negocios y, aunque por su mirada y actitud comprendí que sospechaba el contenido, me la entregó honorablemente y sin demora alguna.

Este obsequio, en vista del servicio particular al que fue destinado, me lleva naturalmente al propósito que me incitó a venir a Londres y que había estado *demandando* (para emplear un término jurídico) desde el día que llegué a la ciudad hasta el de mi partida definitiva.

Sorprenderá a mis lectores que en un mundo tan vasto como Londres no encontrase un medio de evitar los últimos extremos de la miseria: pensarán que disponía al menos de dos recursos, ya sea procurarme la asistencia de amigos de mi familia o bien dedicar mis facultades y méritos juveniles a una actividad que me dejase un beneficio pecuniario. En cuanto a mi primera posibilidad he de señalar que, en general, temía más que a todos los males el que mis tutores diesen conmigo, pues no dudaba que emplearían al máximo en contra mía cualquier autoridad que les otorgase la ley, hasta el punto de devolverme por la fuerza a la escuela que había abandonado: restauración que, por constituir a mis ojos una deshonra aunque me sometiese a ella voluntariamente, en caso de serme impuesta en oposición y menosprecio a mis notorios deseos y esfuerzos, significaría necesariamente una humillación peor que la muerte y en realidad hubiera acabado por matarme. Así pues, el temor de dar a mis tutores un indicio que les

permitiese apoderarse de mí hizo que no me atreviese a pedir ayuda aun cuando estaba seguro de obtenerla. Añadiré, por lo que toca a Londres, que si bien mi padre tuvo en vida muchos amigos en esa ciudad, a los diez años de su muerte yo me acordaba, aunque sólo fuese de nombre, de muy pocos; como no había estado en Londres nunca antes, salvo en una oportunidad y apenas durante unas horas, ni siquiera conocía las señas de esas personas. Por consiguiente, esta manera de conseguir ayuda me estaba prohibida, en parte por la dificultad y sobre todo por el temor vivísimo que he mencionado. En cuanto a la otra manera de sostenerme, ahora me pregunto, al igual que el lector, cómo pude pasarla por alto. No dudo que como corrector de pruebas en griego (ya que no de otro modo) hubiera logrado ganar lo suficiente para mis escasas necesidades. En un puesto de esta clase hubiera desempeñado mis funciones con exactitud puntual y ejemplar, con lo que pronto ganara la confianza de mis empleadores. Tampoco hay que olvidar que aun para conseguir este cargo tenía necesidad de que alguien me presentase a un impresor respetable, lo cual estaba fuera de mi alcance. Sin embargo, lo cierto es que no se me ocurrió ni por un momento pensar en las labores literarias como fuente de ingresos. El único medio lo bastante rápido de conseguir dinero que se me ocurrió fue tomarlo prestado con la garantía de mis futuros derechos y expectativas. Hice todo lo posible por llevar a la práctica esta idea y me dirigí, entre otras personas, a un judío llamado D[ell]⁴.

⁴ Por cierto, que dieciocho meses más tarde volví a dirigirme al mismo judío con el mismo propósito y, como para entonces fechaba mis cartas en un colegio prestigioso, tuve la suerte de que estudiase con atención mis propuestas. Mis necesidades no se debían a ninguna extravagancia ni a frivolidades de juventud (pues mis costumbres y la naturaleza de mis placeres me ponían muy por encima de ellas), sino tan sólo a la rencorosa malicia de mi tutor quien, cuando comprendió que ya no podía impedirme que fuese a la universidad, quiso dejarme un último recuerdo de su buena voluntad y se negó a firmar una orden que me permitiera recibir un solo chelín además de la pensión que me pagaba en la

Me presenté a este judío, así como a otros prestamistas que se anunciaban en los periódicos (algunos de los cuales, me parece, también eran judíos) y les informé de mis expectativas; al consultar el testamento de mi padre en Doctor's Commons comprobaron lo exacto de la información. La persona allí mencionada como segundo hijo de..... tenía todos los derechos que yo afirmaba (y otros más), pero todavía quedaba una pregunta que la cara de los judíos sugería muy significativamente: ¿era yo esa persona? Nunca se me había ocurrido que pudiera surgir esa duda; por el contrario, cada vez que mis amigos judíos me examinaban con tanta curiosidad, mi temor era que se sintiesen demasiado convencidos de que yo era tal persona y urdiesen un plan para atraparme y venderme a mis tutores. Fue extraño descubrir que se acusaba, o al menos sospechaba, a mi persona considerada *materialiter* (esta era mi manera de decirlo ya que adoraba la precisión lógica de las distinciones) de falsificar mi propia persona, considerada *formaliter*. Para vencer

escuela, o sea 100 libras al año. En mi tiempo vivir en el colegio con esa suma era apenas posible, y del todo imposible para alguien quien, si bien exento de la ridícula ostentación de despreocuparse ostentadamente del dinero así como de gustos muy costosos, tenía en cambio el defecto de confiar demasiado en los sirvientes y no se interesaba por los mezquinos detalles de la economía doméstica. Pronto me vi en apuros y, por último, tras una prolongada negación con el judío (alguno de cuyos episodios divertirían mucho a mis lectores si tuviese tiempo de contarlos) entré en posesión de la cantidad que había pedido con arreglo a las condiciones «normales», que consistían en pagar al judío un diecisiete y medio por ciento a título de intereses sobre toda la suma del préstamo; por su parte, Israel se embolsaba graciosamente tan sólo unas noventa guineas de dicha suma, .mientras el resto correspondía a la cuenta del abogado (por qué servicios —prestados a quién y cuándo, si en el sitio de Jerusalén, la segunda construcción del Templo, o en alguna ocasión anterior— es algo que todavía no he conseguido averiguar). En verdad, he olvidado cuántas pérdidas medía la cuenta, pero la conservo en un gabinete de curiosidades de historia natural y creo que tarde o temprano he de obsequiarla al Museo Británico.

tales escrúpulos recurrí al único medio que tenía a mano. Mientras estaba en Gales había recibido varias cartas de jóvenes amigos míos que pude presentarles al instante, pues las llevaba siempre en los bolsillos y, a decir verdad, eran a estas alturas casi las únicas reliquias de mis posesiones personales (con excepción de las ropas que traía puestas) de las que no me había deshecho en una u otra forma. La mayoría de las cartas eran del conde de [Altamont], entonces el más cercano (o más bien el único) de mis amigos íntimos. Las cartas venían de Eton. También tenía algunas del marqués de [Sligo], su padre, que si bien se hallaba dedicado a sus empresas agrícolas, había sido también alumno de Eton y tan buen humanista como conviene que lo sea un noble; el marqués no había perdido su afecto por los clásicos y por los jóvenes estudiosos y a ello se debe que, desde que yo cumpliera los quince años, estuviese en correspondencia conmigo. A veces me escribía sobre las grandes obras que había hecho o pensaba hacer en los condados de M[ayo] y S[ligo] desde que yo los visitara; otras sobre los méritos de algún poeta latino; en fin, no faltaban ocasiones en que me sugería temas que le gustaría verme tratar en verso.

Tras leer las cartas uno de mis amigos judíos aceptó proporcionarme doscientas o trescientas libras contra mi garantía personal, a condición de que convenciera al joven conde —quien, dicho sea de paso, no era mayor que yo— de que garantizase el pago al llegar nuestra mayoría de edad: ahora me doy cuenta de que, en última instancia, el fin que perseguía el judío no era el beneficio insignificante que lograría en sus ratos conmigo, sino la posibilidad de trabar relación con mi noble amigo, cuyas inmensas expectativas conocía muy bien. De acuerdo con la propuesta que me hiciera el judío, unos ocho o nueve días después de recibir las diez libras me dispuse a ir a Eton. Entregué casi tres libras de esa suma a mi amigo el prestamista, quien me explicó la necesidad de comprar unos sellos para ir preparando las escrituras mientras me hallaba ausente de Londres. Pensé que mentía, pero no quise darle

ningún pretexto que luego le permitiese achacarme sus propias demoras. Di a mi amigo el abogado (que tenía relaciones con los prestamistas ya que era abogado suyo) una suma más pequeña, a la que en verdad tenía derecho por sus apartamentos sin amueblar. Unos quince chelines se fueron en reponer, muy modestamente, mis ropas. Del resto entregué una cuarta parte a Ann, pensando dividir con ella a mi regreso el dinero que restase. Hechos estos arreglos, una oscura tarde de invierno, poco después de la seis, partí en compañía de Ann hacia Piccadilly, con intención de tomar el correo de Bath o de Bristol hasta Salt Hill. Nuestro camino atravesaba una parte de la ciudad que ahora ha desaparecido por completo, de modo que no logro recordar el antiguo límite: me parece que se llamaba la calle Swallow. Sin embargo, como teníamos tiempo, doblamos a la izquierda hasta llegar a la plaza Golden; allí nos sentamos, cerca de la esquina de la calle Sherrard, pues no queríamos despedirnos en medio del tumulto y las luces de Piccadilly. Poco antes había explicado mis planes a Ann; ahora volví a asegurarle que compartiríamos mi buena fortuna, si acaso sobrevenia, y que no la abandonaría nunca mientras me quedasen fuerzas para protegerla. Esta era en verdad mi intención, tanto por sentirme inclinado a ello como por sentido del deber puesto que, para no hablar de la gratitud que en todo caso me hiciera deudor suyo de por vida, la amaba tan entrañablemente como si fuera mi hermana, y en este momento con una ternura que la compasión aumentaba siete veces al advertir su hondo abatimiento. Al parecer tenía yo más razones para sentirme abatido ya que dejaba a quien me había salvado la vida y, sin embargo, a pesar de los golpes que sufriera mi salud, me sentía alegre y lleno de esperanzas. Ann, por el contrario, que se separaba de alguien que contaba con muy escasos medios de servirla, aparte de la bondad y el trato fraternal, estaba abrumada por la pena, hasta tal punto que cuando la besé en nuestra última despedida me echó los brazos al cuello y lloró sin decir palabra. Esperaba volver a

verla, cuando mucho, una semana después y convinimos en que la quinta noche a partir de aquella, y todas las noches siguientes, me esperaría a las seis cerca de donde acaba la calle Great Tichfield que era, por así decirlo, el refugio acostumbrado de nuestras citas, para evitar que nos perdiésemos en el gran Mediterráneo de la calle Oxford. Tomé estas y otras precauciones: sólo me olvidé de una. Nunca me dijo, o bien yo olvidé (como algo de poca importancia), su apellido. En verdad, lo usual entre las humildes muchachas de su desgraciada condición no es llamarse a sí mismas la *Srta. Douglas*, la *Srta. Montague*, etc. (como las mujeres de más pretensiones, lectoras de novelas), sino sencillamente por sus nombres de pila: *Mary*, *Jane*, *Frances*, etc. Hubiera debido preguntarle entonces su apellido, el medio más seguro de encontrarla, pero lo cierto es que, como no tenía ninguna razón para suponer que, después de una separación tan breve, reunimos nos sería más difícil o incierto de lo que había sido durante muchas semanas, apenas si pensé un instante que esto fuese necesario y me prometí hacerlo al despedirnos: luego estuve tan preocupado en consolarla, dándole esperanzas y en insistir en que comprara algunas medicinas para la tos y la ronquera tan violentos que sufría, que olvidé por completo preguntárselo hasta que fue demasiado tarde para volverla a llamar.

Eran pasadas las ocho cuando llegué al café de Gloucester y, como el correo de Bristol estaba a punto de partir, subí a la parte exterior. El movimiento suave y constante del coche⁵ me adormeció muy pronto: es curioso que el primer sueño tranquilo y reparador de que disfruté durante meses fuese en la parte exterior de un coche correo, lecho que hasta el día de hoy sigo considerando más bien incómodo. En relación con este

⁵ El correo de Bristol es el mejor equipado del reino debido a la doble ventaja de una carretera excepcionalmente buena y de una partida especial para gastos suscrita por los comerciantes de Bristol.

sueño ocurrió un pequeño incidente que, al igual que centenares de otros de esa época, sirvió para convencerme de cuan fácilmente alguien que nunca ha sufrido pueda pasar por la vida sin saber nada, al menos por experiencia propia, de la posible bondad del corazón humano o, debo añadir con un suspiro, de su posible vileza. Tan espeso es el telón de *modales* que oculta el trazo y expresión de las *naturalezas* de los hombres que, para un observador común, los dos extremos y el margen infinito de variedades se confunden; el compás vasto y multitudinario de sus diversas armonías se reduce a una exigua indicación de las diferencias expresadas en la gama o alfabeto de los sonidos elementales. El caso fue el siguiente: durante las primeras cuatro o cinco millas a partir de Londres importuné al pasajero que viajaba junto a mí en el techo, pues caía sobre él cada vez que el coche daba un bandazo de su lado; más aún, si la carretera hubiese sido menos llana y pareja habría acabado por caerme, tanta era mi debilidad. Mi vecino protestó ante la molestia que le causaba, como seguramente lo hubiese hecho cualquiera en las mismas circunstancias, si bien se quejó con más dureza de lo que podía esperarse y, de haberme separado de él en ese momento, habría pensado (si acaso creyera que valía la pena pensar en él) que se trataba de un personaje malhumorado y casi brutal. No obstante tenía conciencia de haberle dado motivos para protestar y en consecuencia le presenté mis excusas, prometiéndole hacer lo que estuviera en mi alcance para no quedarme dormido otra vez; al mismo tiempo le expliqué, en tan pocas palabras como pude, que me hallaba débil y enfermo a causa de mis muchos sufrimientos y que, por ahora, no podía darme el lujo de viajar en el interior del coche. Su actitud cambió en cuanto oyó mis explicaciones; la próxima vez que volví a despertarme un instante, con el ruido y las luces de Hounslow (ya que, a pesar de mi voluntad y mis esfuerzos, había vuelto a dormirme a los dos minutos de hablarle) encontré que me había echado el brazo sobre los hombros para evitar que me cayera, y durante el

resto del viaje se portó conmigo con tan femenina dulzura que al cabo iba casi acostado entre sus brazos; tanto mayor era su bondad que no podía saber si acaso yo no viajaría todo el trayecto hasta Bath o Bristol. Lo cierto es que, por desgracia, fui más lejos de lo que tenía pensado, pues dormía tan suelta y descansadamente que, tras dejar Hounslow, sólo volví a despertarme con una brusca parada del coche, sin duda ante una oficina de correo. Al preguntar dónde estábamos me respondieron que habíamos llegado a Maidenhead, que si mal no recuerdo está seis o siete millas más allá de Salt Hill. Bajé del coche y, en el medio minuto que estuvo detenido, mi afectuoso compañero (quien, apenas si entrevisto durante un minuto en Picadilly me había parecido el mayordomo de algún caballero o al menos persona de tal condición) me instó vivamente a que me acostase en el acto. Así lo prometí, sin la menor intención de cumplirlo y, por el contrario, me eché a caminar hacia delante o, mejor dicho, hacia atrás. Sería casi la medianoche, pero avanzaba tan lentamente que no había llegado al camino entre Slough y Eton cuando sentí dar las cuatro en el reloj de una granja. El aire y lo que alcancé a dormir me habían repuesto, pero me sentía fatigado. Recuerdo una idea (muy simple, pero que un poeta romano expresa bellamente) que en esa hora consoló en algo mi pobreza. Poco antes se había perpetrado un asesinato en los alrededores de Hounslow. Creo no equivocarme si afirmo que el nombre de la víctima era Steek, el propietario de un sembrado de espliego de las inmediaciones. Cada uno de mis pasos me acercaba al lugar del crimen y, como es natural, pensé que si el perverso asesino había salido esa noche, tal vez en ese mismo instante nos acercábamos el uno al otro en la oscuridad, sin saberlo; en cuyo caso, me dije, suponiendo que en vez de ser (como en verdad soy) poco más que un paria

Señor de mi saber, aunque sin tierra

fuese, al igual que mi amigo Lord [Altamont], reconocido por todos como heredero de una renta de 70.000 libras anuales, ¡qué pánico sentiría en este momento por la suerte de mi garganta! En verdad no era nada probable que Lord [Altamont] se hallase nunca en mi situación, pero no afecta el fondo de mi observación: el mucho poder y las muchas posesiones inspiran en el hombre un miedo vergonzoso de morir y estoy convencido de que si la mayoría de los más intrépidos aventureros —quienes disfrutaban del pleno uso de su valentía natural gracias a la buena fortuna que los hizo nacer pobres— recibiesen al momento de entrar en acción la noticia de que acababan de heredar en Inglaterra un patrimonio de 50.000 libras al año, sentirían que su aversión por las balas se agudizaba de manera considerable⁶ mientras que sus esfuerzos por guardar una perfecta ecuanimidad y dominio de sí mismos se volverían, en proporción, tanto más difíciles. Tan cierto es que —para decirlo con las palabras de un sabio que conocía por experiencia ambos extremos de la fortuna— las riquezas sirven más para

Aflojar la virtud y embotar su acero

Que a tentarla con hazañas dignas de elogios

El Paraíso Recobrado

Me demoro en el tema porque para mí el recuerdo de esa época de mi vida tiene profundo interés. Pero no daré al lector más causas de queja y me apresuro a terminar. En el camino entre Slough y Eton me quedé dormido y al romper el alba me despertó la voz de alguien que estaba de pie a mi lado, mirándome. No sé quién era; tenía mala catadura, lo cual no significa por fuerza que sus

⁶ Se objetará que, en nuestros propios tiempos y en toda nuestra historia, muchas personas del más alto rango y de gran riqueza fueron las primeras en buscar el peligro en el campo de batalla. En efecto; pero éste no es el caso supuesto: una vieja familiaridad con el poder los ha hecho insensibles a sus efectos y atracciones.

intenciones fueran malas, o si lo eran supongo que se dijo que no valía la pena robar a nadie que duerme al aire libre en pleno invierno. Ahora me permito señalarle, si se encuentra entre mis lectores, que en lo que a mí respecta esta última conclusión era equivocada. Después de unas palabras siguió su camino y a mí no me pesó el incidente puesto que me permitió atravesar Eton antes que la gente estuviese en pie. La noche había sido fría y nublada; al amanecer cayó una ligera escarcha y el suelo y los árboles se cubrieron de hielo. Pasé por Eton inadvertido, me lavé y arreglé mis ropas, en lo posible, en una pequeña taberna de Windsor y a eso de las ocho de la mañana me encaminé a Pote's. Antes de llegar me encontré con unos alumnos de los primeros años a quienes hice unas preguntas: un etoniano es siempre un caballero y, a pesar de mis prendas tan raídas, me respondieron cortésmente. Mi amigo Lord [Altamont] había partido a la Universidad de [Cambridge]. «Ibi omnis effusus labor!» Tenía otros amigos en Eton, pero quien se halla en apuros no se presenta de buena gana a todos los que en la prosperidad se llaman amigos suyos. Tras pensarlo un instante pregunté por el conde de D[esart] ante quien no tenía reparo en presentarme en cualquier circunstancia, por más que mi relación con él no fuese tan íntima como con algunos otros amigos. Todavía se encontraba en Eton si bien creo que a punto de salir para Cambridge. Fui a verlo, me recibió amablemente y me invitó a desayunar con él.

Aquí me permito detenerme un momento para evitar que mi lector llegue a conclusiones falsas: si bien he tenido ocasión de referirme de paso a varios amigos aristócratas, no debe suponerse que tengo la menor pretensión de ser noble o de sangre ilustre. No es así, a Dios gracias: soy hijo de un comerciante inglés común y corriente, estimado mientras vivió por su integridad ejemplar, gran aficionado al ejercicio literario (como que fue, anónimamente, autor de un libro); de haber vivido hubiera llegado a ser muy rico, pero al morir prematuramente dejó sólo unas 30.000 libras a siete

herederos distintos. Me honro al mencionar las dotes aún mayores de mi madre; no ha aspirado nunca al título ni a los honores de la *literata*, pero me atrevo a llamarla una mujer *intelectual* (lo que no son muchas literatas) y creo que si un día se reuniesen y publicasen sus cartas se encontraría en ellas un buen sentido fuerte y masculino, expresado en un inglés tan castizo, tan lleno de la gracia y frescura del uso idiomático como puede hallarse en cualquiera de nuestras colecciones de cartas, con la posible excepción de las de Lady M. W. Montagu. Estos son los honores de mi ascendencia; no tengo otros y he dado sinceras gracias a Dios por no tenerlos ya que, a mi juicio, una posición que eleva demasiado al hombre por encima del prójimo no es la más favorable para las cualidades morales o intelectuales.

Lord D[esart] puso ante mí el más espléndido desayuno. En verdad lo era y a mis ojos su esplendidez se triplicaba por ser la primera comida normal, la primera «mesa bien provista» a la que me sentaba después de meses. Sin embargo, por raro que parezca, apenas probé bocado. El día que recibí el billete de diez libras había comprado un par de bollos en una panadería: la misma tienda, por cierto, que dos meses o seis semanas antes contemplara con deseo tan intenso que recordarlo me era casi una humillación. Tenía presente la historia de Otway y temí que fuera peligroso comer con demasiada rapidez. Mas no tenía por qué alarmarme, había perdido el apetito y sentí náuseas antes de comer la mitad de lo que había comprado. Durante semanas me ocurrió lo mismo cada vez que tomaba algo que se pareciese a una comida: aunque no sintiera náuseas devolvía siempre parte de lo que había comido, a veces con una sensación de acidez y otras de inmediato y sin acidez alguna. En la presente ocasión, sentado a la mesa de Lord D[esart], no me encontré mejor que de costumbre y en medio de los más sabrosos manjares no sentí el menor apetito. En cambio, no me dejaba ni un momento, para mi desgracia, un vivo deseo de beber vino; expliqué mi situación a Lord D[esart] y le hice un breve relato de

los males por que había pasado, y él, tras escucharme con compasión, ordenó que trajesen vino. Beber me daba placer y alivio momentáneos y no dejaba de hacerlo cada vez que se me presentaba la ocasión; entonces adoraba el vino como luego he adorado el opio. Estoy convencido de que esta afición al vino contribuyó a agravar mi enfermedad ya que, si bien el tono del estómago parecía muy decaído, es probable que con un régimen mejor me recobrará antes y quizá con mayor seguridad. Espero que no fuese el amor al vino lo que me hizo demorarme en compañía de mis amigos de Eton: yo me convencí *entonces* de que lo hacía por no pedirle a Lord D[esart], con quien no tenía suficiente confianza, el favor tan especial que me había traído a Eton. De otra parte me resistía a dar por perdido el viaje y acabé por decidirme. Lord D[esart] me había acogido con una bondad sin límites por la compasión que le inspiraba mi estado y por la íntima amistad que me unía con parientes suyos, no porque examinase con rigor la razón que me asistía, pero no estuvo a la altura de mi petición. Reconoció que no le gustaba tener ningún trato con prestamistas y expresó el temor de que una transacción de esta clase llegase a oídos de sus relaciones. Por lo demás, siendo sus expectativas mucho más restringidas que las de Lord A[ltamont], dudaba que a mis no bautizados amigos les bastara su firma. Tampoco deseaba mortificarme con una negativa absoluta y, tras pensarlo un poco, me prometió que me daría su garantía con arreglo a ciertas condiciones. Lord D[esart] no había cumplido entonces dieciocho años: al recordar la prudencia y buen sentido que demostró en esta oportunidad, así como la cortesía de su trato (cortesía que en él se iluminaba con la gracia de la sinceridad juvenil) he dudado muchas veces que un hombre de estado —aun el más viejo y avezado en la diplomacia— hubiera podido portarse mejor en tales circunstancias. Más aún, en casi todos los casos no sería posible presentarse a alguien con una propuesta semejante sin ganarse una mirada tan adusta y poco

propicia como la de esas cabezas de sarracenos que cuelgan a la puerta de las posadas.

Animado por esta promesa, que no era lo mejor que hubiese podido desear aunque sí mucho más de lo peor que había imaginado, regresé en coche de Windsor a Londres tres días después de mi partida. Llego ahora al final de mi historia: los judíos no accedieron a las condiciones de Lord D[esart]; no sé si sólo querían ganar tiempo para hacer averiguaciones y hubiesen terminado por aceptarlas; surgieron muchas demoras, pasó el tiempo, el pequeño fragmento de billete que me restaba acabó por disolverse enteramente y me vi a punto de recaer en mi anterior estado de postración sin haber logrado cerrar ningún trato. De pronto, en medio de esta crisis, se presentó casi por accidente la posibilidad de reconciliarme con mis amigos. Salí apresuradamente de Londres para dirigirme a un remoto rincón de Inglaterra; pasado cierto tiempo ingresé en la universidad y sólo después de muchos meses me fue posible visitar de nuevo los lugares que habían llegado a ser tan entrañables para mí, y hasta el día de hoy lo siguen siendo, ya que fueron el principal escenario de mis desventuras juveniles.

Entretanto ¿qué había ocurrido con la pobre Ann? He guardado para ella mis últimas palabras: tal como lo habíamos convenido, mientras estuve en Londres la busqué todos los días y fui a esperarla cada noche a la esquina de la calle Titch-field. Pregunté por ella a todo el que podía conocerla y durante las últimas horas de mi estancia en Londres puse en juego todos los medios de encontrarla que me sugería mi conocimiento de la ciudad y me permitía el alcance limitado de mis posibilidades. Conocía la calle, aunque no la casa, donde había vivido Ann, pero al cabo recordé que, según me contara, el propietario la trataba mal, por lo que probablemente se había mudado antes de separarnos. Ann tenía pocas relaciones y, por lo demás, casi todas las personas a las que acudí pensaban que el fervor de mi búsqueda se debía a razones que les inspiraban risa o menosprecio; otros, creyéndome a la caza de una

muchacha que me había robado algo, se negaban, como es natural y disculpable, a darme cualquier indicio de su paradero si es que acaso podían dármele. Por último, a modo de recurso desesperado, el día que dejé Londres puse en manos de la única persona que (estoy seguro) conocía de vista a Ann, ya que nos acompañó una o dos veces, las señas de..... enshire, donde entonces residía mi familia. Pero hasta hoy no he oído una palabra de ella. Entre las muchas penas que todos encontramos en la vida ésta ha sido mi más honda aflicción. Si vive no hay duda que a veces nos hemos buscado en el mismo instante a través de los poderosos laberintos de Londres; tal vez hemos estado a pocos pasos uno del otro; ¡no es más ancha la barrera en una calle de Londres y muchas veces equivale a la separación por toda la eternidad! Durante años tuve esperanza de que viviera y supongo que, en el sentido literal y no retórico de la palabra miriada, puedo decir que en mis distintas visitas a Londres he mirado muchas miríadas de rostros de mujeres con la esperanza de encontrarla. La reconocería entre mil con sólo verla un instante pues, aunque no era hermosa, tenía una expresión de dulzura y un gracioso porte de cabeza que le era propio. La busqué, he dicho, con esperanza. Así fue durante años pero ahora tendría miedo de verla: y su tos, que me entristeció al separarme de ella, es ahora mi consuelo. Ya no quiero verla: prefiero pensar en ella como alguien que descansa desde hace tiempo en la tumba; en la tumba, espero, de una Magdalena arrebatada antes de que los agravios y la crueldad borrasen y transfigurasen su naturaleza inocente o que las brutalidades de los rufianes completasen la ruina que habían empezado.

Parte II

Así pues, calle Oxford, ¡madrasta de corazón de piedra! Tú que escuchaste los suspiros de los huérfanos y bebiste las lágrimas de los niños, al cabo fui despedido de tu presencia, llegó por fin el momento en que no volvería a recorrer lleno de angustia tus aceras interminables, en que ya no soñaría ni me despertaría otra vez en el cautiverio de los tormentos del hambre. Sin duda, Ann y yo tuvimos demasiados sucesores que desde entonces marcharon sobre nuestras huellas, herederos de nuestras calamidades: otros huérfanos que no eran Ann suspiraron, otros niños vertieron lágrimas, y tú, calle Oxford, resonaste desde entonces con los gemidos de innumerables corazones. Pero en mi caso se diría que la tempestad a que sobreviví trajo consigo una promesa de buen tiempo y que con mis sufrimientos prematuros pagué por adelantado el rescate de muchos años por venir y el precio de una larga inmunidad al dolor, y si volví a caminar por la calle de Oxford, solitario, contemplativo, fue casi siempre sereno y con el corazón en calma. Y aunque es cierto que las desgracias de mi noviciado de Londres se arraigaron tan hondamente en mi constitución física que más tarde brotaron y florecieron otra vez, follaje nocivo cuya sombra oscureció mi vida, estos segundos asaltos del sufrimiento encontraron una fortaleza más probada, los recursos de una inteligencia más madura y los paliativos de un afecto compadecido, hondo y tiernísimo.

Sin embargo, cualesquiera fuesen los paliativos, los vínculos sutiles del dolor, derivados de una raíz común, unieron entre sí años que estaban muy separados. Aquí propondré un ejemplo de la ceguera de los deseos humanos y es que la primera vez que viví, tan tristemente, en Londres, las noches de luna solía ser mi consuelo (si tal puede llamarse) mirar desde la calle de Oxford en dirección de todas las avenidas sucesivas que atraviesan el corazón de Marylebone hasta llegar a los campos y los bosques; *allá*, me decía a mí

mismo viajando con los ojos por los amplios panoramas en parte iluminados y en parte en sombra, «allá está el camino del norte que lleva a....., y si tuviese las alas de la paloma hacia allá volaría en busca de consuelo». Esto es lo que me decía, esto es lo que deseaba en mi ceguera; y sin embargo en esa misma región del norte, en ese mismo valle —¡qué digo!—, en la misma casa a que apuntaban mis deseos extraviados, surgieron por segunda vez mis sufrimientos y amenazaron sitiar la ciudadela de la vida y la esperanza. Allí me persiguieron durante años fantasmas tan atroces, como los que rodeaban el lecho de Orestes y en algo fui más desgraciado que él, pues el sueño que a todos trae descanso y refrigerio derramó un bálsamo bendito⁷ sobre su corazón herido y su cerebro alucinado, y para mí, fue el más amargo de los flagelos. Tan ciego era en mis deseos; pero si en verdad se interpone un velo entre la ignorancia del hombre y sus futuros desastres, el mismo velo oculta también lo que será su consuelo, y el dolor que no se temió encuentra el alivio que no se esperaba. Yo compartía, por así decirlo, todas las congostas de Orestes (con la única excepción de su conciencia atormentada) y compartí también sus defensas: como las tuyas, mis Euménides se apostaron a los pies de la cama y clavaron en mí los ojos a través de los cortinajes; pero junto a la almohada, renunciando al sueño para acompañarme noche a noche en las duras vigiliass, velaba mi Electra: tú, querida M., querida compañera de esos años, tú fuiste mi Electra y no permitiste que una hermana griega fuese más que una esposa inglesa en la lealtad del corazón ni en la infinita paciencia del afecto. No tuviste en poco inclinarte a los humildes oficios de la bondad y a las atenciones serviles⁸ del cariño más tierno, y enjugar el rocío malsano de la frente o refrescar los labios resecaos que ardían de fiebre; y ni siquiera cuando perdiste la tranquilidad de tus propios sueños —que por la mucha lástima se contagiaron ante el espectáculo de mi lucha terrible

⁷ Φιλων υπνη θελητηρον επικουρον νοσον.

⁸ ηδου δουλευμα. EURIP. Orest.

con fantasmas y sombras enemigas que tantas veces me ordenaron «no duermas»—, ni siquiera entonces hubo en ti una queja o un murmullo, ni cesaron tus sonrisas angelicales, ni te retrajiste al servicio del amor más de lo que en otro tiempo se retrajera Electra. Pues también ella, aunque griega e hija del rey de hombres⁹, lloraba a veces y ocultaba el rostro en la túnica¹⁰.

Pero estas penas han pasado: el lector tiene ante sí la relación de una época que para nosotros dos fue tan dolorosa como la leyenda de un sueño horrible que ya no volverá. Entre tanto he venido otra vez a Londres: otra vez recorro por las noches la calle de Oxford; a menudo, cuando me abruman las ansiedades que sólo puedo resistir acudiendo a toda mi filosofía y al consuelo de tu presencia, advierto que me separan de ti trescientas millas y tres meses de tristeza, miro las avenidas que van de la calle de Oxford hacia el norte, recuerdo las angustiadas exclamaciones de mi juventud y, al pensar que aguardas sola en el mismo valle, señora de la misma casa a la que hace diecinueve años se volvía mi corazón en su ceguera, me digo que aunque en verdad ciegos y en los últimos tiempos lanzados a todos los vientos, los impulsos de mi corazón se hunden en un pasado más remoto y cabe buscar en ellos otro sentido; y si me permitiera retornar a los deseos impotentes de la infancia, me diría otra vez mientras miro hacia el norte: «Oh, quién tuviera las alas de la paloma», y con certera confianza en la bondad de tu naturaleza llena

⁹ ἀναξάνδρων Ἀγαμέμνων.

¹⁰ ὄμμα θεῖσ' εἰτώ πεπλών. El conocedor de los clásicos sabe que en todo este pasaje me refiero a las primeras escenas de Orestes, una de las más bellas exposiciones de los efectos familiares que ofrecen los dramas de Eurípides. Tal vez sea preciso advertir al lector inglés que, al comenzar el drama, la situación es la de la de un hermano a quien sólo asiste su hermana mientras dura la posesión demoníaca de una conciencia afligida (o, en la mitología de la pieza, mientras lo asedian las furias) en circunstancias de inminente peligro a causa de sus enemigos y del abandono o indiferencia de quienes eran amigos tan sólo de nombre.

de gracia podría añadir la otra mitad de mi antigua exclamación: «para volar hacia allá en busca de consuelo».

Los Placeres del Opio

Hace tanto tiempo que probé por primera vez el opio que si este hecho fuera en mi vida un incidente sin importancia habría olvidado la fecha; pero los acontecimientos decisivos no se olvidan y, por circunstancias relacionadas con el caso, sé que ello debió ocurrir durante el otoño de 1804. Me hallaba entonces en Londres, adonde venía por primera vez desde que ingresara a la universidad. Mi introducción al opio sucedió de la manera siguiente. Desde temprana edad estaba acostumbrado a lavarme la cabeza con agua fría por lo menos una vez al día; una noche sentí un violento dolor de muelas que atribuí al haber interrumpido, por simple accidente, dicha práctica; salté de la cama, hundí la cabeza en una jofaina de agua y me eché a dormir con el cabello mojado. Casi no hace falta decir que la mañana siguiente desperté con agudísimos dolores reumáticos en la cabeza y en la cara, que no me dejaron un instante de alivio durante veinte días. Creo que el vigésimo-primer día, un domingo, salí a la calle más para huir de mis tormentos, si acaso era posible, que con ningún propósito definido. Un conocido de la universidad, encontrado por azar, me recomendó el opio. ¡Opio! ¡Temible agente de placeres y sufrimientos inimaginables! Había oído hablar del opio como del maná o la ambrosía pero nada más. ¡Qué poco sentido tenía entonces su nombre! ¡Qué solemnes acordes hace resonar ahora en mi alma! ¡Cómo se estremece el corazón con recuerdos amargos o felices! Al evocar estos recuerdos siento que las más leves circunstancias relativas al lugar, la hora y el hombre (si era un hombre) que me condujeron por primera vez al Paraíso de los comedores de opio tienen una importancia mística. Era una tarde de domingo húmeda y triste; no hay en el mundo espectáculo más aburrido que un domingo lluvioso de Londres. El camino a casa pasaba por la calle de Oxford y cerca del «augusto Panteón» (como ha tenido la

amabilidad de llamarlo el Sr. Wordsworth) vi la tienda de un boticario. El boticario, ministro inconsciente de placeres celestiales, estaba en armonía con el domingo lluvioso, pues parecía todo lo aletargado y estúpido que cabe esperar de cualquier boticario mortal un domingo, y cuando le pedí tintura de opio me la dio como podía haberlo hecho cualquier otra persona; aún más, al cambiarme una moneda de un chelín me entregó lo que parecía ser un verdadero medio penique de cobre, que sacó de un verdadero cajón de madera. Sin embargo, a pesar de tales indicios de humanidad, perdura desde entonces en mi memoria como la visión beatífica de un boticario inmortal enviado a la tierra en misión especial ante mi persona. Confirma mi modo de pensar el hecho de que, la siguiente vez que vine a Londres, lo busqué cerca del augusto Panteón y no logré encontrarlo; con lo cual a mí, que ignoraba su nombre (si es que lo tenía), me quedó la impresión de que se había desvanecido de la calle de Oxford y no retirado de ella de manera material. El lector, si así lo prefiere, puede suponer que posiblemente se trataba tan sólo de un boticario sublunar; bien pudiera ser, pero mi fe es superior: creo que se esfumó¹¹ o se evaporó, tan poco dispuesto estoy a poner en relación cualquier recuerdo mortal con esa hora, ese lugar y esa criatura que por vez primera me dieron a conocer la droga celestial.

¹¹ Se *esfumó*: esta manera de retirarse de la escena de la vida parece haber sido muy conocida en el siglo xvii, aunque entonces se consideraba como un j privilegio privativo de la sangre real y en modo alguno permitido a los boticarios. En efecto, alrededor del año 1686, un poeta de nombre más bien ominoso (que, dicho sea de paso, hizo entera justicia a su nombre) i.e. el Sr. *Flat-man*, al hablar de la muerte de Carlos II, expresa su sorpresa ante el hecho de que un príncipe cometa un acto tan absurdo como morir, y añade:

Desdeñen morir los reyes, sólo *desaparezcan*.

o sea, que deben fugarse sigilosamente al otro mundo.

Como es de suponer, al llegar a casa no perdí un momento en tomar la cantidad prescrita. Naturalmente, nada sabía del arte y misterio del opio y lo que tomé lo tomé con todas las desventajas posibles. Pero lo tomé, y, una hora más tarde, ¡oh cielos!, ¡qué cambio tan repentino!, ¡cómo se elevó, desde las más hondas simas, el espíritu interior!, ¡qué apocalipsis del mundo dentro de mí! Que mis dolores se desvanecieran fue, a mis ojos, una insignificancia: este efecto negativo se hundía en la inmensidad de los efectos positivos que se abrían ante mí, en el abismo de divino deleite súbitamente revelado. Esta era la panacea —el (texto griego)— de todos los males humanos; aquí estaba, descubierta de un golpe, el secreto de la felicidad sobre el que disputaron los filósofos a través de las edades; la felicidad podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco, los éxtasis portátiles encerrarse con un corcho en una botella de medio litro, la paz del alma transportarse por galones en coches de correo. Pero si hablo de esta manera el lector creerá que me estoy riendo, y puedo asegurarle que n^o ríe mucho tiempo si frecuenta el opio: sus placeres tienen un carácter grave y solemne; ni siquiera en su estado más feliz puede presentarse al comedor de opio como un modelo del *Allegro*: aun entonces habla y piensa como conviene a *Il Penseroso*. Sin embargo, tengo la costumbre, por cierto muy censurable, de andar con burlas en medio de mis propias desgracias y, si no me refrenan otros sentimientos más intensos, mucho me temo que me haré culpable de práctica tan indecente aun en estos anales del dolor y la delicia. Sea el lector indulgente ante lo débil de mi naturaleza y, con unas pocas concesiones de esta clase, trataré de ser tan grave, ya que no tan soporífico, cual corresponde al tema del opio, que es en verdad antimercurial aunque no adormecedor como falsamente se le considera.

Para empezar, una palabra en cuanto a sus efectos corporales, ya que acerca de todo lo hasta ahora escrito sobre el opio por los viajeros que han

recorrido Turquía (quienes pueden reclamar el privilegio de mentir como un derecho antiguo e inmemorial) o los profesores de medicina que hablan *ex cathedra* he de pronunciar, con el mayor énfasis posible, una sola crítica: ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras! Recuerdo que en una ocasión, al pasar ante un puesto de libros, leí estas palabras en las páginas de un autor satírico: «Para entonces me había convencido de que los periódicos de Londres dicen la verdad dos veces por semana, a saber: el martes y el jueves, y que se puede tener fe en ello —cuando publican la lista de quiebras.» De manera semejante, no pretendo negar que se hayan comunicado al mundo algunas verdades en lo que respecta al opio: por ejemplo, los doctores han declarado en varias oportunidades que el opio es de color castaño oscuro y —dejo constancia de ello— estoy dispuesto a admitirlo; en segundo lugar, afirman que es más bien caro y también lo concedo, ya que en mi tiempo el opio de las Indias Orientales costaba tres guineas por libra y el de Turquía ocho; y, en tercer lugar, advierten que si lo come usted en grandes cantidades, muy probablemente se verá obligado a hacer algo que resulta en extremo desagradable a toda persona de costumbres morigeradas, o sea morir¹². Estas ponderosas afirmaciones, todas y cada una de ellas, son ciertas; no puedo negarlas y la verdad ha sido y será siempre digna de elogio. Creo, sin embargo, que con estos tres teoremas hemos agotado todos los conocimientos que el hombre ha acumulado hasta ahora acerca del opio. Por lo tanto, ilustres doctores, en vista de que todavía hay lugar para nuevos

¹² Se diría, no obstante, que últimamente la gente más enterada abriga ciertas dudas al respecto, ya que en una edición pirata de la *Medicina Doméstica*, de Buchan, vista una vez en manos de la mujer de un agricultor que la consultaba por cuestiones de salud, se hace decir al doctor: «Póngase especial cuidado en no tomar nunca más de veinticinco *onzas* de láudano al mismo tiempo.» Lo más probable es que el texto original dijera veinticinco gotas, que equivalen a alrededor de un gramo de opio crudo.

descubrimientos, háganse ustedes a un lado y permítanme presentarme a disertar sobre el tema.

En primer lugar, todo el que formal o incidentalmente toca la cuestión ni siquiera se molesta en afirmar, sino que da por sentado, que el opio es, o puede ser, causa de embriaguez. Ahora bien, lector, puedes estar seguro, *meo periculo*, que ninguna cantidad de opio embriagó ni puede embriagar nunca a nadie. En cuanto a la tintura de opio (comúnmente llamada láudano) eso sí que puede embriagar, ciertamente, si alguien tiene bastante resistencia como para bebería en cantidades suficientes; ¿por qué? Por la cantidad de alcohol y no por el opio que contiene. En cambio afirmo de modo perentorio que el opio crudo no puede producir en absoluto ningún estado corporal que se parezca remotamente al que produce el alcohol: es incapaz de ello no sólo en cuanto al grado sino también en cuanto a la clase de los efectos: lo que difiere no es sólo la cantidad sino sobre todo la calidad. El placer que da el vino va siempre en aumento y tiende a una crisis, pasada la cual declina; el del opio, una vez generado, se mantiene estacionario durante ocho o diez horas; el primero, según la distinción técnica utilizada en medicina, es un placer agudo, el segundo es crónico; el primero es una llama, el otro un resplandor constante y uniforme. Pero la diferencia principal estriba en esto, que mientras el vino desordena las facultades mentales, el opio, por el contrario (si se toma de manera apropiada), introduce en ellas el orden, legislación y armonía más exquisitos. El vino roba alj hombre el dominio de sí mismo; el opio, en gran medida, lo fortalece. El vino perturba y oscurece el juicio y da una claridad sobrenatural y una exaltación muy vívida a los desprecios y admiraciones, amores y odios de bebedor; el opio, en cambio, imparte serenidad y armonía a todas las facultades, sean activas o pasivas, y con respecto al carácter, y los sentimientos morales en general, comunica tan sólo esa especie de calor vital que la razón aprueba y que probablemente acompañó siempre a toda constitución dotada de una salud

primitiva y antediluviana. El opio, al igual que el vino, acrece en el corazón los afectos más benignos, pero con esta diferencia notable, que la súbita expansión de la cordialidad que acompaña a la embriaguez es siempre más o menos sensiblera, lo cual la expone al menosprecio de los espectadores. Aquí será el estrecharse la mano, el jurarse amistad eterna y el echarse a llorar, aunque nadie sepa por qué: el predominio de la criatura sensual es evidente. En cambio, la expansión de los sentimientos benévolos característica del opio no es un acceso febril, sino una saludable restauración al estado que la mente recobra de modo natural al suspenderse cualquier honda irritación de dolor que altere y contrarreste los impulsos de un corazón de por sí justo y bueno. Cierto es que también el vino, en algunas personas y hasta cierto punto, tiende a exaltar y fortalecer la inteligencia; yo mismo, que nunca he sido gran bebedor de vino, encontraba que media docena de vasos afectaban para bien mis facultades, aclaraban e intensificaban la sensibilidad y daban a la mente la sensación de ser «ponderibus librata suis»: y sin duda es absurdo decir, como en la expresión popular inglesa, que alguien está *disfrazado* por el vino cuando, por el contrario, la mayoría de los hombres están disfrazados por la sobriedad y sólo al beber muestran su verdadero carácter, (texto griego) (como dice el viejo caballero de Ateneo) lo cual seguramente no es disfrazarse. Pero el vino suele llevar al borde del desvarío y la extravagancia y, pasado cierto límite, volatiliza y dispersa las energías intelectuales, mientras que el opio parece siempre sosegar lo que estaba agitado y concentrar lo discorde. En suma, para decirlo todo en una palabra, el hombre que está embriagado o que tiende a la embriaguez se halla, y siente que se halla, en unas condición que favorece la supremacía de la parte meramente humana, y a menudo brutal, de su naturaleza, en tanto que el comedor de opio (hablo de aquel que no sufre de ninguna enfermedad ni de otros efectos remotos del opio) siente que en él predomina la parte más

divina de su naturaleza: los afectos morales se encuentran en un estado de límpida serenidad y sobre todas las cosas se dilata la gran luz del intelecto majestuoso.

Esta es la doctrina de la verdadera iglesia en cuanto al opio: iglesia de la que confieso ser el único miembro, el alfa y el omega; pero téngase en cuenta que mis palabras se sustentan en una experiencia personal amplia y profunda, en tanto que casi todos los autores ajenos a la ciencia¹³ que han tratado del tema, y aun aquellos que se refieren expresamente a cuestiones de medicina, muestran con el horror de sus expresiones que carecen del más mínimo conocimiento experimental en cuanto a la acción del opio. No obstante, he de reconocer con entera honradez que me ha ocurrido encontrarme con alguien cuyo testimonio del poder embriagador del opio hizo vacilar mi propia

¹³ Entre el gran rebaño de viajeros, etc., cuya estupidez indica de modo suficiente que nunca tuvieron relación alguna con el opio, debo advertir en particular a mis lectores contra el brillante autor de *Anastasio*. El ingenio de este caballero nos haría presumir que estamos ante un comedor de opio, pero es imposible considerarlo como tal en vista de lo torcidamente que describe sus efectos en las págs. 215-17 del vol. I. Pensándolo bien, aparte de los errores a que hago referencia y que él adopta (entre otros) de la manera más completa, tendrá que reconocer que un anciano caballero de «barba blanca como la nieve» que consume «abundantes dosis de opio» y, sin embargo, es capaz de ofrecer graves consejos (dados y recibidos como tales) acerca de las nefastas consecuencias de dicha práctica no constituye una prueba muy convincente de que el opio provoque la muerte prematura o abra las puertas del manicomio. Por mi parte, sé muy bien lo que se trae entre manos el viejo caballero y adivino sus intenciones: lo cierto es que estaba enamorado del «pequeño receptáculo dorado de la perniciosa droga» que Anastasio llevaba consigo, y la manera más fácil y segura de apoderarse de ella que se le ocurrió fue volver loco de terror a su propietario (quien, dicho sea de paso, no era, para comenzar, persona muy sensata). Mi comentario arroja nueva luz sobre el caso y mejora mucho el cuento, ya que el discurso del caballero es ridículo en tanto que lección de farmacia, pero como broma a Anastasio resulta excelente.

incredulidad, puesto que se trataba de un cirujano que había probado el opio y en grandes cantidades. En una ocasión le dije que (según había oído) sus enemigos lo acusaban de desvariar cuando hablaba de política mientras que sus amigos lo defendían aduciendo que se hallaba en permanente estado de embriaguez a causa del opio. Ahora bien, añadí, la acusación no es *prima facie* y de necesidad absurda y, en cambio, sí lo es la defensa. Cual no sería mi sorpresa cuando insistió en que tanto sus enemigos como sus amigos tenían razón. «Le aseguro a usted», me dijo, «que es cierto que desvarío y, en segundo lugar, le aseguro que no desvarío por principio ni tampoco por afán de lucro, sino lisa y llanamente, lisa y llanamente, lisa y llanamente (lo repitió tres veces) porque estoy embriagado de opio, cosa que me ocurre todos los días». Le respondí que, en cuanto a la acusación de sus enemigos, puesto que parecía fundarse en testimonios respetables y que las tres partes interesadas convenían en ello, no sería yo quien la pusiese en duda, pero que sí debía oponerme a la defensa. Mi amigo procedió entonces a discutir la cuestión y exponer sus razones, y creí tan descortés continuar un debate en que se daba por supuesto que una persona se equivocaba en algo relativo a su propia profesión, que no insistí ni siquiera cuando me pareció que sus argumentos daban pie a objeciones; no hace falta agregar que un hombre que desvaría, aunque «sin fines de lucro», no es el más agradable de los interlocutores en una discusión, ya sea como ponente o como opositor. Admito, sin embargo, que la autoridad del cirujano, que por otra parte era bien considerado como tal, parecerá de peso ante mi prejuicio, mas he de alegar mi experiencia, que era mayor que la suya en 7.000 gotas diarias; y si bien no cabe pensar que un médico pueda no hallarse familiarizado con los síntomas de la embriaguez alcohólica, tengo la impresión de que tal vez cometía un error de lógica al emplear la palabra embriaguez con excesiva amplitud, abarcando con ella genéricamente todas las formas de la excitación nerviosa en vez de

limitarla a un caso específico de excitación relacionado con ciertos diagnósticos. He oído a algunas personas afirmar que se habían embriagado con té verde, y un estudiante de medicina de Londres, cuyos conocimientos profesionales tengo razones para respetar mucho, me aseguraba el otro día que un paciente, al recobrase de una enfermedad, se había embriagado con un *beef-steak*.

Habiéndome demorado tanto en este primer error, el principal con respecto al opio, señalaré muy brevemente un segundo y un tercero, o sea que a la exaltación que produce sigue de necesidad la correspondiente depresión, y que la consecuencia natural y aun inmediata del opio es la somnolencia y el embotamiento, tanto en lo físico como en lo mental. Me contentaré tan sólo con negar el primero de estos errores asegurando al lector que, durante los diez años que tomé opio espaciadamente, disfruté siempre de un bienestar excepcional al día siguiente de permitirme este placer.

En cuanto al embotamiento que, según se dice, sigue o más bien (si hemos de creer a las muchas imágenes de turcos comedores de opio) acompaña a la práctica de comer opio, también lo niego. El opio está clasificado, por supuesto, entre los estupefacientes y al cabo puede tener, en cierta medida, efectos de esta clase, pero sus efectos primordiales son siempre excitar y estimular el sistema en el más alto grado; durante mi noviciado la primera fase de su acción duraba más de ocho horas, de modo que la culpa será del propio comedor de opio si no gradúa la dosis (para hablar en términos médicos) en forma tal que todo el peso de la influencia estupefaciente recaiga en sus horas de sueño. Al parecer los turcos que comen opio son tan absurdos que se quedan sentados, como si fuesen estatuas ecuestres, en troncos de madera tan estúpidos como ellos. A fin de que el lector juzgue el grado en que el opio puede enajenar las facultades de un inglés, describiré (para tratar la cuestión por vía ilustrativa y no argumentativa) la manera como yo mismo pasaba una tarde de opio en Londres entre los años 1804 y 1812.

Como se apreciará, no cabe decir que el opio me incitase a buscar la soledad ni mucho menos la inactividad o ese lánguido volverse sobre sí mismo que se atribuye a los turcos. Con mi relato corro el riesgo de pasar por un entusiasta o visionario enloquecido, pero esto me importa muy poco: quiero recordar al lector que durante el resto del tiempo me hallaba dedicado a mis estudios, por cierto muy severos, y que al igual que cualquiera tenía pleno derecho a divertirme de cuando en cuando, aunque me lo permitía muy raras veces.

El desaparecido duque de [Norfolk] solía decir: «El próximo viernes, con la bendición del cielo, tengo intención de emborracharme»; de modo semejante yo fijaba por anticipado el número de veces dentro de un plazo determinado, así como las fechas exactas, en que me permitiría una orgía de opio. Por lo general esto sucedía, como máximo, una vez cada tres semanas, ya que entonces no me hubiera atrevido a pedir diariamente (como después lo hice): «*un vaso de láudano negus, caliente y sin azúcar*». No, como he dicho, era muy raro en esa época que bebiera láudano más de una vez cada tres semanas. Elegía siempre, por principio, la noche del martes o del sábado y mi razón para ello era la siguiente: esos días cantaba en la Opera la Grassini y su voz era la más deliciosa de cuantas haya escuchado nunca. Hace siete u ocho años que no he vuelto al Teatro de la Opera e ignoro en qué estado se hallará ahora, pero por ese entonces era, con mucho, el lugar público de Londres en que podía pasarse más agradablemente una velada. La entrada de galería costaba cinco chelines y en ella se estaba expuesto a menos molestias que en las plateas de los teatros; la orquesta se distinguía, por su sonido tan dulce y melodioso, de las demás orquestas inglesas cuya composición, he de confesarlo, no es grata a mis oídos por el predominio de los instrumentos estridentes y la casi absoluta tiranía del violín. Los coros eran divinos y dudo que al entrar al paraíso de los comedores de opio ningún turco sintiera jamás la mitad

del placer que yo sentía cuando aparecía la Grassini en un interludio, como ocurría a menudo, y vertía su alma apasionada en el papel de Anditómaca ante la tumba de Héctor, etc. Pero en verdad hago demasiado honor a esos bárbaros al suponerlos capaces de cualquier placer que se aproxime a los goces intelectuales de un inglés. En efecto, la música es un placer intelectual o sensual, de acuerdo con el temperamento de quien la escucha. Dicho sea de paso, con excepción de una página de espléndida fantasía en la *Noche de Reyes*, la única observación acertada sobre el tema de la música que recuerdo en toda la literatura es un pasaje de la *Religio Medici*¹⁴, de sir T. Browne, notable sobre todo por su carácter sublime aunque no sin valor filosófico, ya que apunta a la teoría más cierta de los efectos musicales. El error de la mayoría de las gentes consiste en creer que se comunican con la música por los oídos y por tanto que perciben sus efectos en actitud meramente pasiva. No es así: el placer se construye por reacción de la mente ante los avisos del oído (la *materia* viene de los sentidos, la *forma* de la mente) lo cual explica que dos personas de oído igualmente bueno pueden tener pareceres muy distintos. Ahora bien, como en general el opio aumenta mucho la actividad de la mente, por fuerza aumentará también el modo particular de dicha actividad, que nos permite construir con la materia prima del sonido orgánico un refinado placer intelectual. Pero me dice un amigo, para mí la sucesión de notas musicales es, como una serie de caracteres arábigos, no me inspira ideas de ninguna clase. ¿Ideas, mi querido señor? No es el momento de tenerlas: todas las ideas que surgen en tales casos disponen del idioma de los sentimientos representativos. Mas por ahora el tema se aparta de mis propósitos; baste decir que la complicada armonía de un

¹⁴ No tengo a mano el libro para consultarlo en este momento, pero cred que el pasaje comienza: «Y aún esa música de taberna que alegra a unos y enarlar dece a otros, a mí suele inspirarme un raptó de profunda devoción», etc.

coro, etc., desplegaba ante mí, como en un tapiz, toda mi vida pasada, no evocada por un acto de la memoria sino presente y encarnada en la música: ya sin dolor para mí, suprimidos o bien confundidos en una brumosa abstracción los detalles de sus incidentes y las pasiones exaltadas, espiritualizadas, sublimadas. Todo esto podía ser mío por cinco chelines. Además de la música de la escena y la orquesta, en los intermedios de la función escuchada a mi alrededor la música de la lengua italiana hablada por mujeres italianas, pues la galería estaba casi siempre llena de gentes de Italia a quienes yo escuchaba con la misma delicia que sentía Weld el viajero al oír en el Canadá las dulces risas de las indias; cuanto menos entendemos un idioma más sensibles somos a lo melodioso o lo áspero de sus sonidos, y en esto me aprovechaba saber tan poco italiano ya que era incapaz de hablarlo, lo leía a duras penas y no comprendía ni la décima parte de las conversaciones.

Estos eran mis placeres de la Opera: tenía además otro placer que, como sólo estaba a mi alcance los sábados por la noche, entraba a veces en pugna con mi afición a la ópera, puesto que por entonces se cantaban óperas los martes y sábados. Me temo que al describirlo seré algo oscuro, aunque puedo asegurar al lector que no lo seré más que Marino en su vida de Proclo o que muchos otros autores famosos de biografías y autobiografías. Este placer, como he dicho, sólo era posible el sábado por la noche. ¿Por qué la noche del sábado significaba para mí algo más que la de cualquier otro día? Si no tenía labores de las que descansar, ni salario que recibir ¿qué podía importarme la noche del sábado, como no fuera una invitación para escuchar a la Grassini? Tienes razón, lógico lector: lo que dices es irrefutable. Y no obstante sucedía, y sucede, que los sentimientos de las distintas personas van por distintos caminos, y en tanto que la mayoría demuestra el interés que le inspiran los pobres expresando, de una u otra manera, compasión ante sus penas y desgracias, por esos tiempos yo me inclinaba a expresar

mi interés compartiendo sus placeres. Poco antes había visto demasiado de cerca los dolores de la pobreza, hasta tal punto que prefería no acordarme de ellos, pero siempre es grato contemplar los placeres del pobre, los consuelos de su espíritu, el descanso de sus rudas fatigas. La noche del sábado es para los pobres el momento principal, regular y periódico, del reposo: en esto se unen las sectas más hostiles para reconocer un vínculo común de fraternidad: casi toda la Cristiandad descansa de sus labores. Es un descanso que sirve de introducción a otro descanso, y un día entero y dos noches lo separan de la reanudación del trabajo. Por ello siempre me ha parecido, al llegar la noche del sábado, que yo también quedo liberado del yugo del trabajo, cobro un salario y disfruto de las delicias del reposo. En ese entonces, llevado por la intención de asistir en lo posible a un espectáculo por el que sentía tan plena simpatía, era frecuente que los sábados por la noche, después de tomar opio, me echase a caminar, sin fijarme en la dirección ni en la distancia, hacia los mercados y otros lugares de Londres donde acuden los pobres la noche del sábado para gastar su dinero. Me he detenido a escuchar a muchas familias, formadas por un hombre, su mujer y a veces uno o dos de sus hijos, mientras consultaban su presupuesto, el peso de su bolsa o el precio de los artículos domésticos. Poco a poco me fui familiarizando con sus deseos, sus dificultades y sus opiniones. A veces oía murmullos de descontento pero más a menudo veía en los rostros y escuchaba en las palabras expresiones de paciencia, esperanza y serenidad. En términos generales soy de opinión de que, al menos en este aspecto, los pobres son mucho más filósofos que los ricos, puesto que se resignan antes y con mejor ánimo a lo que consideran como pérdidas irreparables o males sin remedio. Cada vez que se me presentaba la oportunidad o que podía hacerlo sin pasar por entrometido me unía a la partida para dar mi parecer sobre el tema en debate y, aunque mi intervención no fuese siempre atinada, siempre era recibida con

indulgencia. Si los jornales habían aumentado o se esperaba que aumentasen un poco, si el pan de cuatro libras había bajado de precio o estaban a punto de bajar las cebollas y la mantequilla, me sentía contento; si ocurría lo contrario encontraba en el opio medios de consolarme. Pues el opio (como la abeja, que extrae indiscriminadamente sus materiales de las rosas y del hollín de las chimeneas) puede imponerse a todos los sentimientos y someterlos a la clave dominante. En algunas de estas caminatas recorrí grandes distancias, ya que el comedor de opio es demasiado feliz para notar el paso del tiempo. A veces, en mis intentos de navegar de vuelta a casa con arreglo a los principios náuticos, fijando la mirada en la estrella polar y buscando ambiciosamente el paso del Noroeste en lugar de circunnavegar todos los cabos y puntas que doblara en mi viaje de salida, terminaba por tropezarme con los más arduos problemas en forma de callejuelas intrincadas, entradas misteriosísimas y calles sin salida, que eran como enigmas de la esfinge que hubiesen burlado la audacia de los mozos de cuerda y confundido el intelecto de los cocheros. Casi me persuadía por momentos de ser el primero en descubrir algunas de esas *terrae incognitae* y dudaba de que figurasen en los mapas modernos de Londres. Por todo esto habría de pagar un precio elevadísimo años después, cuando el rostro humano tiranizó mis sueños y las perplejidades de mis pasos por Londres regresaron para asediarme mientras dormía con la sensación de perplejidades morales o intelectuales que trajeron consigo desconcierto a la razón, angustia y remordimiento a la conciencia.

Como puede apreciarse, el opio no produce necesariamente inactividad o embotamiento y, por el contrario, me llevó muchas veces a mercados y teatros. A pesar de ello estoy dispuesto a admitir lealmente que los mercados y los teatros no son el lugar más apropiado para el comedor de opio que se halla en el grado más divino que alcanza su deleite. En ese estado las multitudes son intolerables y hasta la música se

vuelve demasiado sensual y grosera: por inclinación natural busca la soledad y el silencio, condiciones indispensables de los trances y ensoñaciones profundísimas que son la corona y consumación de lo que puede hacer el opio por la naturaleza humana. De mí cabe decir que mi enfermedad consistió en meditar demasiado y observar demasiado poco, y cuando ingresé a la universidad estuve a punto de sumirme en una honda melancolía por elmucho cavilar en los sufrimientos de que fuera testigo en Londres, aunque tenía lo bastante presente la tendencia de mis propios pensamientos como para esforzarme en lo que estuviese a mi alcance por contrarrestarla. Era, en verdad, como el personaje de la antigua leyenda que entra a la caverna de Trofonio; los remedios que me impuse consistían en obligarme al trato con los demás y mantener mi inteligencia ocupada en todo momento con cuestiones científicas. Estoy seguro de que sin estos remedios me habría hundido en una melancolía de hipocondríaco. Sólo años después, cuando mi alegría quedó más plenamente restablecida, cedí a mi inclinación natural a la vida solitaria. Para entonces el opio provocaba en mí un estado de ensoñación y más de una vez, sentado frente a una ventana abierta sobre el mar que divisaba una milla más abajo, y sobre la gran ciudad de L[iverpool], a una distancia semejante, pasé noches enteras de verano, desde el atardecer hasta el alba, perfectamente inmóvil y sin ningún deseo de moverme.

Me acusarán de misticismo, Behmenismo, quietismo, etc., pero eso me tiene sin cuidado. Sir H. Vane, el joven, fue uno de nuestros hombres más sabios: que mis lectores comprueben en sus obras filosóficas si es menos místico que yo. Añadiré que muchas veces me ha ocurrido pensar que, en sí misma, la escena era en cierta medida característica de lo que sucedía durante la ensoñación. La ciudad de L[iverpool] representaba la tierra con sus dolores y tumbas, dejada atrás aunque no perdida de vista ni enteramente olvidada. El océano de movimiento eterno y sosegado, sobre el que se cernía una quietud de paloma, podía representar con justicia

la mente y la sensación que la embargaba. Por primera vez sentía como si estuviese lejos del estruendo de la vida, indiferente a él; como si el tumulto, la fiebre y la lucha se interrumpiesen, y se me concediera una tregua a las penas secretas del corazón, un sábado de calma, un descanso en mis trabajos. Aquí las esperanzas que florecen en los caminos de la vida se reconciliaban con la paz de la tumba; el movimiento de la inteligencia era incesante como el de los cielos y una calma alciónica aplacaba todas las ansiedades, una tranquilidad que no parecía fruto de la inercia sino resultado de vastos antagonismos en equilibrio: actividades infinitas, infinito reposo.

¡Oh justo, sutil y poderoso opio! que a los corazones de ricos y pobres, a las heridas que no cierran y a «los tormentos que tientan al espíritu con la rebelión» traes un bálsamo que apacigua: opio elocuente que con tu fuerte retórica deshaces las victorias de la ira; que durante una noche devuelves al culpable las esperanzas de la juventud y le lavas la sangre de las manos; y al hombre orgulloso concedes un breve olvido de

Males sin remedio y ofensas sin venganza;

que convocas a la cancillería de los sueños, para los triunfos de la inocencia perseguida, testigos falsos, confundes al perjuro y revocas la sentencia del juez prevaricador; que construyes en el seno de la oscuridad, con la imaginería fantástica del cerebro, ciudades y templos que no alcanzó el arte de Fidias y Praxiteles, superiores en esplendor a Babilonia y Hekatómpylos, y de «la anarquía del profundo sueño» devuelves a la luz del sol las mejillas de muchachas hace tiempo sepultadas, los rostros benditos del hogar limpios de «los deshones de la tumba». Sólo tú haces estos regalos al hombre y posees las llaves del Paraíso, ¡oh justo, sutil y poderoso opio!

Introducción a los dolores del opio

Lector cortés y, espero, indulgente (todos *mis* lectores han de ser indulgentes, pues de no ser así temo que he de escandalizarlos demasiado para contar con su cortesía) que me has acompañado hasta ahora, permíteme rogarte que te adelantes unos ocho años, o sea de 1804 (en que, como tengo dicho, se inició mi relación con el opio) a 1812. Pasaron los años de vida universitaria y casi los he olvidado; la gorra de estudiante ya no me oprime las sienes y, si todavía existe, ha de cubrirse con ella algún joven humanista a quien quisiera tan feliz como yo y con el mismo amor apasionado por el conocimiento. A estas alturas mi túnica se hallará en la condición de muchos miles de excelentes volúmenes de la Bodleiana que examinan con diligencia polillas y gusanos estudiosos, o habrá ido a parar (nada más sé de su destino) a ese gran depósito de *alguna parte* donde se encuentran todas las tazas, teteras, cajas de té, etc. (para no hablar de recipientes aún más frágiles como vasos o garrafas, etc.) cuyo parecido ocasional con la presente generación de tazas, etc., me recuerda que una vez fui dueño de tales posesiones, si bien, al igual que la mayoría de los doctos togados de ambas universidades, sospecho que sólo podría ofrecer una historia oscura y conjetural de su desaparición y destino último. La persecución de la campana que a las seis de la mañana sonaba en la capilla su importuno llamado a maitines ya no interrumpe mi sueño: murió el portero que la tocaba, sobre cuya hermosísima nariz (bronce con incrustaciones de cobre) escribí en represalia tantos epigramas griegos mientras me vestía, y ha dejado de molestar a la gente: y yo, y muchos otros, que tanto sufrimos con sus inclinaciones tintinabulantes, hemos convenido en pasar por alto sus errores y perdonarlo. Hasta la campana me inspira hoy sentimientos caritativos: supongo que aún repica, como entonces, tres veces al día, y sin duda molesta cruelmente a muchos dignos

caballeros y perturba su tranquilidad de espíritu, pero, por mi parte, ya no escucho en este año de gracia de 1812 su voz traicionera (traicionera la llamo, ya que por refinada malignidad hablaba en tonos dulces y argentinos como si nos estuviera invitando a una fiesta); en verdad su sonido no tiene fuerza para alcanzarme, ni siquiera con ayuda de los vientos más favorables a que aspire la perversidad de la propia campana, pues me encuentro a 250 millas de distancia, sepultado en lo más hondo de la sierra. ¿Y qué es lo que hago en la sierra? Tomar opio. Sí, pero ¿qué más? Lector, en 1812, año al que hemos llegado, así como durante los años que lo precedieron estoy dedicado a estudiar la metafísica alemana en las obras de Kant, Fichte, Schelling, etc. ¿Y cómo, y de qué manera, vivo? En suma, ¿a qué clase o grupo de hombres pertenezco? En este período, es decir en 1812, vivo en una pequeña casa de campo, con una sola sirvienta (*honnei soit qui mal y pense*) que mis vecinos conocen por mi «ama de llaves». En mi calidad de estudioso y de persona que ha recibido una educación ilustrada, y en tal sentido un caballero, me atrevo a considerarme como miembro indigno de esa clase indefinida que forman los *caballeros*. En parte, quizá, por estas razones, y en parte porque no tengo oficio ni beneficio conocido, se piensa con razón que vivo de mis rentas; así lo creen mis vecinos y, conforme a los usos de urbanidad de la Inglaterra moderna, recibo en la correspondencia, etc., el título de *esquire*, aunque mucho me temo que, en rigurosa heráldica, mis pretensiones a honor tan distinguido sean escasas. Sí, la voz popular declara que soy X. Y. Z. *esquire*, pero no juez de paz ni *Custos Rotulorum*. ¿Me he casado? Todavía no. ¿Sigo tomando opio? Los sábados por la noche. ¿Y acaso lo he tomado sin la menor vergüenza a partir del «domingo lluvioso», el «augusto Panteón» y el «beatífico boticario» de 1804? Así es. ¿Y cómo me encuentro de salud después de tanto comer opio, en una palabra, cómo me siento? Bastante bien, lector, muchas gracias; como dicen las señoras que están de parto: «tan bien como puede

esperarse». Más aún, si debo confesar la pura verdad, lo cierto es que, aunque conforme a las teorías de los médicos *debería* haber estado enfermo, en mi vida me sentí mejor que durante la primavera de 1812 y espero muy sinceramente, amable lector, que todo el clarete, el Oporto y el «Madeira especial» que, con toda probabilidad, has bebido o piensas beber en un plazo de ocho años de tu vida natural, no afecte más a tu salud de lo que afectó a la mía tomar opio los ocho años que median entre 1804 y 1812. Aquí compruebas nuevamente lo peligroso que es seguir en cuestiones médicas el consejo del *Anastasio*; es muy probable que en teología o en derecho sea un consejo de fiar, pero no en medicina. No: vale mucho más consultar al Dr. Buchan; por mi parte así lo hice, no eché en saco roto la magnífica sugerencia de un hombre tan sabio y puse «especial cuidado en no tomar más de veinticinco onzas de láudano». A esta moderación, a un uso tan morigerado del artículo, cabe atribuir, supongo, que por lo menos hasta el momento (es decir, hasta 1812) no conozca, y ni tan siquiera sospeche, los terrores que guarda el opio para vengarse de quienes abusan de su condescendencia. Al mismo tiempo no hay que olvidar que he sido siempre un comedor de opio dilettante: aun el haber practicado el opio durante ocho años, con la única precaución de ir dejando cada vez intervalos suficientes, no ha bastado para convertirlo en elemento indispensable de mi régimen cotidiano. Ahora viene una época distinta. Te ruego, lector, que pases al año 1813. Durante el verano del año que acabamos de abandonar mi salud serresintió mucho como consecuencia de un estado de angustia que, a su vez, se debió a un acontecimiento muy lamentable. En vista de que dicho acontecimiento no tiene otra relación con el tema que ahora me ocupa, aparte de haber provocado la enfermedad, no será necesario que me refiera a él con más detalle. Ignoro si la enfermedad de 1812 influyó en la de 1813; lo cierto es que este último año empecé a padecer de una molestísima irritación del estómago, enteramente semejante a la que tanto me hiciera sufrir

en mi juventud, acompañada por una reanudación de todos los antiguos sueños. Puede decirse que, en lo que respecta a mi justificación, todo lo que ha de seguir depende de este momento de mi relato. Aquí me enfrento a un intrincado dilema: o bien agotaré la paciencia del lector narrando mi enfermedad y mis esfuerzos por curarme con los detalles que sean necesarios para convencerlo de que me era imposible seguir luchando con la irritación y el dolor incesantes; o, de otra parte, si no me detengo en este momento crítico de la historia, perderé la ventaja que sería dejar en el lector una impresión más fuerte y me expondré a una falsa interpretación de los hechos, según la cual fui avanzando, con los pasos fáciles y graduales de las personas sin voluntad, de la primera a la última fase en la costumbre de comer opio (y en vista de lo que ya he confesado, la mayoría de los lectores estarán secretamente predispuestos a tal error). Este es el dilema: el primero de sus cuernos bastaría para coger y echar por tierra a toda una columna de lectores pacientes, aunque formaran de dieciséis en fondo y constantemente acudiesen nuevas huestes al relevo: no cabe pensar en ello. Lo único que me queda es postular lo que sea necesario para mi propósito. Te ruego, amable lector, que tengas fe en lo que digo como si lo hubiese demostrado a costa de tu paciencia y de la mía. No seas tan poco generoso como para negarme tu aprecio a causa de mi propio comedimiento y de mi respeto por tu tranquilidad. No; cree todo lo que te pido, o sea que no era posible resistir más; créelo con liberalidad, en un acto de gracia, o bien por simple prudencia, ya que de no ser así en la próxima edición, corregida y aumentada, de mis *Confesiones del Opio*, te obligaré a creer y a temblar y, *à force d'ennuyer*, a pura fuerza de bostezos, aterrará a mis lectores para que no vuelvan a atreverse nunca a poner en tela de juicio una aseveración que yo tenga a bien formular.

Esto, permíteme repetirlo, es lo que afirmo: que cuando comencé a tomar opio todos los días no podía hacer otra cosa. El que más tarde me fuera posible

liberarme del hábito, aun cuando me parecía que todos mis esfuerzos serían inútiles, y el que muchos de los innumerables esfuerzos que en realidad hice pudieran llevarse más adelante, o el que mis graduales reconquistas del terreno perdido debieron ser más enérgicas —todas estas son cuestiones que no he de tratar—. Tal vez podría alegar circunstancias atenuantes, pero —¿hablaré con toda sinceridad?— confieso que siempre fue mi punto débil ser demasiado eudemonista: tengo un deseo excesivo de felicidad para mí y para los demás, no puedo enfrentarme al sufrimiento —propio o ajeno— con ojo bastante firme, y soy muy poco capaz de soportar el dolor presente pensando en futuros beneficios. En otras cosas puedo estar de acuerdo con los caballeros de la Bolsa de Algodón de Manchester¹⁵ y afectar la filosofía estoica, pero no en esto. Aquí me tomo las libertades de un filósofo ecléctico y busco una secta delicada y civil que transija mejor con la fragilidad del comedor de opio, «hombres apacibles para dar la absolución» —como dice Chaucer— que tengan conciencia de las penitencias que infligen y de los esfuerzos de abstinencia que reclaman a pobres pecadores como yo. Un moralista inhumano me es tan insoportable, en mi espiado de nervios, como el opio sin hervir. En todo caso, quien me invite a despachar una carga de sacrificios y mortificaciones en un crucero de perfeccionamiento moral habrá de probarme claramente que la empresa tiene esperanzas de éxito. No cabe suponer que a mi edad (treinta y seis años) me sobra mucha energía; de hecho, creo que es muy poca la que me queda para las labores intelectuales que traigo entre manos; nadie se imagine que con unas cuantas palabras duras me asustará tanto

¹⁵ Un elegante gabinete de lectura en el que, a mi paso por Manchester, me acogieron muy cordialmente varios caballeros de esa ciudad, se llama, creo, *El Pórtico*. Siendo extranjero en Manchester deduje que los suscriptores querían proclamarse discípulos de Zenón. Sin embargo, desde entonces me han asegurado que me equivocaba.

como para hacerme embarcar una parte de ella en desesperadas aventuras de moralidad.

Desesperados o no, mis esfuerzos de 1813 terminaron de la manera que he mencionado y a partir de entonces el lector debe considerarme un comedor de opio habitual y confirmado, a quien preguntarle un día cualquiera si ha comido opio es como preguntarle si los pulmones han respirado o el corazón ha cumplido con sus funciones. Ahora comprendes, lector, lo que soy y puedes darte cuenta que ningún viejo caballero de «barba blanca como la nieve» tendrá la más remota posibilidad de convencerme de que renuncie al «pequeño receptáculo dorado de la perniciosa droga». No: aviso a todos, moralistas o médicos, cualesquiera sean sus pretensiones o habilidades en sus respectivos ramos, que no deben esperar favor alguno de mi parte si pretenden comenzar con una salvaje propuesta de una Cuaresma o Ramadán de abstinencia de opio. Quede esto bien entendido entre nosotros y en adelante navegaremos viento en popa. Ahora bien, lector, te ruego que te pongas de pie en 1813, donde nos hemos sentado a perder el tiempo, ponte de pie, te lo ruego, y camina unos tres años más. Levanta el telón y me encontrarás transformado en un nuevo personaje.

Si cualquier hombre, pobre o rico, nos anunciara que iba a decirnos cuál fue el día más feliz de su vida, y el cómo y el porqué, creo que todos reclamaríamos a voces la más viva atención. Ha de ser muy difícil para un hombre prudente señalar el *día* más feliz de su vida, puesto que todo acontecimiento que ocupe un lugar tan distinguido en su memoria, o que haya significado una felicidad tan extraordinaria en un día determinado, tendrá por fuerza un carácter durable como para seguir causando (salvo accidente) una felicidad igual o imperceptiblemente menor durante muchos años. En cambio, puede admitirse que señalar el lustro o aun el *año* más feliz, sin faltar por ello a la prudencia, está al alcance de cualquiera. En mi caso, lector, este año fue el que ahora hemos alcanzado aunque, lo confieso, a manera de un paréntesis entre años más sombríos. Fue un

año de aguas muy puras (como dicen los joyeros) engastado y aislado en la melancolía brumosa y apagada del opio. Por extraño que parezca, poco antes de esta época bajé, súbitamente sin mucho esfuerzo, de 320 granos de opio diarios (o sea ocho mil¹⁶ gotas de láudano) a cuarenta granos, es decir, una octava parte. Al instante, como por arte de magia, la nube de profundísima melancolía asentada en mi cerebro, tal esos negros vapores que he visto retirarse de las cimas de las montañas, desapareció en un solo día (texto griego), se alejó con negras banderas, como un barco encallado que la marea viva pone a flote, con movimiento tan entero que

Se mueve todo él, si acaso se mueve.

Ahora volvía a ser feliz: tomaba sólo 1.000 gotas de láudano por día y ¿qué era eso? Una primavera tardía ponía término a la estación de mi juventud; mi cerebro cumplía sus funciones con la salud de antes; otra vez leí a Kant y otra vez lo entendí o creí entenderlo. Mis sensaciones de placer volvieron a expandirse a todos los que me rodeaban y, de haber llegado a mi modesta casa un visitante de Oxford o Cambridge, o de cualquier otro sitio, le habría dado la más suntuosa acogida que pudiera brindar una persona tan pobre. Ya podían faltar otras cosas de las que hacen la felicidad del sabio: a cambio de ellas le ofrecería todo el láudano que quisiera y en copa de oro. A propósito, ya que hablo de

¹⁶ Calculo que veinticinco gotas de láudano equivalen a un grano de opio, lo cual, según creo, es la estimación más corriente, Sin embargo, como ambas cantidades pueden considerarse variables (la potencia del opio varía mucho y la de la tintura de opio aún más), supongo que en estas cuentas no es posible llegar a una exactitud infinitesimal. El tamaño de las cucharillas de té varía tanto como la potencia del opio. Las pequeñas contienen unas cien gotas, de modo que 8.000 gotas son unas ochenta cucharadas. Como puede apreciar el lector, me mantuve, con mucho, dentro de los amplios límites fijados por el Dr. Buchan.

regalar láudano, recuerdo que hacia esta época se produjo un pequeño incidente que he j de relatar, pues, aunque muy trivial, pronto volverá el lector a encontrarlo en mis sueños, sobre los que tuvo una influencia más terrible de lo que pueda imaginarse. Un día golpeó a mi puerta un malayo. No acierto a conjeturar los asuntos que pudiesen traer a un malayo hasta las montañas inglesas: posiblemente estaba en camino a un puerto de mar, situado a unas cuarenta millas de distancia.

La sirvienta que le abrió la puerta era una muchacha nacida y criada en la sierra, donde nunca había visto ropas asiáticas de ninguna clase, por lo que el turbante del malayo le sorprendió mucho, y como el visitante tenía exactamente el mismo dominio del inglés que ella del malayo, al parecer se abrió entre las partes un golfo infranqueable a toda comunicación de ideas, suponiendo que alguna de ellas las tuviese. Ante este dilema, la muchacha, recordando la fama de erudito de su patrón (y sin duda atribuyéndome el conocimiento de todos los idiomas de la tierra, además de unos cuantos de los idiomas lunares) vino en busca mía y me dio a entender que en la planta baja había una especie de demonio que sólo mi arte podría exorcizar de la casa. No bajé de inmediato y, cuando por fin lo hice, el grupo que se había formado por simple accidente, aunque no muy elaborado, despertó mi interés y mi fantasía como nunca lo hicieran las actitudes esculturales, tan ostentosamente complejas, del Ballet del Teatro de la Opera. La cocina parecía un rústico salón de recibo más que otra cosa, con las paredes cubiertas de paneles de una manera oscura que el tiempo y los muchos rozamientos hacían semejante al roble; contra este fondo resaltaban el turbante y los sueltos pantalones blancuzcos del malayo, quien se había acercado demasiado como para que la muchacha se sintiese tranquila, aunque en ella el ánimo intrépido de serrana luchase con el ingenuo terror que se pintaba en su rostro al mirar al tigre que tenía ante sí. No cabe imaginar cuadro más sorprendente que el hermoso

rostro inglés de la muchacha, de exquisita blancura, y su actitud erguida e independiente, en contraste con la piel cetrina y biliosa del malayo, que el aire de mar había charolado o plaqueado hasta darle tonos de caoba, sus ojos pequeños, crueles e inquietos, sus labios finísimos, sus gestos y adoraciones serviles. Medio oculto por el malayo de tan feroz aspecto se hallaba el niño de unos vecinos que había entrado tras él y que ahora, levantando la cabeza para mirar el turbante y debajo de él los ojos ardientes, cogía con una mano el vestido de la muchacha en busca de protección. Mi conocimiento de las lenguas orientales no es muy notable ya que en realidad se limita a dos palabras, la palabra árabe para decir *cebada* y la palabra turca para decir opio (madjoon) que aprendí de Anastasio. Como no tenía a mano un diccionario malayo, y ni siquiera el *Mithridates* de Adelung que hubiera acudido en mi ayuda con unas cuantas palabras, me dirigí al malayo con unos versos de la *Iliada* pensando que entre lo idiomas que conozco el griego es aquel cuya longitud geográfica más se aproxima al Oriente. Me respondió con un gesto muy devoto de adoración y unas palabras en lo que supongo era malayo. Así dejé a salvo mi prestigio entre los vecinos puesto que el malayo no podía traicionarme el secreto. Se acostó una hora en el suelo y luego siguió su camino; al momento de partir le regalé un poco de opio creyendo que en su calidad de orientalista debía conocerlo y, en efecto, su expresión me persuadió de que así era. No obstante, me sentí un poco consternado cuando de pronto lo vi llevarse la mano a la boca y echárselo todo entre pecho y espalda, dividido en tres pedazos que no hicieron sino un bocado. La cantidad bastaba para matar a tres soldados de caballería con sus respectivos caballos; me quedé algo inquieto por la pobre criatura, mas ¿qué podía hacer? Le había regalado el opio compadecido de su vida solitaria y suponiendo que, si venía a pie desde Londres, hacía tres semanas que no cambiaba palabra con un ser humano. No podía, desde luego, violar las leyes de la hospitalidad ordenando que le echasen mano para obligarlo a tomar un

vomitivo, con lo cual creería espantado que lo íbamos a sacrificar a algún ídolo inglés. No, evidentemente no había nada que hacer; el hombre se despidió; me sentí preocupado unos días, pero, como nunca oí que se encontrase el cadáver de un malayo, me convencí de que estaba acostumbrado al opio¹⁷ y de que, tal como era mi intención, le había prestado un servicio al ofrecerle una noche de descanso en medio de los dolores de su vida errante.

He incurrido en una digresión para mencionar este incidente porque el malayo (en parte por el cuadro tan pintoresco que contribuyó a formar, y en parte por la ansiedad que asocié a su figura durante unos días) se adueñó más tarde de mis sueños y trajo consigo a otros malayos peores que él, quienes se lanzaron *amok*¹⁸ contra mí para arrastrarme a un mundo de congojas. Pero dejemos este episodio y volvamos a mi año intermedio de felicidad. Ya he dicho que cuando se trata de un tema tan importante para todos nosotros como es la felicidad, escucharemos de buena gana la experiencia o los experimentos de cualquiera, aunque sea un humilde mozo de arado, incapaz de abrir un surco muy hondo en

¹⁷ Esta conclusión no es, sin embargo, inevitable: la variedad de los efectos que produce el opio según las distintas constituciones es infinita. Un magistrado de Londres (Marriott, *Struggles through Life*, vol [II, pág. 391, tercera edición) ha dejado constancia de que la primera vez que usó láudano para calmar los dolores de la gota tomó cuarente gotas, la noche siguiente sesenta y la quinta noche ochenta, sin sentir el más mínimo efecto, y esto a una edad avanzada. Aún más: gracias a un cirujano de provincias, me he enterado de una anécdota junto a la cual el caso del Sr. Harriott resulta insignificante; la contaré en el tratado médico sobre el opio que pienso publicar si el Colegio de Médicos me paga por iluminar en la materia los oscurecidos entendimientos de sus miembros: la historia es demasiado buena para contarla gratis.

¹⁸ Véanse en las relaciones de cualquier viajero que haya recorrido el Oriente los furiosos excesos cometidos por malayos que han tomado opio o a quienes la mala suerte en el juego empuja a la desesperación.

un suelo intratable como son los placeres y penas del hombre o de llevar a cabo sus estudios en función de principios muy ilustrados. En cambio yo, que he tomado la felicidad en estado sólido y líquido, tanto hervida como sin hervir, de las Indias Orientales y de Turquía —que he efectuado mis experimentos sobre esta interesante cuestión con una especie de pila galvánica— y que en beneficio de todo el mundo me he inoculado, por así decirlo, el veneno de 8.000 gotas diarias de láudano (por la misma razón que un médico francés se inoculó recientemente el cáncer, un médico inglés, hace unos veinte años, la peste, y un tercero, no sé de qué país, la hidrofobia), yo (y no cabe discutirlo) tengo que saber lo que es la felicidad si es que alguien lo sabe. Por lo tanto, emprenderé ahora un análisis de la felicidad y, para dar el máximo interés a mi exposición, no lo presentaré de manera didáctica sino envuelto e implicado en el relato de una noche, de la forma como pasaba una noche durante el año intercalar en que el láudano, aunque lo tomaba todos los días, era para mí tan sólo el elixir del placer. Hecho esto, dejaré enteramente el tema de la felicidad y pasaré a otro muy distinto: *los dolores del opio*.

Sea una casita en un valle, a 18 millas de la ciudad más próxima, no un valle espacioso sino de unas dos millas de largo por tres cuartos de milla, como promedio, de ancho; esto tiene la ventaja de que todas las familias que residen dentro de su contorno forman, por así decirlo, una sola gran familia cuyos miembros se conocen entre sí y se tienen cierto afecto. Sean las montañas montañas de verdad, de 3 a 4.000 pies de . altura, y la casita una verdadera casita y no (como dice un autor ingenioso) «una casita con dos cocheras»; sea, pues (quiero ceñirme a la realidad), una casita blanca cubierta de enredaderas floridas, elegidas para desplegar una sucesión de flores sobre los muros y en torno a las ventanas durante todos los meses de primavera, verano y otoño, desde las rosas de mayo hasta los jazmines. Sin embargo, que no sea primavera ni verano, ni otoño, sino el invierno en su forma más

cruda. Este es un punto de máxima importancia en la ciencia de la felicidad. Me sorprende que haya gente que no repare en él y piense que existen razones para alegrarse si el invierno se está acabando o, cuando empieza, si parece que no será muy frío. Yo, por el contrario, presento cada año una petición para que tengamos todas las nieves, granizos, heladas y tormentas de cualquier clase que puedan ofrecer los cielos. Ciertamente todos debieran conocer los divinos placeres que en invierno trae consigo una chimenea: velas a las cuatro de la tarde, alfombras abrigadoras al lado del fuego, té, una hermosa muchacha que lo prepare, persianas corridas, cortinas que caen al suelo formando amplios pliegues, en tanto que fuera el viento y la lluvia

*Cual si quisieran juntar cielo y tierra,
Rugen, llamando a puertas y ventanas,
Mas no logran entrar, y es más grato
Nuestro descanso en la segura sala.*

(El Castillo de la Indolencia)

Todos estos son elementos en la descripción de una noche de invierno que sin duda conocerá muy bien cualquiera que haya nacido en una longitud septentrional. Es evidente que, al igual que los helados, la mayoría de estos placeres requieren temperaturas atmosféricas muy bajas; son frutos que, de una u otra manera, sólo maduran en climas tormentosos e inclementes. No soy muy *quisquilloso*, como suele decirse, y me da igual que se trate de nieve, granizadas o un viento tan fuerte que en las palabras del Sr. [Thomas Clarkson] «pueda apoyarse la espalda contra él, como en un poste». Hasta me conformo con la lluvia, siempre que llueva a cántaros, pero exijo algo por el estilo y si no lo tengo me sentiré engañado; ¿por qué habría de costarme el invierno tan caro en carbón, velas y las muchas privaciones que debe soportar un caballero si no voy a conseguir un artículo de buena calidad? No: pago mi dinero por un invierno

canadiense o al menos ruso en el que cada persona sea, a lo sumo, copropietaria con el viento del norte en el dominio absoluto de sus propias orejas. Más aún, soy tan refinado epicúreo en la materia que me declaro incapaz de apreciar plenamente una noche de invierno si ha pasado mucho tiempo del día de Santo Tomás y se ha iniciado la degeneración hacia las lamentables tendencias primaverales; no, la noche ha de estar separada del retorno a la luz y el calor por una ancha muralla de noches oscurísimas. Por consiguiente, entre las últimas semanas de octubre y la Navidad corre la estación de la felicidad que, a mi juicio, ingresa a la habitación con la bandeja de té: pues ej té, aunque objeto de burlas para quienes por ser de nervios groseros o beber mucho vino no son susceptibles a la influencia de un estimulante tan refinado, el té será siempre la bebida preferida del intelectual y, por mi parte, me habría unido al Dr. Johnson en una *bellum internecinum* contra Jonas Hanway o cualquier otra persona impía que se atreviese a difamarlo. En fin, para ahorrarme el trabajo de una excesiva descripción verbal, llamaré ahora a un pintor y le daré instrucciones sobre el resto del cuadro. A los pintores no les gustan las casitas blancas a menos que estén muy castigadas por el clima, pero, como ya sabe el lector, se trata de una noche de invierno de modo que sus servicios sólo serán necesarios para pintar el interior de la casa.

Píntame entonces una habitación de diecisiete pies por doce y no más de siete pies y medio de alto. En mi familia, lector, esto se llama ambiciosamente el salón, pero como está adaptado para «matar dos pájaros de un tiro» se llama también, con más propiedad, la biblioteca, puesto que los libros son los únicos bienes en que soy más rico que mis vecinos. Tengo unos cinco mil, que he ido coleccionando gradualmente desde los dieciocho años. Así pues, pintor, pon en la habitación todos los que puedas. Hazla populosa de libros; píntame también un buen fuego y muebles sencillos y modestos, cual conviene a la sobria vivienda de un hombre de

estudio. Cerca del fuego píntame una mesa de té y (como es claro que nadie podrá venir a verme en noche tan tormentosa) sólo dos tazas y platillos en la bandeja; y si sabes pintarla simbólicamente o en cualquier otra forma píntame una tetera eterna —eterna a *parte ante* y a *parte post*, ya que suelo beber té de ocho de la noche a cuatro de la mañana. Y como es muy desagradable preparar el té o servírselo uno mismo, píntame una joven encantadora sentada a la mesa. Píntale los brazos de Aurora y la sonrisa de Hebe. Pero no, querida M., no me dejes insinuar ni siquiera en broma que tu poder de iluminar mi casa está fundado en algo tan perecedero como la simple belleza personal, o que el embrujo de las sonrisas angélicas se halla bajo el imperio de un lápiz terrestre. Pasa, mi querido pintor, a algo que esté más a tu alcance: el próximo artículo que debes presentar soy, naturalmente, yo mismo: un retrato del comedor de opio con el «pequeño receptáculo dorado de la perniciosa droga» a su lado, sobre la mesa. En cuanto al opio no tengo ninguna i objeción a verlo retratado, aunque preferiría ver el original; puedes pintarlo si quieres, pero te diré que ya en 1816, hallándome tan distante del «augusto Panteón» y de todos los boticarios (mortales y de otra especie) ningún «pequeño» receptáculo podría bastarme. No: más vale que pintes el verdadero recipiente, que no de oro sino de vidrio, y lo más parecido a una garrafa de vino. En él puedes poner un litro de láudano rojo como el rubí; eso y un libro de metafísica alemana darán testimonio suficiente de que me encuentro en las inmediaciones. En lo que toca a mi propia figura —esto ya es otro cantar—. Admito que, como es natural, debería ocupar el primer plano del cuadro; que siendo el héroe de la pieza o (si así lol prefieres) el criminal enjuiciado, tendría que comparecer ante el tribunal. Esto parece razonable, mas ¿por qué he de confesarle tales cosas a un pintor? ¿Por qué confesar? Si el público (ante cuyo oído —y no ante el de ningún pintor— estoy susurrando en secreto mis confesiones) se ha formado para sí una imagen agradable del físico del

comedor de opio, si le ha asignado románticamente una silueta elegante o un rostro bien parecido ¿por qué habría de deshacer como un bárbaro una ilusión tan grata, grata para el público tanto como para mí? No: píntame, si quieres pintarme, conforme a tu propia fantasía y, como la fantasía de un pintor debe estar llena de creaciones hermosas, estoy seguro que saldré ganando. Y ahora, lector, ya hemos recorrido las diez categorías de lo que era mi condición hacia 1816-17; considero que hasta mediados de este último año fui un hombre feliz y he tratado de exponer ante ti los elementos de tal felicidad en el esbozo de la biblioteca de un hombre de letras, en una casa de las montañas, una tormentosa noche de invierno.

Pero ahora adiós —un largo adiós a la felicidad, en invierno o en verano—, adiós a las sonrisas y a las risas, adiós a la paz del alma, adiós a la esperanza, al sueño tranquilo y a sus benditos consuelos —durante más de tres años y medio no disfrutaré de ellos: he llegado a una lliada de males, pues ahora tengo que dar cuenta de

Los dolores del opio

*—como hunde el gran pintor
Su pincel en la negrura del terremoto y el eclipse.
Shelley, Rebelión del Islam*

Lector que me has acompañado hasta aquí, debo solicitar tu atención para una breve nota explicativa en tres puntos:

1. Por varias razones no he podido componer las notas sobre esta parte de mi narrativa en forma ordenada y coherente. Ofrezco mis notas en desorden, tal como las encuentro o como ahora las redacto de memoria. Algunas indican su propia fecha; he fechado otras y algunas no están fechadas. Siempre que convino a mis propósitos transplantarlas de su orden natural o cronológico así lo hice sin mayores escrúpulos. A veces empleo el presente, otras el pasado. Sólo unas cuantas notas, quizá, se escribieron precisamente en la época a que se refieren, pero esto afecta en muy poco su exactitud, pues las impresiones fueron tales que no podrán desvanecerse nunca de mi mente. Es mucho lo que se ha omitido. No podía, sin gran esfuerzo, obligarme a la tarea de recordar, o de exponer en una narración ordenada, toda la carga de horrores que pesa sobre mi cerebro. Como disculpa invoco en parte este sentimiento y en parte el hecho de que ahora me encuentro en Londres, separado de las manos que suelen prestarme servicios de amanuense, y soy de esas personas tan desmañadas que ni siquiera pueden arreglar sus propios papeles sin ayuda.

2. Creerás tal vez que hago demasiadas confidencias y soy demasiado comunicativo de mi propia historia privada. Es posible. Pero mi manera de escribir es casi pensar en voz alta y seguir mis movimientos de humor, sin reparar en quién me está escuchando; si me detengo a reflexionar en lo que es propio decir a esta o aquella persona, pronto dudaré de que exista una parte

de mi relato que con propiedad pueda contarse. Lo cierto es que me imagino que ya han pasado quince o veinte años y me hago a la idea de que escribo para quienes entonces se interesarán por mí; y como quiero ofrecer la relación de una época y soy el único que puede conocer toda la historia, doy a mi narrativa la mayor amplitud posible haciendo los esfuerzos de que ahora soy capaz, pues no sé si alguna vez volveré a tener tiempo para hacerlo.

3. Muchas veces querrás preguntarme por qué no me libré de los horrores del opio suprimiendo o disminuyendo su uso. A esto responderé en pocas palabras: podría pensarse que cedí con demasiada facilidad a las fascinaciones del opio; no cabe suponer que nadie se sienta atraído por sus terrores. El lector puede estar seguro de que hice innumerables intentos por reducir la cantidad. Añadiré que fueron quienes presenciaban la agonía de dichos intentos, y no yo mismo, los primeros en rogarme que cediese. Pero ¿acaso no podía ir disminuyendo una gota diaria o bien agregar agua y luego dividir una gota en dos o tres partes? Dividir mil gotas me hubieran llevado casi seis años: no hay duda de que tal método era insuficiente. Sin embargo, este error es muy frecuente en quienes no tienen ningún conocimiento experimental del opio, pero me dirijo a quienes sí lo tienen para preguntarles si no ocurre siempre que es posible reducir la cantidad con facilidad y aun con placer sólo hasta cierto punto, pasado el cual toda nueva reducción es causa de intensos sufrimientos. Sí, responden algunos insensatos que no saben lo que dicen, sufrirá usted de tristeza y decaimiento durante unos días. No, contesto; lo que sucede no se parece en nada al decaimiento; por el contrario, la mera vitalidad animal aumenta extraordinariamente: el pulso es más firme, la salud mejor. El malestar no consiste en esto, ni recuerda en lo menor a lo que se siente cuando se renuncia al vino. Es un estado de indecible irritación del estómago (lo cual, por cierto, no se asemeja mucho a sentirse triste y decaído) acompañado por una transpiración muy fuerte

así como por sensaciones que no intentaré describir en tan poco espacio.

Empiezo ahora *in media res* y, anticipándome a la época en la que puede decirse que los dolores del opio llegaron a su *acmè*, trataré de sus efectos paralizantes sobre las facultades intelectuales.

Hace tiempo que he interrumpido mis estudios. No siento ningún placer en leer y apenas si puedo hacerlo más de un momento. En cambio leo a veces en voz alta por dar gusto a los demás, ya que no me falta talento para este tipo de lectura; diré más, en el sentido vulgar de la palabra *talento* —o sea un mérito superficial, un adorno— es casi el único que tengo, y si en otro tiempo pude envanecerme de alguno de mis méritos o facultades, fue de esta habilidad que, según he observado, es la menos frecuente de todas. Los actores leen peor que nadie: [Kemble] es un pésimo lector y la Sra. [Siddons], tan celebrada, sólo acierta en las composiciones dramáticas y es incapaz de leer a Milton de manera soportable. En general, la gente lee la poesía sin ninguna pasión o bien excede la sobriedad natural y lee sin inteligencia. Si en los últimos tiempos algo encontré en los libros que me conmoviera, fueron las nobles quejas de Sansón Agonistes o las grandes armonías de los parlamentos de Satán en el *Paraíso Recobrado*, leídas a solas y en voz alta. A veces viene una señorita a tomar té con nosotros; a petición de ella y de M., les leo de cuando en cuando los poemas de W[ordsworth]. (W[ordswoth], dicho sea de paso, es el único poeta que he conocido nunca que sea capaz de leer sus propios versos; diré más: a menudo lee admirablemente.)

Creo que durante dos años no leí libros, con una sola excepción, y quiero recordar cuál es para pagar la gran deuda de gratitud que tengo con su autor. Todavía solía leer a los poetas más sublimes y apasionados aunque, como he dicho, por trozos y ocasionalmente. Bien sabía yo que mi verdadera vocación era el ejercicio del

entendimiento analítico, pero la mayoría de los estudios analíticos son continuos y no pueden practicarse con interrupciones o en esfuerzos fragmentarios. Las matemáticas, la filosofía intelectual, por ejemplo, se me habían vuelto intolerables; les huía poseído de una sensación de enervamiento impotente y pueril que me angustiaba todavía más al evocar la época en que disfrutaba ejercitándome en ellas horas enteras, y también por esta otra razón, que había orientado los esfuerzos de toda mi vida, y dedicado mi inteligencia, sus flores y sus frutos, a la lenta y compleja labor de construir una sola obra, que tenía la presunción de llamar con el título de un libro inconcluso de Spinoza, *De emendatione humani intellectus*. Este trabajo se hallaba ahora detenido y como congelado, tal un puente o acueducto español, comenzado en escala demasiado grande para los recursos del arquitecto; y en vez de sobrevivirme, al menos como monumento a mis deseos y aspiraciones, y a una vida de trabajo dedicada a exaltar la naturaleza humana en la forma como Dios creyó apropiado dotarme para tan vasta empresa, serviría para que mis hijos hicieran memoria de mis esperanzas derrotadas y mis esfuerzos sin resultado, de los materiales acumulados en vano y de los cimientos sobre los que nunca se levantó una superestructura: del dolor y la ruina del arquitecto. Hallándome en esta condición de imbecilidad procuraba entretenerme dirigiendo mi atención a la economía política; supongo que, mientras me quedase un soplo de vida, mi entendimiento, antes activo e inquieto como una hiena, era incapaz de sumirse en un letargo absoluto. Para las personas que se hallan en el estado en que me encontraba, la economía política tiene la ventaja de que, si bien es una ciencia eminentemente orgánica (es decir, que en ella todas las partes influyen sobre el todo así como, a su vez, el todo influye sobre cada una de las partes), es posible separar cada una de las distintas partes y considerarla en sí misma. A pesar de la gran postración en que por entonces se hallaban mis

facultades, no podía olvidar mis conocimientos, y mi inteligencia había estado íntimamente familiarizada durante demasiados años con los pensadores más estrictos, con la lógica y los grandes maestros de la ciencia, como para no darme cuenta de la extremada debilidad del grupo principal de los economistas modernos. En 1811 había tenido ocasión de examinar muchos libros y folletos sobre las diversas ramas de la economía, y a veces, cuando se lo pedía, M. me leía capítulos de las obras más recientes o fragmentos de los debates parlamentarios. Por lo general me parecía que estos textos eran la hez de la inteligencia humana y que cualquier persona de cabeza bien ordenada, acostumbrado a manejar la lógica con habilidad escolástica, podía coger entre el índice y el pulgar a toda la academia de economistas modernos y ahogarlos a mitad de camino entre el cielo y la tierra o bien pulverizar sus cabezas con un abanico de señora. Al cabo, en 1819, un amigo de Edimburgo me envió el libro del Sr. Ricardo y, recurriendo a mi propia anticipación profética sobre el advenimiento de un legislador para esa ciencia, exclamé antes de terminar el primer capítulo: «¡Tú eres el hombre!». El asombro y la curiosidad eran para mí emociones muertas desde hacía mucho tiempo. Ahora, sin embargo, volví a sentir las: me pregunté si una vez más tendría estímulos suficientes para el esfuerzo de leer y el propio libro me inspiró una viva curiosidad. ¿En verdad se había escrito esta obra tan profunda en Inglaterra y en el siglo diecinueve? ¿Era posible? Yo había dado por supuesto que el pensamiento¹⁹ se había extinguido en Inglaterra. ¿Cómo podía ser que un inglés, ajeno a los recintos

¹⁹ El lector debe tener presente lo que quiero decir por *pensamiento*: de otra manera esta afirmación resultaría presuntuosa. Últimamente Inglaterra ha tenido, hasta el exceso, pensadores magníficos en los ramos de la creación y la combinación, pero la escasez de pensadores masculinos en todas las vías analíticas es lamentable. Un escocés de nombre eminente nos decía hace poco que se había visto obligado a abandonar hasta las matemáticas por falta de apoyo.

académicos, y abrumado por sus obligaciones comerciales y senatoriales, llegase a la meta cuando todas las universidades de Europa no habían conseguido avanzar ni un palmo en cien años de trabajo? Todos los demás autores habían desaparecido aplastados por la carga descomunal de datos y documentos; el Sr. Ricardo había deducido *a priori* del propio entendimiento leyes que por primera vez arrojaban un rayo de luz sobre el intrincado caos de materiales y, con lo que apenas era una colección de vagas discusiones, había construido una ciencia de proporciones ordenadas que ahora se levantaba sobre bases eternas.

Así fue como una sola obra de profunda inteligencia, además de darme placer, me movió a una actividad que no había tenido desde hacía varios años: hasta me incitó a escribir o al menos a dictarle a M. que escribía por mí. Me pareció que algunas verdades imponentes habían escapado inclusive al «ojo inevitable» del Sr. Ricardo y, como eran de tal naturaleza que en la mayoría de los casos podía expresarlas o ilustrarlas mediante símbolos algebraicos con más brevedad y elegancia que en el estilo torpe y difuso de los economistas, toda la exposición cabía en un cuaderno; aunque me sentía incapaz de todo esfuerzo fui tan lacónico en esta ocasión que, con M. como amanuense, conseguí redactar mis *Prolegómenos a todos los futuros sistemas de economía política*. Espero que no se pensará que huelen a opio, aunque a decir verdad el tema es ya lo bastante opiáceo para casi todo el mundo.

Pero este esfuerzo no fue sino un destello, como se apreciará por lo que ocurrió luego, ya que decidí publicar mi obra y se hicieron los arreglos necesarios a fin de imprimirla en una prensa de provincia, situada a unas dieciocho millas de distancia. Con tal objeto se retuvo especialmente a un cajista durante varios días. Hasta se anunció en dos ocasiones el libro, por lo que, en cierta forma, estaba obligado a llevar a la práctica mis intenciones. No obstante, me quedaba por escribir un prefacio y una dedicatoria —que yo quería brillante— al Sr. Ricardo. Me fue del todo imposible hacerlo. Se

revocaron los arreglos, se despidió al cajista y mis *Prolegómenos* descansaron en paz al lado de su más respetable hermano mayor.

He descrito o ilustrado mi embotamiento intelectual en términos que, en una u otra forma, se aplican a los cuatro años que estuve bajo el hechizo del Circe del opio. De no ser por la angustia y el sufrimiento cabría afirmar sin faltar a la verdad que entonces existía en un estado de total inactividad y como dormido. Era raro que pudiese forzarme a escribir una carta; a lo mucho lograba responder en pocas palabras las que había recibido y no sin que, muchas veces, la carta no aguardase antes durante semanas o aun meses sobre mi escritorio. Sin la ayuda de M. todos los recibos de las cuentas pagadas o por pagar habrían desaparecido y mi economía doméstica, cualquiera que fuese la suerte de la Economía Política, se habría precipitado por entero a una confusión inextricable. No volveré a aludir a este aspecto del caso a pesar de que, en última instancia, agobia y atormenta al comedor de opio tanto como cualquier otro, a causa de la sensación de debilidad e impotencia provocada por los incidentes vergonzosos que sobrevienen cuando se descuidan y postergan las obligaciones de cada día, así como de los remordimientos que a menudo enconan el aguijón de estos males en un ánimo meditativo y escrupuloso. El comedor de opio no pierde un ápice de su sensibilidad o sus aspiraciones morales; desea y anhela, tan vivamente como siempre, hacer lo que cree posible y lo que a su juicio le exige el deber, pero su percepción intelectual de lo que es posible sobrepasa infinitamente no sólo su capacidad de ejecutar sino también su capacidad de intentar; yace bajo el peso de un incubo, de una pesadilla: tiene ante los ojos todo lo que de buena gana quisiera hacer, tal como un hombre postrado en el lecho por la mortal languidez de una enfermedad enervante a quien se obligara a ser testigo de los abusos y ultrajes infligidos a la persona que ama sobre todas las cosas: maldice los ensalmos que lo encadenan y lo privan de todo movimiento, sacrificaría

su vida si lograra ponerse de pie y andar, pero es impotente como un recién nacido y ni siquiera puede intentar levantarse.

Paso ahora al tema principal de estas últimas confesiones, a la historia y el diario de lo que sucedió en mis sueños, causa inmediata y próxima de mis sufrimientos más intensos.

El primer aviso de que estaba ocurriendo un cambio importante en esta parte de mi economía física fue que volvió a manifestarse una condición del ojo que, por lo general, se presenta en la infancia o en estados de extrema irritabilidad. Ignoro si el lector tiene noticia de que muchos niños, tal vez la mayoría, son capaces de pintar, por así decirlo, toda suerte de fantasmas sobre la oscuridad; en algunos, tal facultad es tan sólo una afección mecánica del ojo; otros disponen de un poder voluntario o semivoluntario para convocar y despedir las imágenes o, como en una ocasión me dijo un niño al que interrogaba sobre esto: «Puedo decirles que se vayan y se van, pero a veces vienen sin que les haya dicho que vengan.» Le respondí que tenía sobre las apariciones autoridad casi tan ilimitada como la de un centurión romano sobre los soldados. A mediados de 1817, si mal no recuerdo, esta facultad se volvió verdaderamente penosa; por las noches, mientras me hallaba acostado y sin dormir, desfilaban ante mí vastas procesiones de lúgubre pompa, frisos de historias interminables tan tristes y solemnes como si fuesen de tiempos anteriores a Edipo y a Príamo — anteriores a Tiro—, anteriores a Menfis. Al mismo tiempo se produjo un cambio equivalente en mis sueños; de pronto se abrió e iluminó en mi cerebro un teatro en el que cada noche se presentaban espectáculos de esplendor más que terrenal. Debo mencionar también los cuatro hechos siguientes, que por entonces empecé a advertir:

1. A medida que aumentaba la disposición creativa del ojo parecía surgir cierta simpatía entre los estados de sueño y vigilia del cerebro, en el sentido que, por lo

general, todo lo que yo invocaba y dibujaba en la oscuridad mediante un acto de voluntad se transfería a mis sueños; hasta tal punto que temía ejercer esta facultad, pues, así como los objetos que Midas transformaba en oro burlaban sus esperanzas y defraudaban sus deseos humanos, bastaba que imaginase en la oscuridad las cosas que pueden representarse visualmente para que asumieran al instante la forma de fantasmas del ojo y, por un proceso al parecer no menos inevitable, una vez trazadas las imágenes en colores pálidos y visionarios, como escrituras en tinta simpática, la química feroz de mis sueños las reavivaba hasta darles un esplendor intolerable que me oprimía el corazón.

2. Este y todos los demás cambios ocurridos en mis sueños vinieron acompañados de una honda ansiedad y una amarga melancolía que es enteramente imposible comunicar con palabras. Cada noche sentía que bajaba, no metafóricamente, sino que en realidad bajaba a grietas y simas tenebrosas, abismos en los abismos, sin ninguna esperanza de reascender. Y al despertarme no me parecía que hubiese reascendido. No me detendré a explicarlo, ya que no hay palabras que basten para dar una idea del negro desaliento que me embargaba ante esos grandiosos espectáculos, por lo menos igual a la absoluta oscuridad de una desesperación suicida.

3. El sejrtids del espacio y, al final, el sentido del tiempo, quedaron ambos gravemente afectados. Los edificios, los paisajes, etc., se mostraban en proporciones más vastas de las que perciben los ojos mortales. El espacio se hinchaba y expandía hasta alcanzar el infinito indecible. Sin embargo, esto ne me inquieta tanto como la gran expansión del tiempo; a veces tenía la impresión de haber vivido 70 ó 100 años en una noche; más aún, sentía que durante ese lapso había transcurrido todo un milenio o, por lo menos, una duración muy superior a los límites de cualquier experiencia humana.

4. Volvían a mí los más nimios incidentes de la infancia o escenas olvidadas de otros años; no puede

decirse que los recordara, ya que si alguien me hubiese hablado de ellos estando yo despierto no habría podido darme cuenta de que formaban parte de mi experiencia. Pero tal como se disponían ante mí, en sueños semejantes a intuiciones, revestidos de las más efímeras circunstancias y sentimientos que una vez los acompañaron, los *reconocía* al instante. Una de mis parientes más cercanas me ha contado que, siendo niña, se cayó al río y estaba a punto de perecer cuando acudieron en su auxilio: en ese momento crítico vio su vida entera desplegarse simultáneamente ante sus ojos, como en un espejo, al tiempo que se desarrollaba en ella la facultad de comprender el todo y cada una de sus partes. Bien puedo creerlo cuando recuerdo algunas de mis experiencias con el opio; luego, en dos ocasiones, he visto que se afirma la mismo en libros modernos junto a una observación de cuya verdad estoy convencido, a saber que el temible Libro del Juicio Final de que hablan las Escrituras es, en realidad, la propia mente de cada persona. Al menos me siento seguro de esto, la mente no es capaz de nada que se parezca al olvido; mil accidentes interponen un velo entre nuestra conciencia y las inscripciones secretas de la mente, pero otros accidentes de la misma clase lo desgarran y, velada o no, la inscripción perdura para siempre, tal las estrellas que parecen retirarse ante la luz común del día aunque en verdad, como todos sabemos, la luz haya corrido su velo sobre ellas, que volverán a mostrarse cuando otra vez se descorra la luz oscurecedora del día.

Habiendo señalado estos cuatro factores, diferencias memorables entre mis sueños de entonces y aquellos de la salud, citaré ahora un ejemplo que servirá de ilustración al primero de ellos y luego contaré los demás que recuerde, ya sea en orden cronológico o en cualquier otro que aumente el efecto de los cuadros sobre el lector.

Fui en mi juventud —y lo sigo siendo de tiempo en tiempo, cuando quiero entretenerme— gran lector de Livio, a quien, lo confieso, prefiero sobre los demás

historiadores romanos tanto por el estilo como por la materia; muchas veces he sentido que los sonidos más graves y solemnes, más enfáticamente representativos de la majestad del pueblo romano, son esas dos palabras que con tanta frecuencia aparecen en su obra: *Consul Romanus*, sobre todo cuando están referidas al cónsul en sus funciones militares. En efecto, expresiones como sultán, regente, etc., o cualquiera de los títulos usados por quienes encarnan en sus propias personas la majestad colectiva de un gran pueblo, tenían menos poder sobre mis sentimientos reverenciales. De otra parte, aunque no soy gran lector de historia, había llegado a familiarizarme minuciosa y críticamente con un período de la historia de Inglaterra, el de la Guerra Parlamentaria, en el que me atraían la grandeza moral de algunos personajes y los muchos e interesantes libros de memorias que nos quedan de una época tan agitada. Estas dos partes de mis lecturas más ligeras, que habían sido a menudo tema de mis reflexiones, me dieron ahora la materia de mis sueños. Muchas veces, habiendo pintado en la oscuridad una especie de ensayo general cuando aún me hallaba despierto, veía una multitud de damas, tal vez una fiesta y bailes, y oía decir, o bien yo mismo me decía: «Estas son las damas inglesas de los desventurados tiempos de Carlos I. Estas son las mujeres e hijas de aquellos que se reunían en paz, se sentaban a las mismas mesas y estaban unidos por lazos de matrimonio o de sangre, pero que, pasado cierto día de agosto de 1642, no volvieron a sonreírse ni se encontraron más, como no fuera en el campo de batalla, y en Marston Moor, Newbury o Naseby tajaron con el sable cruel los vínculos del amor y ahogaron en sangre el recuerdo de la antigua amistad.» Las damas bailaban y eran tan hermosas como las de la corte de Jorge IV y no obstante yo sabía, aún en sueños, que llevaban casi dos siglos bajo tierra. De pronto se desvanecía el suntuoso desfile, sonaba una palmada, las palabras *Consul Romanus* me estremecía el corazón y de inmediato avanzaban majestuosamente, en túnicas deslumbrantes,

Paulo o Mario, rodeados por una compañía de centuriones, con la púrpura enarbolada en una lanza, y seguidos por el alalagmos de las legiones romanas.

Hace muchos años hojeaba yo las *Antigüedades de Roma*, de Piranesi, mientras el Sr. Coleridge, que se hallaba a mi lado, me describía una serie de grabados de ese artista, llamados los *Sueños*, en los que registró el escenario de las visiones que ló asediaron con el delirio de la fiebre. Algunos de ellos (según recuerdo de lo que me contó el Sr. Coleridge) representaban enormes salas góticas, con el suelo cubierto de toda clase de máquinas y artefactos, ruedas, cables, poleas, palancas, catapultas, etc., que expresaban lo enorme de la potencia aplicada y la resistencia vencida. Pegada a los muros se veía una escalera por la que subía trabajosamente el propio Piranesi: un poco más allá la escalera terminaba abrupta, súbitamente, sin balaustrada de ninguna clase: se había llegado al extremo y era imposible dar un solo paso más sin precipitarse al vacío. Cualquiera sea la suerte del pobre Piranesi, pensamos, por lo menos aquí terminan, de alguna manera, sus sufrimientos. Pero al levantar la vista vemos, todavía más alto, una segunda escalera y en ella distinguimos nuevamente a Piranesi, ahora al borde mismo del precipicio; volvemos a elevar la mirada y divisamos una escalera aún más aérea y al pobre Piranesi ocupado en su fatigosa ascensión: y así una y otra vez hasta que la escalera interminable y Piranesi se pierden ambos en la tiniebla superior del recinto. Con la misma potencia incesante de crecimiento y reproducción de sí misma procedía la arquitectura de mis sueños. En las primeras fases de mi enfermedad los esplendores de los sueños fueron sobre todo arquitectónicos: contemplé ciudades y palacios de una pompa que nunca contemplaron ojos despiertos, como no fuese en las nubes. Citaré los versos en que un gran poeta moderno describe, como aparición surgida en las nubes, lo que yo solía ver, con muchos de los mismos detalles, en mis sueños:

*La aparición, de pronto revelada,
De una gran ciudad —diré mejor
Un agitado océano de edificios
Cerrado sobre sí mismo en prodigiosos
Interminables abismos de esplendor.
Vi murallas de oro y diamantes
Cúpulas de alabastro, agujas de plata
Y terrales sobre terrazas relucientes
En alto levantadas; avenidas
De claros pabellones; torres rodeadas
Por almenas en cuya frente inquieta
Brillaba una estrella —¡luz de todas las gemas!
La naturaleza terrestre con el turbio
Material de la tormenta, ahora en calma,
Forjara esta visión, con las bóvedas,
Laderas, cumbres hechas de nubes
Detenidas bajo el cielo azul, etc.*

Uno de estos sublimes detalles —almenas con estrellas en las frentes *inquietas*— podría estar copiado de mis sueños arquitecturales, donde se presentó varias veces. Se afirma que, en nuestros tiempos, Dryden y Fuseli comían carne cruda a fin de provocarse sueños espléndidos: más les valiera comer opio para lograr su propósito, lo que hasta ahora, que yo sepa, no ha hecho ningún poeta, como no sea el dramaturgo Shadwell; se cree también, y a mi juicio con razón, que en la antigüedad Homero conocía las virtudes del opio.

A mi arquitectura siguieron sueños de lagos y plateadas extensiones de agua, sueños que me obsesionaron hasta tal punto que llegué a temer (lo cual parecerá absurdo a un médico) que una condición o tendencia hidrópica del cerebro se estuviese haciendo (para emplear una palabra metafísica) *objetiva* y que el órgano sensible se *proyectase* como objeto de sí mismo. Durante dos meses me dolió mucho la cabeza, una parte del cuerpo que hasta entonces había tenido tan libre de toda muestra o asomo de debilidad (hablo de lo físico) que solía decir, como el último lord Orford de su estómago, que probablemente sobreviviría al resto de mi

persona. Antes de esta época yo nunca supe lo que era una jaqueca, ni el más ligero dolor de cabeza, con excepción de los dolores reumáticos provocados por mis propias imprudencias. Felizmente conseguí superar el ataque, aunque estuvo a punto de convertirse en algo muy peligroso.

Ahora cambió la naturaleza de las aguas; los lagos translúcidos, brillantes como un espejo, se convirtieron en mares y océanos. Sobrevino un cambio tremendo que, al irse desarrollando lentamente durante muchos meses como un rollo de pergamino, me anunció un perpetuo tormento; así fue, en efecto, y ya no me libraría de él sino cuando mi caso llegara a su término. Hasta entonces el rostro humano había intervenido muchas veces en mis sueños, aunque no despóticamente ni con un poder especial de atormentar. Ahora empezó a manifestarse lo que he llamado la tiranía del rostro humano. Tal vez esto tenga su origen en una época de mi vida en Londres. Sea como fuere, ahora el rostro humano empezó a aparecer sobre las aguas agitadas del océano: el mar estaba pavimentado de rostros innumerables vueltos hacia el cielo: rostros implorantes, coléricos, desesperados, que surgían por millares, por miríadas, por generaciones, por siglos — mi agitación era infinita —mi alma se hundía —y se alzaba con el océano.

Mayo 1818

El malayo ha sido un enemigo temible durante varios meses. Cada noche su poder me arrastró a los escenarios de Asia. No sé si en esto los demás comparten mis sentimientos, pero he pensado muchas veces que si me viese obligado a abandonar Inglaterra y a vivir en China, entre costumbres, formas de vida y paisajes chinos, me volvería loco. Las causas de mi horror son muy profundas y seguramente compartiré algunas de ellas con mis lectores. En general el Asia meridional es asiento de imágenes y asociaciones atroces. El hecho de haber sido la cuna de la humanidad bastaría para

inspirarnos un vago sentimiento de reverencia, aunque para ello existen además otras razones. Nadie pretenderá que las supersticiones salvajes, bárbaras y caprichosas del África, o de las tribus de salvajes que habitan en otras partes del mundo, lo afectan de la misma manera que las religiones antiguas, monumentales, crueles y refinadas del Indostán, etc. La mera antigüedad de las cosas asiáticas, de las instituciones, historias, formas religiosas, etc., es tan impresionante que para mí la edad inmemorial de la raza y el nombre predomina sobre el sentido de la juventud en el individuo. Un joven chino me parece un hombre antediluviano renovado. Ni siquiera los ingleses, aunque no fueron criados en el conocimiento de esas instituciones, pueden dejar de estremecerse ante la mística sublimidad de las castas que fluyen separadas y se niegan a mezclarse a través de vastísimas extensiones de tiempo; nadie escucha sin temor los nombres del Ganges o el Eufrates. Contribuye en mucho a estos sentimientos el que Asia meridional sea, y haya sido durante miles de años, la región de la tierra más pululante de vida humana, la gran *officina gentium*. En esas regiones el hombre es una hierba. También los grandes imperios en que siempre se organizó la enorme población de Asia dan mayor sublimidad a las sensaciones que evocan los nombres e imágenes orientales. En China, además de lo que tiene en común con el resto del Asia meridional, me aterran las formas de vida y las costumbres; entre ella y yo se interpone la barrera de una aversión y una falta de simpatía totales, asentada en sentimientos tan profundos que no soy capaz de analizarlos. Anjes viviría con locos o animales irracionales. Todo esto y mucho más de lo que puedo decir, de lo que tengo tiempo para decir, ha de tenerlo presente el lector para comprender el horror inconcebible que me inspiran esos sueños de imaginería oriental, esas torturas mitológicas. En una misma sensación de calor y luz vertical reunía todas las criaturas, pájaros, fieras y reptiles, todos los árboles y plantas, usos y apariencias que se encuentran

en todas las regiones tropicales y las congregaba en China o el Indostán. Llevado por sentimientos afines pronto impuse la misma ley a Egipto y todos sus dioses. Monos, papagayos, cacatúas me miraban fijamente parloteando, gruñendo, chillando. Me refugiaba en pagodas y quedaba aprisionado durante siglos en la cúspide o en salas secretas; fui el ídolo, fui el sacerdote, fui adorado, fui sacrificado. Huía de la cólera de Brahma a través de todas las selvas de Asia: Vishnú me odiaba: Siva me tendía una emboscada. De pronto me encontré con Isis y Osiris: algo había hecho, me dijeron, que hacía temblar al ibis y al cocodrilo. Fui sepultado durante mil años en féretros de piedra, junto a momias y esfinges, en las cámaras estrechas que cierran en su corazón las negras pirámides. Me besaron los cocodrilos con besos cancerosos; yací, confundido con todas las indecibles cosas viscosas, entre los juncos y el lodo del Nilo.

Doy al lector una ligera idea de mis sueños orientales, en los que siempre me sorprendía tanto lo monstruoso del escenario que durante un momento el horror parecía absorbido en el puro asombro. Tarde o temprano un reflujo del sentimiento ahogaba el asombro y me dejaba menos espantado que poseído por el odio y la abominación ante lo que veía. Sobre cada forma, amenaza y castigo, sobre cada prisión sombría y ciega, se cernía una sensación de eternidad e infinito que suscitaba en mí una opresión semejante a la locura. Tan sólo en estos sueños, con una o dos ligeras excepciones, se manifestaban circunstancias de horror físico. Hasta entonces todos los terrores habían sido morales y espirituales. En estos sueños los principales agentes eran horribles pájaros, serpientes o cocodrilos, sobre todo los últimos. El maldito cocodrilo fue para mí objeto de más horror que casi todos los demás. Por fuerza había de vivir a su lado y (como sucedía siempre en mis sueños) durante siglos. A veces lograba escapar y me encontraba en casas chinas con mesas de bambú, etc. Pronto en todas las patas de las mesas, los sofás, etc., bullía la vida: la cabeza

abominable del cocodrilo me acechaba con ojos malignos, multiplicada en mil repeticiones: yo la contemplaba lleno de odio y fascinado. Tanto obsedió mis sueños el horroroso reptil que en muchas ocasiones el mismo sueño se interrumpió de la misma manera: oía las dulces voces de los míos (oigo todo mientras duermo) y me despertaba inmediatamente: era el mediodía y mis hijos habían llegado cogidos de la mano hasta mi lecho para enseñarme sus zapatos de color o sus trajes nuevos o para que los viera vestidos antes de salir. Juro que tan tremenda era la transición del inmundo cocodrilo y otros monstruos y abortos nefandos de mis sueños a la visión de la naturaleza inocente y humana de la infancia que, por una reacción violenta y repentina de la conciencia, me echaba a llorar sin poder contenerme mientras besaba las caras de mis hijos.

Junio 1819

He tenido ocasión de observar en distintas épocas de mi vida que la muerte de los seres queridos y en general la contemplación de la muerte es (*ceteris paribus*) más conmovedora en el verano que en cualquier otra estación del año. Ello se debe, a mi juicio, a tres razones: la primera que en el verano los cielos visibles parecen mucho más altos, más distantes y (si puede disculparse el solecismo) más infinitos; las nubes por las que el ojo aprecia las distancias del pabellón azul extendido sobre nuestras cabezas son durante el verano más voluminosas y se acumulan en masas más grandiosas e imponentes; en segundo lugar, la luz y la figura del sol que declina y se hunde en el horizonte son mucho más propias para conformar tipos y caracteres del Infinito; y en tercer lugar (ésta es la principal de las razones), la prodigalidad exuberante y desenfrenada de la vida, como es natural, impone con mayor fuerza a la conciencia la idea antagónica de la muerte y la esterilidad invernal de la tumba. Cabe observar de manera general que siempre que dos ideas se hallan vinculadas entre sí por la ley del antagonismo

existen, por así decirlo, en virtud de su mutua repulsión y es frecuente que una de ellas evoque la otra. Por ello, cuando paseo a solas en los días interminables del verano, me es imposible proscribir la idea de la muerte; en esa estación la muerte de alguien, si no me afecta más, por lo menos asedia mi pensamiento con un cerco más obstinado. Tal vez esta razón, y un ligero incidente que omito, sean las causas más próximas del sueño que voy a contar, aunque siempre debí estar predispuesto a él, pues desde el momento en que apareció ya no volvió a dejarme nunca, si bien se dividía en mil variedades fantásticas, que de pronto se reunían para componer otra vez el sueño original.

Creía que era la mañana de un domingo de mayo, el Domingo de Pascua y a una hora muy temprana. Me parecía estar a la puerta de mi propia casa. Ante mí tenía la misma vista que en realidad se divisaba desde ese lugar, pero exaltada y solemnizada, como suele ocurrir, por el poder de los sueños. Eran las mismas montañas y a sus pies el mismo valle encantador, pero las montañas levantadas a una altura más que alpina y entre ellas un espacio mucho mayor de prados y bosques; en los setos florecían muchas rosas blancas y no se veía criatura viviente con excepción de unas cuantas vacas descansando tranquilamente en torno a las verdes tumbas del cementerio rural, sobre todo junto a la tumba de una niña a quien yo amé con ternura: la escena era igual a la que en verdad viera cuando murió la niña una mañana de ese verano, poco antes de salir el sol. Miré ese cuadro que conocía tan bien y tuve la impresión de que hablaba conmigo mismo en voz alta y decía «Falta mucho para que salga el sol; es Domingo de Pascua, día en que se celebran los primeros frutos de la resurrección. Saldré a caminar; hoy olvidaré mis viejos dolores; el aire es quieto y fresco, altas las montañas que se elevan hasta el cielo y los claros del bosque tan silenciosos como el cementario; lavaré con rocío la fiebre que me abrasa la frente y dejaré de ser desgraciado.» Me di vuelta para abrir la puerta del jardín e inmediatamente, sobre mi izquierda, vi una

escena muy distint que el poder de los sueños armonizaba con la otra. El cuadr era oriental; también era un Domingo de Pascua a una hor muy temprana de la mañana. A gran distancia, como una mancha en el horizonte, distinguía los domos y cúpulas de una gran ciudad, imagen o leve abstracción vista quizá cuando era niño en un grabado de Jerusalén. A tiro de ballesta de donde me hallaba, sentada en una piedra y a la sombra de palmas de Judea, había una mujer; la miré y era —¡Ann! Fijó en mí la mirada gravemente y al cabo le dije: «Por fin te he encontrado.» Esperé, pero no me respondió una sola palabra. Su rostro era el mismo de la última vez que la vi y, sin embargo, muy diferente. Diecisiete años antes, cuando a la luz de la lámpara que le caía en la cara besé por última vez sus labios (labios que para mí no eran impuros, Ann) se le llenaron los ojos de lágrimas: ahora esas lágrimas habían sido enjugadas; me parecía más hermosa que antes, pero en todo lo demás era la misma y no había envejecido. La mirada era tranquila aunque de una extraordinaria solemnidad de expresión; la contemplé asombrado, de pronto sus facciones comenzaron a borrarse y, al volverme hacia las montañas vi la niebla que se precipitaba entre nosotros; un instante después todo se había desvanecido; me envolvió la oscuridad y, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré lejos de las montañas, caminando otra vez junto a Ann bajo las farolas de la calle de Oxford, tal como caminamos diecisiete años antes, cuando ambos éramos niños.

Como último ejemplo, citaré un caso distinto, de 1820.

El sueño comenzó con una música que ahora oía a menudo en mis sueños: una música de preparación y creciente ansiedad, una música como la primera parte del Himno de la Coronación que, al igual que éste, daba la impresión de una gran marcha —de infinitas cabalgatas que se alejaban —del paso de ejércitos innumerables. Había llegado la mañana de un gran día, un día decisivo, última esperanza de la naturaleza humana entonces misteriosamente eclipsada, agitada en una crisis

terrible. En algún lugar, no sé dónde —de alguna manera, no sé cómo —unos seres, no sé cuáles, libraban una batalla, un combate, una agonía que se desarrollaba como un gran drama o una composición musical; mi inquietud era tanto más difícil de soportar, puesto que ignoraba el sitio, la causa, la naturaleza, el posible resultado de la lucha. Como suele ocurrir en los sueños en los que por necesidad nos hacemos el centro de todo movimiento, yo tenía y no tenía poder para decidir el combate. Lo tenía si lograba hacer un esfuerzo de voluntad y sin embargo no lo tenía, pues pesaban sobre mí veinte Atlánticos o la opresión de una culpa inexpiable. Yacía inmóvil en «abismos que no tocó la sonda». Luego, como en un coro, la pasión se hizo más profunda. Algo aún más grave estaba en juego; una causa más grandiosa de la que nunca defendiera la espada o proclamara la trompeta. De pronto sonaron alarmas: confusión, desorden: agitación de una multitud incontable que huye, no sé si del bando bueno o del malo: luces y sombras: tempestad y rostros humanos: y al final, con la sensación de que todo se ha perdido, formas femeninas, los rasgos que más quiero en el mundo y, sólo durante un momento, las manos entrelazadas en el dolor de la despedida y luego —¡los eternos adioses! y con un suspiro, como suspiraron las cavernas del infierno cuando la madre incestuosa pronunció el nombre aborrecido de la muerte, el sonido quedó resonando — ¡los eternos adioses! y otra vez y aún otra vez resonando —¡los eternos adioses! t Y desperté forcejeando y grité «¡No dormiré más!»

Pero debo poner punto final a un relato que ha alcanzado ya una extensión excesiva. Dentro de límites más espaciosos hubiera sido posible desarrollar mejor los materiales que he utilizado y añadir con eficacia muchos que he omitido. Sin embargo, tal vez lo dicho sea suficiente. Aún me queda por explicar cómo, finalmente, este conflicto de horrores llegó a su crisis. El lector ya sabe (por haberlo leído al comienzo de la introducción a la primera parte) que, de una u otra manera, el comedor de opio «ha desatado,

casi hasta el último eslabón, la maldita cadena que lo aprisionaba». ¿De qué modo? Contar esto, como en un principio fue mi intención, me llevaría a exceder con mucho el espacio de que ahora dispongo. Es una suerte que haya tan buenas razones para abreviar pues, bien mirado, me hubiera sido muy penoso alterar con detalles poco interesantes la impresión que deja la historia, en cuanto es un llamado a la sensatez y la conciencia de todo comedor de opio no confirmado, y aun disminuir el efecto de composición artística (si bien esta consideración es muy secundaria). El lector advertido no se interesará en el tema de los ensalmos fascinantes sino sobre todo en el poder de fascinación. El verdadero protagonista de la historia y el centro legítimo en torno al cual gira el interés no es el comedor de opio sino el opio. Mi propósito fue demostrar la eficacia maravillosa del opio para el placer y para el dolor: si lo he conseguido la acción de la pieza ha terminado.

No obstante, como a pesar de todas las leyes en contrario no faltarán personas que sigan preguntando lo que ocurrió con el comedor de opio y en qué estado se encuentra ahora, respondo por él lo siguiente: como sabe el lector, desde hacía tiempo el opio no fundaba su imperio en los lazos del placer sino que mantenía su dominio únicamente a causa de las torturas asociadas a los intentos de abjurar de él. Sin embargo, puesto que la no revocación del tirano entrañaba otras torturas, que cabe suponer no menos graves, sólo restaba elegir entre dos males y más valía aquel que, por más terrible que fuese en sí mismo, prometía en última instancia la restauración de la felicidad. El razonamiento parece irrefutable, pero la buena lógica no daba al autor las fuerzas para aplicarlo. Sin embargo, en la vida del autor sobrevino una crisis, una crisis que afectaba a personas que le son y le serán siempre más queridas que la propia vida, aun cuando ésta vuelva a ser feliz, y comprendió que moriría si seguía usando el opio: por consiguiente, decidí que, en caso de ser necesario, moriría tratando de librarme de él. No puedo decir la

cantidad que tomaba entonces, pues me serví del opio que compraba para mí un amigo, que luego se negó a que le pagara, de modo que ni siquiera pude precisar la cantidad que usé durante el año. Entiendo que lo tomaba muy irregularmente y que pasaba de cincuenta o sesenta granos a ciento cincuenta por día. Para comenzar traté de bajar a cincuenta, a treinta y, lo antes posible, a doce granos.

Triunfé: pero no creas, lector, que con ello acabaron mis sufrimientos, ni me imagines sumido en un estado de depresión. Cree más bien que ya habían pasado cuatro meses y aún seguía agitado, adolorido, tembloroso, palpitante, deshecho, en una condición muy semejante, quizá, a la de quien ha sido torturado en el potro, si no recuerdo mal la conmovedora relación de ese suplicio que nos dejó una víctima del todo inocente²⁰ (de la época de Jaime I). Entretanto no me aprovechaba ninguna medicina, con excepción de la que me recetó un médico eminentísimo de Edimburgo, la tintura amoniata de valeriana. Por lo tanto, no es mucho lo que puedo decir, desde el punto de vista médico, acerca de mi emancipación, y aun la escasa relación que pudiera ofrecer al lector, en boca de un hombre tan ignorante de la medicina como yo, no haría probablemente sino inducirle a error. En todo caso tales explicaciones no se hallarían aquí en su lugar. La moraleja de mi narrativa se dirige al comedor de opio y, por consiguiente, es de aplicación necesariamente limitada. Si aprende a temer y a temblar bastante se habrá conseguido. Desde luego, podría decir que la conclusión de mi caso demuestra, por lo menos, que después de usar opio durante diecisiete años, y abusar de sus poderes durante ocho, todavía es posible renunciar a él, y que tal vez mi lector pondrá en ello más energía que yo, o bien, siendo de constitución más robusta que la mía, obtendrá iguales resultados con menos esfuerzos. Bien puede ser: no me atrevería a comparar los esfuerzos de

²⁰ William Luthgow: su libro (*Viajes, etc.*) es mal escritor y pedante, pero la relación de sus propios sufrimientos en el potro de Málaga es de una emoción sobrecogedora.

los demás con los míos; le deseo, con toda sinceridad, mayor energía y le deseo el mismo éxito. Con todo, quizá yo tuve incentivos exteriores que a él, por desgracia, pueden faltarle y que me dieron puntos de apoyo más firmes de los que ofrecen los intereses meramente personales a una mente debilitada por el opio.

Jeremy Taylor conjetura que nacer puede ser doloroso como morir; lo creo probable: mientras duró el período en que reduje la cantidad de opio sufrí los tormentos de un hombre que pasa de una forma de existencia a otra. El resultado no fue la muerte sino una especie de regeneración física y puedo añadir que, desde entonces, he sentido restaurarse en mí fuerzas más que juveniles, aunque estoy sometido a la presión de dificultades que, en un estado de ánimo menos feliz, llamaría desgracias.

Todavía subsiste un recuerdo de mi condición anterior y es que mis sueños no son perfectamente tranquilos; aún no han cesado por entero la temible furia y agitación de la tormenta; las legiones acampadas en ellos se están retirando, pero no todas han partido; mi sueño sigue siendo tumultuoso y, tal las puertas del Paraíso que nuestros primeros padres se volvían a mirar desde lejos, todavía se hallan (según el tremendo verso de Milton):

Llenos de caras terribles y brazos de fuego.

Apéndice

Habiendo decidido los propietarios de esta pequeña obra imprimirla nuevamente, conviene dar aquí alguna explicación de por qué no apareció la Tercera Parte prometida en el número de la *London Magazine* de diciembre pasado; sobre todo porque, de no ser así, los propietarios, bajo cuya garantía se hizo dicha promesa, podrían compartir la culpa —poco o mucha— que se asigne al incumplimiento. El autor, llevado por un simple sentido de justicia, asume enteramente esta responsabilidad. El peso exacto de la culpa que toma sobre sí es, a su juicio, cuestión oscurísima y ninguno de los maestros de casuística consultados al efecto ha logrado alumbrarla gran cosa. De un lado parece aceptado que, en general, una promesa es obligatoria en relación *inversa* al número de personas a quienes se hace; por esta razón vemos a muchas personas que violan sin el menor escrúpulo las promesas hechas a toda una nación y en cambio cumplen religiosamente las obligaciones contraídas en la vida privada, ya que faltar a la palabra empeñada cuando la otra parte es más fuerte entraña cierto riesgo; por lo demás, las únicas partes interesadas en las promesas de un autor son sus lectores, y la modestia exige que todo autor crea tener muy pocos, o quizá sólo uno, en cuyo caso cualquier promesa impone tal santidad a las obligaciones morales que asusta pensar en ellas. Pero, dejando de lado la casuística, el autor se somete a la consideración indulgente de aquellos que pudieran sentirse ofendidos por su demora, exponiéndoles la siguiente relación de su estado de salud desde fines del año pasado, en que asumió el compromiso, hasta casi este momento. Para disculparle bastaría decir que un sufrimiento físico intolerable le hacía incapaz de cualquier ejercicio intelectual, sobre todo de los que requieren y suponen un estado de ánimo tranquilo y placentero; no obstante, como es posible que el caso constituya una modesta aportación a la historia médica

del opio, pues ilustra una fase de su acción más avanzada que las que por lo general se señalan a la atención de los especialistas, el autor ha creído que algunos lectores encontrarían aceptable una exposición más detenida. *Fiat in experimentum corpore vili* es una norma justa cuando existe la presunción razonable de obtener un gran beneficio; cuál sea este beneficio está sujeto a dudas, pero no cabe duda alguna en cuanto al valor del cuerpo, puesto que el autor confiesa con entera libertad que no puede haber cuerpo más ruin que el suyo, se enorgullece en considerarlo el ideal mismo de un sistema de humanidad bajo, disparatado y despreciable, y se asombra de que estuviese destinado a mantenerse a flote durante más de un par de días en medio de las tormentas y el deterioro normal en el mar de la vida; aún más, si ésta fuese una manera decente de disponer de los cuerpos, reconoce que casi le daría vergüenza legar su escuálida estructura a cualquier perro digno de respeto. Pero volvamos a nuestro tema que, a fin de evitar el constante recurso a perífrasis tan enojosas, el autor se tomará la libertad de exponer en primera persona.

Quienes leyeron las Confesiones las habrán terminado con la impresión de que yo había renunciado completamente al uso del opio. Esta es la impresión que quería dar, y ello por dos razones: la primera, porque el hecho mismo de registrar voluntariamente tal estado de sufrimiento entrena la facultad de examinar el propio caso, como lo haría un espectador desinteresado, así como la energía para describirlo de manera cabal, cualidades que sería absurdo suponer en una persona que está padeciendo en ese momento; la segunda, porque, habiendo bajado de una cantidad tan grande como 8.000 gotas a una tan pequeña (en comparación) como es una cantidad que oscilaba entre 300 y 160 gotas, bien podía suponer que la victoria era mía. Así pues, al permitir que mis lectores pensaran en mí como en un comedor de opio reformado, no hacía sino dar una impresión que yo mismo compartía y, según podrá apreciarse, aun esta

impresión provenía del tono general de la conclusión y no de las palabras empleadas, que en ningún caso eran contrarias a la verdad más estricta. No había pasado mucho tiempo desde que escribiera ese texto cuando comprendí que el esfuerzo que todavía quedaba por hacer me costaría mucha más energía de la prevista. La necesidad de emprenderlo se tornaba más evidente a medida que pasaban los meses. En particular, comencé a notar en el estómago una sensación de embotamiento o falta de sensibilidad cada vez mayor, que atribuí a una condición cirrótica, ya formada o en vías de formarse, en dicho órgano. Un médico eminente, a cuya bondad debí entonces muchos favores, me hizo saber que en mi caso este final no era imposible aunque, si seguía usando opio, probablemente se le adelantaría otro desenlace distinto. Por consiguiente, decidí abjurar totalmente del opio en cuanto tuviese libertad para dedicar a tal propósito toda mi atención y energía. Sin embargo, hasta el 24 de junio pasado no se manifestó una coincidencia aceptable de circunstancias. Ese día inicié el experimento, no sin antes jurarme que «estaría a la altura» cualquiera fuese el «castigo». Debo señalar que durante varios meses mi ración había sido de 170 ó 180 gotas: a veces llegaba a 500 y, en una oportunidad, casi a 700; en otros diversos preludios a mi experimento decisivo bajé hasta 100 gotas, pero me fue imposible soportarlo después del cuarto día; añadiré, de paso, que siempre me fue más difícil superar este día que cualquiera de los tres anteriores. Me hice a la mar sin tender todas mis velas: tomé 130 gotas diarias los tres primeros días y el cuarto reduje de golpe la dosis a 80; los tormentos que sufrí me «bajaron los humos» en el acto; me mantuve casi un mes en esta cantidad, con altos y bajos, luego descendí a 60 y al día siguiente a nada. Persistí en mis abstinencia durante noventa horas, es decir, más de media semana. Luego tomé —no me pregunten cuánto: ¿qué hubieran hecho los hombres más severos?— Luego volví a abstenerme; tomé unas 25 gotas; me abstuve, y así sucesivamente.

Entretanto, los síntomas que se presentaron en mi caso durante las seis semanas del experimento fueron las siguientes: enorme irritabilidad y excitación de todo el organismo; plena recuperación de las sensaciones de vitalidad y sensibilidad del estómago, pero con frecuencia grandes dolores; incesante desasosiego, noche y día; en cuanto al sueño, apenas sabía lo que era: dormía a lo sumo 3 horas de las 24, con sueño tan inquieto y ligero que oía los ruidos cercanos; constante hinchazón de la mandíbula inferior; boca ulcerada, y muchos otros síntomas penosos que sería cansado repetir, aunque debo mencionar uno de ellos, pues acompañó siempre a todos los intentos de renunciar al opio: la violencia de los estornudos, que llegaron a ser violentísimos: estornudaba por lo menos dos o tres veces al día y en ocasiones durante dos horas seguidas. Esto no me sorprendió mucho, ya que recordaba haber oído o leído en alguna parte que las fosas nasales están revestidas por una membrana que es una prolongación de la que reviste el estómago, lo cual explica, a mi juicio, el aspecto inflamado que tienen las narices de los bebedores. El hecho de que el estómago hubiese recobrado tan bruscamente su sensibilidad original se manifestaba, supongo, en esta forma. También es notable que durante todos los años que tomé opio no atrapase (como suele decirse) un solo resfriado y ni siquiera la más leve tos. Ahora, en cambio, tuve un resfriado muy violento, al que siguió la tos poco más tarde. En un fragmento inconcluso de una carta a.... comenzada entonces, leo estas palabras: «Me pide usted que escriba..... ¿Conoce usted la pieza de Thierry y Theodoret que escribieron Beaumont y Fletcher? En ella verá usted cómo me encuentro en cuanto al sueño; la descripción tampoco es exagerada en otros aspectos. Le aseguro que en una hora me vienen a la cabeza más ideas de las que tenía en todo un año bajo el reino del opio. Se diría que todas las ideas congeladas desde hace una década por el opio se deshuelan a un tiempo, como en la vieja fábula, tal es la multitud que fluye hacia mí de todas partes. Sin

embargo, mi impaciencia y mi detestable irritabilidad son tan grandes que por una idea que logro precisar y escribir se me escapan cincuenta. A pesar del cansancio, los sufrimientos y la falta de sueño, no puedo estarme quieto, sea de pie o sentado, durante dos minutos. *I nunc, et versus tecum meditare canoros.*»

En esta fase del experimento mandé avisar a un médico vecino mío que viniera a verme. Acudió esa noche y, tras exponerle el caso en pocas palabras, le hice esta pregunta: ¿Si no pensaba que el opio había tenido una acción estimulante sobre los órganos digestivos, y si los dolores de estómago, causa innegable de que no consiguiera dormir, podían deberse a una indigestión? Me respondió que: No, por el contrario, atribuía el dolor a las propias funciones digestivas que, en condiciones normales, no llegan a la conciencia, pero que se habían vuelto perceptibles a causa del estado antinatural del estómago, enviciado por un uso tan prolongado del opio. La opinión era plausible y el carácter ininterrumpido de mis sufrimientos hace que me incline a creerla exacta, ya que si se hubiese tratado de una simple afección *irregular* del estómago, lo natural hubiese sido que desapareciese de cuando en cuando y que su intensidad fluctuase continuamente. La intención de la naturaleza, manifiesta en el estado de salud, es sin duda que no advertimos todos los movimientos vitales como son la circulación de la sangre, la expansión y contracción de los pulmones, la acción peristáltica del estómago, etc., y parece que el opio, en esto como en otras cosas, es capaz de oponerse a sus propósitos. Por consejo del médico probé licores amargos que durante un breve espacio aliviaron en mucho los males que me aquejaban, pero a partir del cuadragésimo segundo día del experimento, los síntomas ya señalados comenzaron a desaparecer y surgieron otros, distintos y más dolorosos; de estos últimos he seguido sufriendo desde entonces, con unos cuantos intervalos de tranquilidad. Sin embargo, no he de describirlos, por dos razones: 1a, porque la mente se resiste a representar en detalle cualquier padecimiento

del cual la separa poco o ningún tiempo: dar al relato el pormenor suficiente para que tuviese utilidad sería *infandum renovare dolorem* y quizá sin justificación pues, 2.a razón, dudo de que este último estado pueda atribuirse de manera alguna al opio por vía positiva o aún negativa, es decir que haya de contarse entre los últimos males producidos por la acción directa del opio o entre los males más tempranos que inflige la falta de opio en un organismo alterado desde hace tiempo por su uso. Indudablemente, parte de los síntomas se deben a la época del año (agosto) puesto que, si bien el verano no fue muy caluroso, la suma del calor acumulado (si cabe la expresión) durante los meses anteriores, añadido al calor propio del mes, hace que en el mes de agosto caigan los quince días más calurosos del año; por lo demás, la transpiración excesiva que es inevitable cuando se reduce mucho la ración diaria de opio (aunque sea por Navidad) y que durante el mes de julio fue tan violenta que estuve obligado a bañarme cinco o seis veces al día, había cesado completamente cuando empezaron los grandes calores, lo cual aumentó todas las molestias que traía consigo el verano. Otro de los síntomas, que yo en mi ignorancia llamo reumatismo interno (y que a veces me afecta los hombros, si bien casi siempre parece tener su asiento en el estómago), parece deberse también, menos que al opio, a la humedad de la casa en que vivo²¹, que en esta época del año aumentó al máximo puesto que, como suele ocurrir en nuestra región, la más lluviosa de Inglaterra, julio fue un mes de lluvias incesantes.

²¹ Al decir esto no tengo la intención de faltar al respeto a mi casa, y el lector lo comprenderá mejor si le digo que, salvo una o dos mansiones principescas y unas cuantas menos ilustres que han ido revestidas de cemento, no conozco en este distrito montañoso ninguna casa que sea por completo impermeable. En nuestro condado aplicamos principios exactos a la arquitectura de los libros, me precio de ello, pero la otra arquitectura se halla en estado de barbarie y, lo que es peor, en situación retrógrada.

En vista de las razones que me asisten para dudar de que el opio tenga alguna relación con la etapa más reciente de mis dolencias (salvo, por cierto, en tanto que causa ocasional, al dejar mi cuerpo más débil y descabellado de lo que era, predisponiéndolo así a cualquier influencia maligna), absuelvo de buena gana al lector de toda descripción: perezca esa época para él, y ojalá pudiera decir con la misma facilidad, perezca en mis propios recuerdos, a fin de que un ideal demasiado vívido de las congojas humanas no venga a trastornar en el futuro mis horas de tranquilidad.

Esto por lo que toca a las consecuencias de mi experimento; en cuanto a la primera etapa, que en realidad conforma dicho experimento, y su aplicación a otros casos, debo pedir al lector que no olvide las razones por las que dejo testimonio de ella, que son dos: en primer lugar, la idea de que podría hacer un aporte, aunque insignificante, a la historia del opio en tanto que agente médico; en esto tengo conciencia de no haber cumplido mis propias intenciones debido al letargo mortal, el malestar físico y la extrema repugnancia ante el tema que me asaltaron mientras escribía esa parte de mi texto, que ahora ya no cabe corregir o mejorar, puesto que la envié de inmediato a la imprenta (distante de mi casa en unos cinco grados de latitud). Sin embargo, es evidente que esta relación, a pesar de su incoherencia, puede ser de gran provecho a quienes más se interesan en la historia del opio —es decir, a los comedores de opio en general—, pues demuestra, para su aliento y consuelo, que es posible renunciar al opio disminuyendo la cantidad con bastante rapidez²² sin que los sufrimientos excedan lo

²² En cuanto a esto, señalaré que yo disminuí la cantidad con *demasiada* rapidez, lo cual agravó innecesariamente el sufrimiento o, más bien, que no lo hice en forma tan constante y graduada como debía. En fin, para que el lector pueda juzgar por sí mismo, y sobre todo para que el comedor de opio que se está preparando a retirarse de los negocios tenga ante sí toda clase de informaciones, presento aquí mi diario:

que es capaz de soportar un hombre de fuerza de voluntad corriente.

Informar sobre el resultado de mi experimento era el primero de mis propósitos. En segundo lugar, mi intención colateral era explicar las razones por las cuales me resultó imposible componer una Tercera Parte

Gotas de Laud.		Gotas de Laud.	
Lunes 24 de Jun..	130	Lunes Julio 1 ...	80
25 ...	140	2 ...	80
26 ...	130	3 ...	90
27 ...	80	4 ...	100
28 ...	80	5 ...	80
29 ...	80	6 ...	80
30 ...	80	7 ...	80
Tercera Semana		Cuarta Semana	
Lunes Julio 8 ...	300	Lunes Julio 15 ...	
76			
9 ...	50	16 ...	
73.5		17 ...	
10 }		18 ...	70
73.5		19 ...	240
11 } Hiatus en		20 ...	80
12 } MS.		21 ...	350
13 }			
14 ...	76		
Quinta Semana			
Lunes Julio 22 ...	60		
23 ...	nada.		
24 ...	nada.		
25 ...	nada.		
26 ...	200		
27 ...	nada.		

¿Qué significan, preguntará tal vez el lector, esas bruscas recaídas a cifras como 300, 350, etc.? El *impulso* a dichas recaídas fue la simple flaqueza de ánimo; el motivo, cuando al impulso se unió un motivo, fue el principio de reculer pour mieux sauter (pues, con la languidez inducida por una dosis mayor, el estómago quedaba luego satisfecho con una cantidad más reducida y, al despertar, se encontraba acostumbrado, en cierta medida, a la nueva ración), o bien este otro principio: que a igualdad de sufrimientos, se resisten mejor aquellos a los que se hace frente con cólera y así, cada vez que aumentaba mucho la dosis, al día siguiente me sentía furioso y hubiera soportado cualquier cosa.

a tiempo para que figurase en la presente publicación puesto que, justamente mientras llevaba a cabo el experimento, me enviaron de Londres las pruebas de página de esta reimpresión, y tal fue mi incapacidad para aumentarlas o mejorarlas que ni siquiera tuve paciencia para leerlas con bastante atención como para advertir las erratas o corregir los errores de impresión. Estas han sido las causas de que molestase al lector con un relato, largo o corto, de los experimentos relativos a un sujeto tan verdaderamente abyecto como es mi propio cuerpo, e insto al lector a que no las olvide y a que no me juzgue tan mal como para creer que si me rebajé a un tema tan innoble fue por el interés que pudiera tener o por cualquier otra razón que no fuese el beneficio general. Bien sé que existen valetudinarios que se observan a sí mismos; conozco al animal; yo mismo me he encontrado con él alguna vez; sé que es el peor de los *heautontimoroumenos* que pueda imaginarse y que, al llevarlos a la luz de la conciencia, mantiene y agrava todos los síntomas que quizá de otra manera —dando al pensamiento una dirección distinta— se desvanecerían. En lo que a mí respecta, siento un desprecio tan profundo ante costumbres tan ruines y egoístas que rebajarme a ellas sería como si perdiese el tiempo en espiar a la pobre sirvienta a quien en este momento, lo estoy oyendo, enamora un galán en la parte de atrás de la casa. ¿Cómo puede un filósofo transcendental sentir ninguna curiosidad en ocasiones semejantes? ¿Cómo imaginar que me sobra ocio para tales trivialidades si mi vida no vale una inscripción de ocho años y medio de renta? Para zanjar definitivamente la cuestión, voy a decir algo que tal vez escandalice a algunos lectores si bien, teniendo en cuenta los motivos que me animan, estoy convencido de que no debiera ser así. Creo que nadie pierde el tiempo con los fenómenos de su propio cuerpo a menos que sienta por él cierta consideración en tanto que, como advierte el lector, lejos de sentir gusto o estimación de ninguna clase por el mío, yo lo detesto y lo hago objeto del escarnio y el desprecio

más amargos, y no me desagradaría saberlo objeto de las últimas indignidades que inflige la ley a los cadáveres de los peores malhechores. En prueba de la sinceridad de lo que digo me permito hacer la siguiente oferta. Tengo, al igual que todo el mundo, ciertas ideas sobre el lugar en que me gustaría ser enterrado; como he vivido casi siempre en la sierra me inclino a pensar que una tumba en un verde cementerio, entre las montañas antiguas y solitarias, es un lugar de descanso más sublime y sereno para el filósofo que cualquiera de los horribles Gólgotas de Londres. No obstante, si los caballeros de la Escuela de Medicina creen que podría ser de algún provecho para su ciencia examinar el cuerpo de un comedor de opio, no tienen más que pronunciar una sola palabra y me ocuparé de que el mío les sea transferido legalmente —esto es, una vez que yo haya terminado con él—. Que no titubeen en expresar sus deseos, llevados por escrúpulos de falsa delicadeza y consideración a mis sentimientos: les aseguro que me harán demasiado honor si utilizan en sus «demostraciones» un cuerpo tan disparatado como el mío, y yo he de sentirme muy contento anticipando esta venganza y ofensa postumas impuestas a lo que ha sido en vida causa de tantos padecimientos. Tales legados no son frecuentes; más aún, en muchos casos es peligroso anunciar los bienes que han de transferirse como consecuencia de la muerte del testador: de ello tenemos un ejemplo notable en las costumbres de un príncipe romano quien, al ser notificado de que unas personas de gran fortuna le habían dejado una hermosa propiedad en sus testamentos, expresaba su entera satisfacción ante tales arreglos y aceptaba generosamente los reales legados: pero si los testadores omitían el darle posesión inmediata de sus bienes, si traidoramente «persistían en vivir» (*si vivere perseverant* como dice Suetonio) montaba en cólera y tomaba las medidas del caso. No nos sorprende tal conducta en esos tiempos y en uno de los peores Césares, pero estoy seguro que en los médicos ingleses de nuestra época no he de advertir muestras de impaciencia, ni de ningún otro sentimiento

que no provengan de ese amor desinteresado por la ciencia y sus intereses que me induce a formular este ofrecimiento.

30 de septiembre de 1822

